

A. DUMAS
LOS CUARENTA
Y CINCO

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
VIA CH. BOURET

27

CCIC

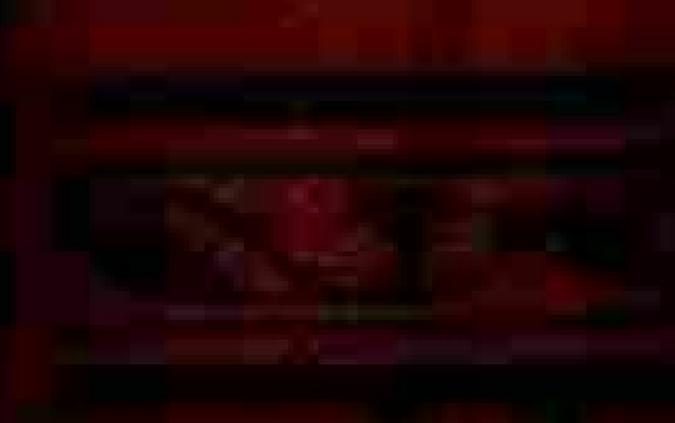


AGUIAR

1833

HERNANDA

DE NUNO



AGUIAR

1833

HERNANDA

DE NUNO



PQ 2227

Q2

S6

v. 3

95554



1020026353



U A N L

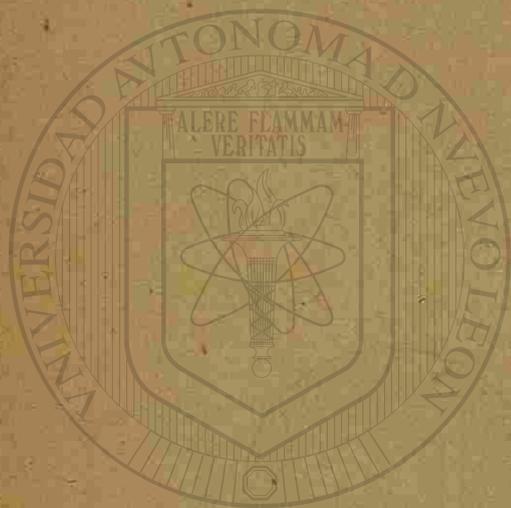


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





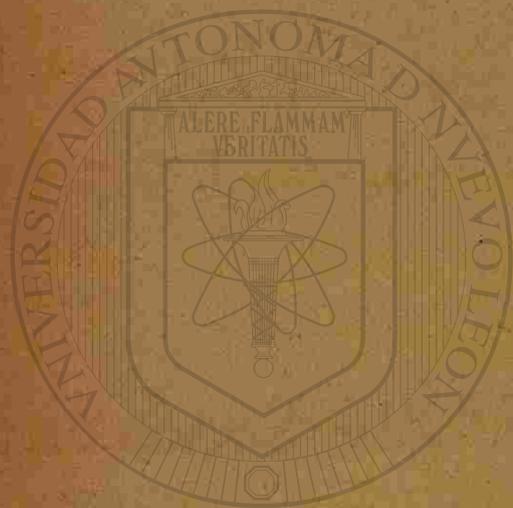
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS

CUARENTA Y CINCO.

Núm. Clas. N
Núm. Autor. D88611c
Núm. Adg. 29995
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificac. 24
Catalogó [Signature]



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS — LIBRERÍA E IMPRENTA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET.

LOS

CUARENTA Y CINCO

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS.

NUEVA EDICIÓN

TOMO TERCERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

MÉXICO

23, rue Visconti, 23.

14, Cinco de Mayo, 14.

1908

PROPIEDAD DEL EDITOR.

29995

098720

843
9.

PQ2227

.Q2

v. 100



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X" /
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
CUARENTA Y CINCO.

I.

Bel-Esbat.

Es inútil decir que Ernautón, á quien Sainte-Maline creía completamente perdido, seguía, por el contrario, el inesperado curso de su fortuna ascendente.

Desde luego, había calculado que la duquesa de Montpensier, á quien iba á buscar, estando en París, debía naturalmente hallarse en el palacio de

Guisa. Por consiguiente Ernautón se dirigió primero al palacio de Guisa, llamó á la puerta principal, que le abrieron con mucha circunspección, y habiendo solicitado el honor de una entrevista con la señora duquesa, se echaron á reir en sus barbas los criados. Luego, como insistiese en su pretensión, le respondieron que debía saber que S. A. residía en Soissons y no en París.

Como Ernautón esperaba este recibimiento, no manifestó la menor turbación, y dijo:

— Siento infinito su ausencia, pues tenía que hacer á S. A. una comunicación de la mayor importancia de parte del señor duque de Mayenne.

— ¿De parte del señor duque de Mayenne? — repitió el portero. — ¿Y quién os ha encargado esa comisión?

— El mismo duque.

— ¿Os ha encargado él mismo! ¿el duque! — exclamó el portero con un asombro admirablemente fingido. — ¿Y en dónde os ha encargado esa comisión? porque está fuera de París, como la señora duquesa.

— Lo sé muy bien, — respondió Ernautón; — pero también yo podía no estar en París, y haber

encontrado al señor duque en otra parte, y no en París; por ejemplo, en el camino de Blois.

— ¿En el camino de Blois? — replicó el portero un poco más atento.

— Es claro, en el camino de Blois puede haberme encontrado el señor duque, y haberme encargado un mensaje para madama de Montpensier.

Una ligera inquietud apareció en el rostro del interlocutor, quien, como si hubiese temido que forzasen su consigna, tenía siempre la puerta entreabierta.

— Entonces ¿dónde está ese mensaje? — preguntó.

— Lo tengo yo conmigo.

— ¿Con vos?

— Sí, aquí, — dijo Ernautón tocándose el pecho.

El fiel criado echó sobre Ernautón una mirada investigadora.

— ¿Decís que traéis vos mismo ese mensaje? — volvió á preguntar.

— Sí, señor.

— ¿Y qué es importante?

— Muy importante.

— ¿Queréis permitirme que lo vea solamente?

— Con mucho gusto.

Y Ernaudón sacó de su pecho la cartera del señor de Mayenne.

— ¡Oh! ¡oh! ¡Vaya una tinta particular! — exclamó el portero.

— Es sangre, — replicó Ernaudón con la mayor tranquilidad.

— El criado se puso pálido al oírlo, pues le ocurrió la idea de que aquella sangre podía ser del duque de Mayenne.

En aquella época se experimentaba escasez de tinta, pero no de sangre, que se derramaba en abundancia; de lo cual resultaba que por lo regular escribían los amantes á sus queridas, y á sus familias los parientes, con el licor más barato y más en circulación.

— Caballero, — dijo en fin el portero con manifiesta ansiedad, — ignoro si efectivamente encontraréis en París ó en sus cercanías á la señora duquesa de Montpensier; pero, en todo caso, dirigíos sin perder tiempo á una casa del arrabal de San Antonio, que se llama Bel-Esbat y pertenece á la señora duquesa. La reconoceréis en que es la primera á mano izquierda del camino de Vincennes,

pasado el convento de los Dominicos: en ella encontraréis alguna persona al servicio de la señora duquesa, y bastante enterada para que pueda deciros dónde la podéis hallar en este momento.

— Está bien, — replicó Ernaudón, conociendo que el portero no podía ó no quería decirle más: — os doy las gracias.

— En el arrabal de San Antonio, — añadió el criado, — cualquiera os indicará la residencia de Bel-Esbat, aun cuando muchos ignoran que pertenece á la señora duquesa de Montpensier, pues hace poco que la ha comprado para vivir retirada del bullicio de París.

Ernaudón contestó con una inclinación de cabeza y se dirigió al arrabal de San Antonio.

No tuvo la menor dificultad en reconocer, sin preguntar á nadie, la casa de Bel-Esbat, contigua al convento de los Dominicos; se encaminó pues á ella, llamó, y la puerta se abrió al punto.

— Entrad, le dijeron.

Y al momento se volvió á cerrar la puerta.

No bien hubo entrado, cuando un criado le detuvo, esperando al parecer que pronunciase alguna palabra convenida; pero al ver que se

contentaba con examinar el local, le preguntó qué era lo que quería.

— Deseo hablar á la señora duquesa, — dijo el joven.

— ¿Y por qué venis á preguntar por ella á Bel-Esbat? — observó el criado.

— Porque el portero del palacio de Guisa me ha enviado aquí, — contestó Ernautón.

— La señora duquesa no está ya en Bel-Esbat, — respondió el criado.

— En ese caso, — dijo Ernautón, — esperaré un momento más propicio para evacuar el encargo que me ha dado para ella el duque de Mayenne.

— Para la señora duquesa.

— ¿Para ella? ¿para la señora duquesa?

— ¿Un encargo del señor duque de Mayenne?

— Sí.

El criado reflexionó un instante.

— Señor, — dijo, — no puedo cargar con la responsabilidad de contestaros; pero tengo aquí un superior á quien conviene que vaya á consultar. Tened la bondad de esperar un momento.

— ¡Vaya unas gentes bien servidas! ¡cáspita!

— dijo Ernautón. — ¡Qué orden, qué consigna,

qué exactitud! En verdad que deben ser gentes muy peligrosas las que de ese modo se guardan. No se entra, no, en casa de los señores de Guisa como en el Louvre; estoy por creer que no es el verdadero rey de Francia á quien sirvo.

Mirando á su alrededor, vió el patio desierto, pero abiertas todas las puertas de las caballerizas, como si se esperase á alguna tropa que no tuviese que hacer más que entrar y tomar posesión de sus respectivos cuartos.

Ernautón fué interrumpido en su examen por el criado, que entró seguido de otro.

— Dejadme vuestro caballo, señor, y seguid á mi camarada, — dijo, — vais á ver á una persona que satisfará mejor que yo vuestras preguntas.

Ernautón siguió al criado, aguardó un momento en una especie de antecámara, y poco después volvió el criado diciendo que podía pasar adelante. Entró, pues, Ernautón en una salita inmediata, y vió una mujer sencillamente vestida, pero con cierta elegancia, la cual estaba bordando sentada de espaldas á la entrada de la sala.

— Señora, aquí está el caballero que viene de parte del señor de Mayenne, — dijo el lacayo.

La mujer hizo un movimiento, y Ernaución lanzó un grito de sorpresa.

— ¡ Vos, señora ! — exclamó reconociendo bajo aquella tercera transformación á su paje y á su desconocida de la litera.

— ¡ Vos ! — exclamó á su vez la dama dejando caer su labor y mirando á Ernaución.

Haciendo después una seña al lacayo, dijo :

— Retiraos.

— ¿ Sois de la casa de la señora duquesa de Montpensier ? — preguntó Ernaución con sorpresa.

— Sí, — contestó la desconocida ; — pero vos, señor, ¿ cómo traéis aquí un mensaje del señor de Mayenne ?

— Por una serie de circunstancias que no podía prever, y que sería muy largo de contar, — dijo Ernaución con extremada circunspección.

— ¡ Oh ! sois discreto, señor, — continuó la dama sonriéndose.

— Siempre que es necesario, sí, señora.

— Es que no hallo motivo para discreción tan grande, — dijo la desconocida, — porque si en efecto traéis realmente un mensaje de la persona que decís...

Ernaución hizo un movimiento.

— ¡ Oh ! no nos incomodemos ; si traéis en efecto un mensaje de la persona que decís, la cosa es bastante interesante para que, en memoria de nuestra amistad, por efímera que sea, nos digáis qué mensaje es ese.

La dama empleó en estas últimas palabras toda la gracia jovial, cariñosa y seductora que puede emplear una mujer linda en su súplica.

— Señora, — respondió Ernaución, — no me haréis decir lo que no sé.

— Y mucho menos lo que no queréis decir.

— Nada puedo contestar á eso, — replicó Ernaución haciendo un saludo.

— Haced lo que gustéis respecto á las comunicaciones verbales.

— Ninguna comunicación verbal tengo que hacer, señora ; toda mi misión consiste en entregar una carta á S. A.

— Pues bien, veamos esa carta, — dijo la dama desconocida alargando la mano.

— ¿ Esa carta ? — replicó Ernaución.

— Tened la bondad de entregármela.

— Señora, — dijo Ernaución, — creía haber

tenido el honor de deciros que esa carta está dirigida á la señora duquesa de Montpensier.

— Pero ausente la duquesa, — replicó la dama con impaciencia, — yo soy quien la represento aquí; así pues podéis...

— No puedo.

— Desconfiáis de mí, señor.

— Debería, señora, — dijo el joven con una mirada demasiado expresiva para engañarse; — pero, á pesar del misterio de vuestra conducta, confieso que me habéis inspirado otros sentimientos muy distintos de los de que habláis.

— ¡ Verdaderamente! — exclamó la dama sonrosándose un poco por la mirada inflamada de Ernaúton.

Éste se inclinó,

— Pensad bien lo que decís, señor mensajero, — dijo la dama riendo, pues me estáis haciendo una declaración de amor.

— Sin duda que lo pienso, señora, — respondió Ernaúton, — no sé si os volveré á ver jamás, y la ocasión que se me presenta es demasiado preciosa para que la deje escapar.

— Entonces, caballero, comprendo,

— Señora, comprendéis que os amo, y esto es muy fácil de comprender.

— No, yo comprendo cómo habéis venido aquí.

— ¡ Ah! Dispensadme, señora, — dijo Ernaúton, — ahora soy yo el que no comprende.

— Es muy sencillo; comprendo que teniendo deseo de volver á verme, habéis ideado un pretexto para introducirme aquí.

— ¡ Yo idear un pretexto, señora! ¡ Ah! Me juzgáis muy mal. Ignoraba que debía volver á veros, y todo lo esperaba del acaso, que ya por dos veces me había hecho encontrarme con vos; pero ¡ buscar yo pretexto! Jamás. Yo soy de un carácter particular, y no pienso en ninguna cosa como los demás:

— ¡ Oh! ¡ oh! ¡ Decís que estáis enamorado, y tenéis escrúpulos sobre el medio de volver á ver la persona que amáis? Eso es magnífico, caballero, — dijo la dama con cierto orgullo burlón. — Pues bien, yo sospechaba que tuviéscis escrúpulos.

— ¡ Y por qué lo sospechábais, señora? si tenéis á bien decírmelo, — preguntó Ernaúton.

— Porque el otro día, yendo yo en una litera,

me habéis encontrado, me habéis reconocido, y á pesar de eso no me habéis seguido.

— Mirad lo que decís, señora — dijo Ernautón, — porque estáis confesando que habéis fijado la atención en mí.

— ¡ Vaya una confesión! ¿ No nos hemos visto en circunstancias que me permiten, á mi especialmente, asomar la cabeza por la portezuela cuando pasáis? Pero no: el caballero se alejó al gran galope, después de haber lanzado un ¡ ah! que me ha hecho estremecer en el fondo de mi litera.

— Me veía forzado á alejarme, señora.

— ¿ Por vuestros escrúpulos?

— No, señora; por mi deber.

— ¡ Vamos, vamos! — dijo riendo la dama; — veo que sois un enamorado razonable, circunspecto, y que, sobre todo, teméis comprometeros.

— ¿ Y qué tendría de particular que me hubiésemos inspirado ciertos temores, señora? — replicó Ernautón. — Decidme si es costumbre que una mujer se vista de hombre, fuerce las barreras y venga á ver descuartizar á un desgraciado en la plaza de Greve, y eso haciendo multitud de gesticulaciones incomprensibles.

La dama palideció ligeramente, luego ocultó, por decirlo así, su palidez bajo una sonrisa.

Ernautón prosiguió:

— ¿ Es natural, en fin, que esa dama, así que ha tenido ese extraño placer, tenga miedo de ser arrestada, y huya como una ladrona; ella que está al servicio de madama de Montpensier, princesa poderosa, aunque bastante malquista en la corte?

La dama volvió á sonreirse, pero con una ironía más manifiesta.

— Á pesar de vuestra pretensión de ser observador, tenéis poca perspicacia, caballero, — respondió; — porque verdaderamente, con un poco de sentido común, os hubierais explicado al instante todo lo que os parece obscuro. Primeramente, ¿ no era muy natural que la señora duquesa de Montpensier se interesase en la suerte del señor de Salcedo, en lo que pudiese decir, en sus revelaciones falsas ó verdaderas, capaces de comprometer toda la casa de Lorena? Y si eso era natural, caballero, ¿ lo era menos que esa princesa enviase una persona segura, íntima, que le inspirase toda la confianza, para presenciar la ejecución, y acreditar como testigo ocular los menores detalles? Pues bien; esa per-

sona, caballero, era yo; yo, confidente íntima de S. A. Ahora veamos, ¿creéis que podía yo entrar en París, estando cerradas todas las barreras? ¿Creéis que podía ir á la plaza de Greve vestida de mujer? ¿Creéis, en fin, ahora que conocéis mi posición cerca de la duquesa, que podía yo permanecer indiferente á las torturas del paciente y á la veleidad de sus revelaciones?

— Decís muy bien, señora, — respondió Ernautón haciendo una reverencia, — y os confieso que admiro ahora tanto vuestro talento y vuestra lógica, como hace poco admiraba vuestra hermosura.

— Gracias, señor; pero puesto que ya nos conocemos y quedan bien explicadas las cosas entre nosotros, dadme la carta, una vez que existe tal carta, y no es un simple pretexto.

— Imposible, señora.

La desconocida hizo un esfuerzo para no irritarse, y repitió:

— ¿Conque es imposible?

— Sí, imposible, porque he jurado al duque de Mayenne no entregar esta carta sino á la misma duquesa de Montpensier.

— Decid más bien, señor, — exclamó la dama comenzando á abandonarse á su irritación, — decid más bien que no existe semejante carta; decid que, á pesar de vuestros supuestos escrúpulos, esa carta no ha sido más que el pretexto de vuestra entrada en esta casa; decid que queríais verme, y nada más. En ese caso, estáis satisfecho; no solamente habéis entrado aquí, y me habéis visto, sino que me habéis dicho que me adorabais.

— En cuanto á eso, como respecto de todo lo demás, os he dicho la verdad, señora.

— Pues bien, sea así; me adoráis, habéis querido verme y me habéis visto; os he proporcionado un placer en cambio de un servicio; estamos pagados: adios.

— Voy á obedeceros, señora, — dijo Ernautón, — y supuesto que me despedís, me retiró.

Esta vez la dama se irritó seriamente.

— Está bueno eso; pero si vos me conocéis, — dijo la dama, — yo no os conozco; por consiguiente, ¿no os parece que tenéis demasiadas ventajas sobre mí? ¡Ah! Creéis que basta entrar bajo un pretexto cualquiera en casa de una princesa, porque estáis en casa de madama de Montpensier, y decir: « He

salido bien en mi perfidia, y me retiro. » Caballero, ese rasgo no es propio de un hombre galante.

— Paréceme, señora, — dijo Ernaución, — que calificáis con demasiada dureza lo que á lo sumo sería solo una supercheria de amor, si no fuera, como ya he tenido el honor de deciroslo, asunto de la más estricta verdad. No quiero refutar vuestras duras expresiones, señora, y olvido absolutamente cuanto de afectuoso y tierno haya podido deciros, puesto que tan mal dispuesta os halláis con respecto á mí; pero no saldré de aquí bajo el peso de las injustas inculpaciones que me hacéis. Tengo, en efecto, una carta del señor de Mayenne para entregarla á la duquesa de Montpensier, y esa carta, miradla, está escrita de su mano, como podéis ver por el sobre.

Ernaución alargó la carta á la dama, pero sin soltarla.

La desconocida fijó en ella la vista, y exclamó:
— ¡ Su letra ! ¡ Sangre !

Ernaución, sin contestar nada, volvió á guardarse la carta en el bolsillo, saludó con su cortesía habitual, y pálido y llevando la muerte en el corazón, se dirigió hacia la puerta de la sala.

La dama corrió tras él, y como á otro José, le cogió de la capa.

— ¿ Qué es esto, señora ? — dijo Ernaución.

— Por piedad, señor, — exclamó la dama, — perdonadme. ¿ Le ha sucedido alguna desgracia al duque ?

— Que perdone ó no, señora, — dijo Ernaución, — es igual; en cuanto á la carta, puesto que solo pedís perdón por leerla, y que sólo madama de Montpensier la leerá...

— ¡ Oh ! ¡ Qué insensato eres ! — exclamó la duquesa con un furor lleno de majestad. — ¿ No me conoces, no adivinas quién soy, no ves brillar aquí más que los ojos de la humilde criada ? Yo soy la duquesa de Montpensier; entrégame esa carta.

— ¡ Sois la duquesa ! — exclamó Ernaución retrocediendo con asombro.

— La misma. Ea, dame esa carta. ¿ No ves que estoy impaciente por saber lo que ha sucedido á mi hermano ?

Pero en lugar de obedecer, como esperaba la duquesa, Ernaución, vuelto de su primera sorpresa, se cruzó de brazos, y dijo :

— ¿Cómo queréis que crea en vuestras palabras, cuando ya me habéis mentido dos veces?

Aquellos ojos, que la duquesa había ya invocado en apoyo de sus palabras, lanzaron dos rayos mortales, pero Ernautón soportó con valor su fuego.

— ¿Dudáis todavía, necesitáis pruebas cuando yo afirmo? — exclamó la dama en tono imperioso y rasgando con sus uñas sus puños de encaje.

— Si, señora, — respondió Ernautón fríamente.

La desconocida se precipitó hacia un llamador metálico, y casi lo rompió con el furioso golpe que descargó sobre él; su vibración resonó largo rato por todas las habitaciones, y antes que hubiese cesado, se presentó un lacayo.

— ¿Qué ordena madama? — preguntó.

La desconocida golpeó el suelo con el pie llena de furor, y dijo:

— ¿Mayneville, llamo á Mayneville! ¿No está en casa?

— Si, señora.

— Pues bien, que venga al punto.

El criado salió de la estancia, y un minuto después entró Mayneville precipitadamente, y dijo:

— Señora, estoy á vuestras órdenes.

— ¿Señora! ¿Y desde cuándo me llamo simplemente señora? — exclamó la duquesa desesperada.

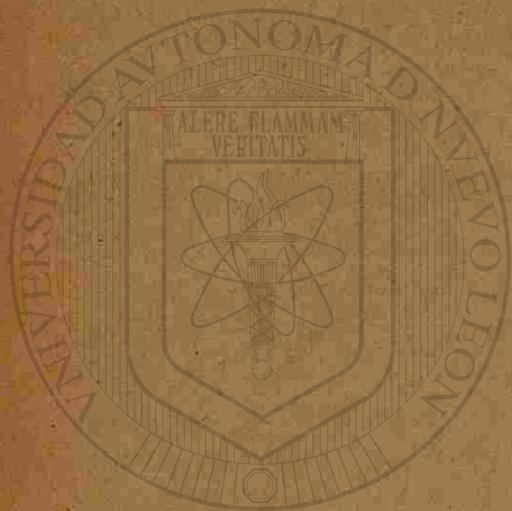
— Estoy á las órdenes de V. A., — replicó Mayneville haciendo una reverente salutación y lleno de asombro.

— Está bien, — dijo Ernautón: — puesto que tengo enfrente de mí un hidalgo, si me falta á la verdad, por Dios santo que sabré á lo menos con quién he de habérmelas.

— ¿Conque al fin creéis? — dijo la duquesa.

— Si, señora, creo, y en prueba de ello tomad la carta.

Diciendo así, y haciendo una reverencia, entregó á madama de Montpensier aquella carta por tanto tiempo disputada.



II.

La carta del señor de Mayenne.

La duquesa se apoderó de la carta, y la leyó con ansiedad sin cuidarse de disimular las impresiones que se pintaban en su rostro, como unas nubes en un cielo tempestuoso.

Cuando acabó de leerla, la pasó á Mayneville que estaba tan inquieto como ella misma. La carta traída por Ernaución estaba concebida en estos términos :

- » Querida hermana : he querido meterme á
- » capitán aventurero ó á espadachín, y he sido
- » castigado por mi imprudencia.

» He recibido una terrible estocada del tunante
 » á quien conoces y con quien hace tiempo tengo
 » pendiente una cuenta. Lo peor de todo es que me
 » ha matado á cinco de los míos, y entre ellos
 » á Boularon y Desnoisses, es decir, á dos de los
 » mejores; después de esto, se escapó.

» Es preciso convenir en que le ha servido de
 » poderoso auxiliar para conseguir la victoria el
 » dador de la presente, joven y bien parecido, como
 » verás por tus propios ojos: te lo recomiendo,
 » porque es la misma discreción personificada.

» Creo que el mérito principal que en tu concepto
 » debe tener, mi muy querida hermana, consiste en
 » haberse opuesto á que mi vencedor me cortase la
 » cabeza, de la cual parecía muy ansioso, pues,
 » habiéndome arrancado la careta durante mi
 » desmayo, me pudo reconocer.

» Te encargo mucho que procures descubrir el
 » nombre y profesión de ese discreto caballero,
 » pues me parece sospechoso al mismo tiempo que
 » me interesa. Á todas mis ofertas de servirle,
 » se ha contentado con responder que el amo á
 » quien sirve no le deja carecer de nada.

» Nada más puedo decirte acerca de él, pues te

» digo todo lo que sé: ha fingido no conocerme;
 » observa bien sus pasos.

» Padezco mucho de la herida, pero me figuro
 » que mi vida no corre peligro. Enviame sin tar-
 » danza á mi cirujano, porque estoy tendido sobre
 » paja como un caballo. Mi mensajero te enterará
 » del sitio en que me deja.

» Tu afectísimo hermano,

» MAYENNE. »

La duquesa y Mayneville se miraron atónitos, no bien éste hubo recorrido las anteriores líneas; la primera rompió al fin aquel silencio que hubiera acabado por infundir sospechas á Ernautón, y preguntó á éste:

— ¿Á quién somos deudores, caballero, del señalado servicio que nos habéis hecho?

— Á un hombre, señora, que siempre que puede presta auxilio á los débiles contra los fuertes.

— ¿Queréis referirme algunos pormenores de ese encuentro? — replicó la duquesa.

Ernautón contó entonces todo cuanto había presenciado, indicando también la cabaña en que quedaba el duque. La hermana de éste y Mayneville le

escuchaban con el interés que el lector puede muy bien concebir.

— ¡Y debo esperar, caballero, — le preguntó la duquesa cuando acabó su relación, — que continuaréis, como habéis comenzado, adhiriéndoos desde ahora á nuestra casa?

Estas palabras pronunciadas con aquel tono gracioso que la duquesita de Montpensier sabía emplear cuando lo requería la ocasión, encerraban sin duda un sentido sumamente lisonjero, si se tiene en cuenta la declaración amorosa que Ernautón había creído dirigir á la dama de honor de la princesa; pero nuestro joven, olvidando su amor propio, redujo dichas palabras á su significación de pura curiosidad.

Demasiado conocía que declinar su nombre y sus cualidades era abrir los ojos de la duquesa sobre las consecuencias de los acontecimientos en que había tomado parte, pues adivinaba que al imponerle el rey la condición de que le revelase el retiro de la duquesa, tenía miras que no podían reducirse al simple deseo de saber dónde habitaba su enemiga.

Dos intereses distintos embargaban su ánimo; como enamorado, podía sacrificar uno de ellos,

pero, como hombre de honor, no debía abandonar el otro.

La tentación debía ser tanto más fuerte cuanto que, declarando la posición que ocupaba cerca del rey, ganaba no poca importancia en el ánimo de la duquesa, lo cual era de gran valía para un joven recién llegado de Gascuña.

Sainte-Maline no habría resistido á la tentación el espacio de un segundo.

Todas esas reflexiones se agolparon en tropel á la imaginación de Carmainges, y no tuvieron otra influencia que aumentar algo más su orgullo haciéndole más fuerte contra sí mismo.

Y ese orgullo le era permitido, porque era algo á los ojos de los demás y mucho á los suyos propios, precisamente cuando acababan de tomarle en cierto modo por un juguete.

La duquesa aguardaba su respuesta á esta pregunta que le había hecho:

— ¿Estáis dispuesto á adheriros á nuestra casa?

— Señora, ya he tenido el honor de decir al señor de Mayenne que tengo buen amo, y que me trata tan bien, que no me es posible buscar otro mejor.

— Mi hermano me advierte en su carta que, la parecer, no le habéis reconocido. ¿Cómo, pues, habéis pronouciado aquí su nombre para llegar á verme?

— El señor de Mayenne, señora, deseaba al parecer no ser conocido; por lo mismo creí que debía respetar sus intenciones, pues, en efecto, puede haber algún inconveniente en que los aldeanos que le han dado hospitalidad lleguen á saber quién es el ilustre herido. Aquí no sucede lo mismo, y como el nombre del señor de Mayenne debía abrirme las puertas para acercarme á vos, lo he invocado: en ambos casos he creído proceder convenientemente.

Mayneville miró á la duquesa como diciendo:

— Tiene un talento despejado.

Ella comprendió la idea y miró á Ernaudón sonriéndose.

— Nadie esquivaría la cuestión mejor que vos, caballero, — dijo al fin, — y confieso que sois hombre de recursos.

— Me parece que nada tiene de particular lo que acabo de exponeros, — contestó el joven.

— Lo que más claramente se deduce de todo esto, — repuso la duquesa impaciente, — es que nada

queréis decir. Tal vez no reflexionáis que el reconocimiento es una carga demasiado pesada para quien lleva mi nombre, que soy mujer, y que dos veces me habéis servido; de modo que si yo quisiese saber vuestro nombre, ó más bien quién sois...

— Perfectamente, señora, ya veo que os es muy fácil informaros de todo, mas no por mí, sino por otro, en cuyo caso nada habré dicho yo.

— Siempre tiene razón, — murmuró la duquesa fijando en Ernaudón una mirada que, á haber sido entendida por éste, le hubiera lisonjeado más que todas cuantas se le habían dirigido hasta entonces.

Nada más podía exigir, y así, semejante al catañor que abandona la mesa después de haber saboreada el mejor vino, Ernaudón saludó á la duquesa pidiéndola permiso para retirarse.

— ¿Conque nada más tenéis que decirme, caballero? — le preguntó ésta.

— He cumplido mi comisión, señora, y solo me resta ofrecer á V. A. mi más respetuoso homenaje.

La duquesa le siguió con la vista sin devolverle el saludo; pero apenas se cerró la puerta del salón exclamó, dando una patada en el suelo:

— ¡ Mayneville, haced que sigan los pasos de ese joven !

— Imposible, señora, — respondió Mayneville : — todos nuestros hombres están prontos, y yo mismo espero de un momento á otro el desenlace : este es mal día para emplearlo en cosa que no sea la que nos hemos propuesto.

— Decis bien, Mayneville, soy una loca, pero después del suceso...

— Después del suceso se hará lo que gustéis, señora.

— Sí, sí ; ese hombre inspira sospechas á mi hermano.

— Sea ó no sospechoso, parece un honrado caballero, y los hombres honrados son muy raros en estos tiempos. Preciso es convenir también en que nos favorece la fortuna, supuesto que un extraño nos ha caído del cielo para hacernos un servicio tan importante.

— No importa, no importa, Mayneville ; si tenemos que abandonarle en estos momentos, vigiladle al menos después.

— Después, señora, no tendremos necesidad de vigilar á nadie.

— Vamos, ya veo que no sé lo que me digo ; tienes razón, Mayneville ; he perdido la cabeza.

— Á un general como vos, señora, le es permitido distraerse un poco el día antes de la batalla.

— Es verdad, pero ya se acerca la noche, y debemos estar alerta, porque el Valois debe volver de Vincennes.

— ¡ Oh ! Todavía tenemos tiempo, pues no han dado las ocho y aun no han llegado todos nuestros auxiliares.

— ¿ Les habéis dado el santo y seña ?

— Sí, señora.

— ¿ Es gente segura ?

— Á toda prueba.

— ¿ Cómo vienen ?

— Paseándose separados para no inspirar sospechas.

— ¿ Cuántos son ?

— Cincuenta, más de los que se necesitan ; además de estos cincuenta hombres, tenemos doscientos frailes que valen por otros tantos soldados, si es que no valen más.

— Tan pronto como lleguen nuestros hombres, haced formar en el camino á vuestros frailes.

— Ya están prevenidos, señora: interceptarán el camino, los nuestros empujarán el coche sobre ellos, la puerta del convento estará abierta, y no habrá que hacer más que cerrarla cuando el carruaje esté dentro.

— Vamos, pues, á cenar, Mayneville: esto nos hará pasar el tiempo. Es tal la impaciencia que tengo, que quisiera adelantar la aguja del péndulo.

— La hora llegará; estad tranquila.

— ¿Pero nuestros hombres, nuestros hombres?

— Aquí estarán á la hora designada; apenas acaban de dar las ocho; todavía no perdemos tiempo.

— Mayneville, Mayneville, mi pobre hermano me encarga que le envíe su cirujano; el mejor cirujano, el mejor tópico para la herida de Mayenne, sería una mecha de los cabellos del Valois tonsurado, y el hombre que semejante presente le llevase, podía estar seguro de que le llevaba la suprema felicidad.

— Dentro de dos horas, señora, partirá ese hombre á ver á nuestro querido duque en su retiro,

y saliendo de Paris como fugitivo, volverá como triunfador.

— Una palabra más, Mayneville, — dijo la duquesa parándose en el umbral de la puerta.

— Hablad, señora.

— ¿Están prevenidos nuestros amigos de Paris?

— ¿Qué amigos?

— Los de la Liga.

— Guárdeme Dios de semejante cosa, señora; porque avisar á un vecino es tocar la campana mayor de la Catedral. Pensad en que, dado el golpe, tenemos que despachar, antes que nadie sepa nada, hasta cincuenta correos, y entonces el prisionero estará en seguridad en el claustro; entonces podremos defendernos contra su ejército. Si entonces es necesario, nada arriesgaremos ya, y podremos gritar sobre el techo del convento: « ¡El Valois está en nuestro poder! »

— Veo que sois sobrado hábil y prudente, Mayneville, y con razón os llama el Bearnés director de la Liga. También yo pensaba hacer lo que acabáis de decir, pero estaba confusa. ¿Sabéis, Mayneville, que es grande mi responsabilidad, y que jamás, en

ningún tiempo, mujer alguna habrá emprendido y acabado una obra semejante á la que yo medito?

— Bien lo sé, señora, y por lo mismo me estremezco al aconsejaros.

— En fin, resumamos, — dijo la duquesa con aire de autoridad: — ¿los frailes llevan armas debajo de los hábitos?

— Sí, señora.

— ¿Nuestra gente está ya en camino?

— Debe estarlo á estas horas.

— ¿El pueblo lo sabrá después de darse el golpe?

— Es negocio de tres correos; en diez minutos llegará el aviso á Lachapelle-Martean, Brigard y Bussy-Leclerc, y éstos por su parte avisarán á los demás.

— Ante todas cosas que mueran aquellos dos badulaques que vimos pasar al estribo del coche; hecho esto contaremos después el suceso como más convenga á nuestros intereses.

— ¡Matar á esos pobres diablos! — exclamó Mayneville. — ¿Creéis que sea necesario matarlos, señora?

— ¿Loignac? ¡Gran pérdida!

— Es un soldado valiente.

— Un pícaro afortunado, como ese otro galafate que cabalgaba á la izquierda del coche con sus ojos de candela y su piel negra.

— ¡Oh! en cuanto á ése tendría menos repugnancia; no le conozco, y, por otra parte, soy de vuestro parecer, señora; tiene una cara muy mala.

— ¿Luego me lo abandonáis? — dijo la duquesa riendo.

— ¡Oh! de muy buena gana, señora.

— Muchas gracias.

— Yo, señora, no discuto; lo que digo es siempre por vuestra honra y por la moralidad del partido que representamos.

— Está bien, está bien, Mayneville, ya se sabe que eres un hombre virtuoso, y se te firmará el certificado, si es necesario. No hay para que mezclarte en este negocio: ellos habrán defendido al Valois y morirán defendiéndole. Solo te recomiendo á ese joven.

— ¿Qué joven?

— El que acaba de salir de aquí; mira si en efecto ha partido, no sea algún espía enviado por nuestros enemigos.

— Señora, — dijo Mayneville, — estoy á vuestras órdenes.

Y dirigiéndose al balcón, entreabrió las persianas, asomó la cabeza y procuró ver hacia fuera.

— ¡ Oh, qué noche tan oscura ! — exclamó.

— Buena, excelente noche, — replicó la duquesa ; — cuanto más oscura mejor ; así pues, ¡ ánimo, mi capitán !

— Sí, pero no veremos nada, señora, y sin embargo, os importa mucho ver.

— Dios, cuyos intereses servimos, ve por nosotros, Mayneville.

Éste, que al parecer no era tan confiado como madama de Montpensier en la intervención de Dios en negocios de este género, volvió á asomarse al balcón, y mirando de la manera que podía hacerlo en la obscuridad, permaneció inmóvil.

— ¿ Ves pasar gente ? — preguntó la duquesa apagando las luces por precaución.

— No, pero oigo pasos de caballos.

— Ea, ellos son, Mayneville ; todo va bien.

Y la duquesa miró si llevaba todavía colgado á la cintura el famoso par de tijeras de oro que tan gran papel debía representar en la historia.

III.

Como don Modesto Gorenflot bendijo al rey á su paso por delante del priorato de los Dominicos

Ernautón salió con el corazón oprimido, pero con la conciencia bastante tranquila ; pues había tenido la singular dicha de declarar su amor á una princesa, y de hacer olvidar con la conversación importante que se suscitó en seguida, esa declaración, para que no le perjudicase en el presente, y para que pudiese serle provechosa en lo venidero.

No se limitó á esto su fortuna ; había logrado

— Señora, — dijo Mayneville, — estoy á vuestras órdenes.

Y dirigiéndose al balcón, entreabrió las persianas, asomó la cabeza y procuró ver hacia fuera.

— ¡ Oh, qué noche tan oscura ! — exclamó.

— Buena, excelente noche, — replicó la duquesa ; — cuanto más oscura mejor ; así pues, ¡ ánimo, mi capitán !

— Sí, pero no veremos nada, señora, y sin embargo, os importa mucho ver.

— Dios, cuyos intereses servimos, ve por nosotros, Mayneville.

Éste, que al parecer no era tan confiado como madama de Montpensier en la intervención de Dios en negocios de este género, volvió á asomarse al balcón, y mirando de la manera que podía hacerlo en la obscuridad, permaneció inmóvil.

— ¿ Ves pasar gente ? — preguntó la duquesa apagando las luces por precaución.

— No, pero oigo pasos de caballos.

— Ea, ellos son, Mayneville ; todo va bien.

Y la duquesa miró si llevaba todavía colgado á la cintura el famoso par de tijeras de oro que tan gran papel debía representar en la historia.

III.

Como don Modesto Gorenflot bendijo al rey á su paso por delante del priorato de los Dominicos

Ernautón salió con el corazón oprimido, pero con la conciencia bastante tranquila ; pues había tenido la singular dicha de declarar su amor á una princesa, y de hacer olvidar con la conversación importante que se suscitó en seguida, esa declaración, para que no le perjudicase en el presente, y para que pudiese serle provechosa en lo venidero.

No se limitó á esto su fortuna ; había logrado

también no comprometer al rey, ni al señor de Mayenne, ni á sí propio; por lo que estaba contento, si bien deseaba aun muchas cosas, y entre estas, volver pronto á Vincennes, para informar al rey, y después acostarse y reflexionar, porque para los hombres de acción el reflexionar es la felicidad suprema, el único descanso que se permiten.

Así pues, apenas se halló fuera de Bel-Esbat metió espuelas al caballo; pero aun no había corrido cien pasos al galope de aquel compañero tan experimentado hacia algunos días, cuando se vió interrumpido repentinamente en su carrera por un obstáculo que sus ojos, deslumbrados por la luz de Bel-Esbat y todavía mal habituados á la obscuridad, no habían podido percibir y no podían calcular.

Este obstáculo no era ni más ni menos que un cuerpo de caballería que, tendido en dos alas y cerrándose en medio del camino por ambos lados, lo rodearon y le pusieron al pecho media docena de espadas y otras tantas pistolas y dagas, lo cual era demasiado para un hombre solo.

— ¡ Oh! ¡ oh! — exclamó Ernaudón — ¿ qué es esto? ¿ Se roba en el camino á una legua de la capital? Remiego de semejante país. Muy mal

preboste tiene el rey; yo le aconsejaré que tome otro.

— ¡ Silencio! — dijo una voz que Ernaudón creyó reconocer, — entregad pronto vuestra espada y vuestras armas.

Un hombre tomó la brida del caballo y otros desarmaron á Ernaudón.

— ¡ Diablo! Esta gente sabe tomar bien sus precauciones, — dijo Ernaudón en voz baja.

Y volviéndose después á los que le detenían, añadió:

— Señores, á lo menos me haréis el favor de decirme...

— ¡ Pardiez! Es el señor de Carmainges, — dijo el asaltante principal, el mismo que acababa de quitar la espada á Ernaudón, y que aun la tenía en la mano.

— ¡ Señor de Pincorney! — exclamó Ernaudón.

— ¡ Oh! ¿ Cómo os habéis dedicado á tan villano oficio?

— He dicho silencio, — repitió el jefe que se hallaba á pocos pasos de distancia; — conducid á ese hombre al depósito.

— Pero, señor de Sainte-Maline, — dijo Perdueas

iii.

29995

5
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, NEX.

de Pincorney, — este hombre que acabamos de prender...

— ¿Qué?

— Es nuestro compañero, el señor de Carmainges.

— ¡Ernautón aquí! — exclamó Sainte-Maline pálido de cólera. — ¿Qué hace aquí?

— Buenas noches, señores, — dijo Carmainges tranquilamente, — confieso que no creía hallarme en tan buena compañía.

Sainte-Maline permaneció mudo.

— Parece que se trata de prenderme, — continuó Ernautón, — pero no presumo queréis robarme.

— ¡Diablo! ¡diablo! — dijo gruñendo Sainte-Maline: — el suceso no estaba previsto.

— Por mi parte os juro que no lo estaba, — dijo Carmainges riendo.

— Es un verdadero apuro... Pero en fin, sepamos qué hacíais en el camino.

— Si os hiciera yo esa pregunta, señor de Sainte-Maline, ¿me contestaríais?

— No.

— En ese caso permitidme que obre como vos obraríais.

— ¿Conque no queréis decir lo que hacíais en el camino?

Ernautón se sonrió, pero no contestó.

— ¿Ni adónde ibais?

Tampoco respondió.

— Entonces, señor, — dijo Sainte-Maline, — puesto que no os explicáis, me veo obligado á trataros como á un hombre vulgar.

— Haced lo que gustéis, señor, solo os advierto que responderéis de lo que hayáis hecho.

— ¿Al señor de Loignac?

— A persona más alta.

— ¿Al señor de Epernón?

— Más alta que eso todavía.

— Eñhorabuena; yo tengo mi consigna, y voy á enviaros á Vincennes.

— Que me place; precisamente allí me dirigia, señor.

— Me alegro mucho, — dijo Sainte-Maline, — de que este corto viaje esté conforme con vuestras intenciones.

Dos hombres, pistola en mano, se apoderaron al punto del prisionero, que condujeron y entregaron á otros dos hombres colocados á quinientos pasos de

los primeros. Éstos hicieron lo mismo, y Ernautón pudo así, hasta hallarse en el mismo patio del castillo, disfrutar del placer de verse constantemente entre sus camaradas.

En este patio vió Carmainges cincuenta jinetes desarmados, que, pálidos y cabizbajos, rodeados por ciento cincuenta caballos ligeros que venían de Nogent y de Brie, deploraban su mala estrella y esperaban un desenlace fatal de una empresa tan bien comenzada.

Todos esos hombres habían sido cogidos por nuestros famosos Cuarenta y Cinco, que de aquel modo habían inaugurado sus funciones, empleando unas veces la astucia y otras la fuerza; tan pronto uniendo diez contra dos ó tres, tan pronto aproximándose amistosamente á los que tenían por temibles y presentándoles á quema ropa la pistola, cuando los otros creían encontrar simplemente á camaradas y recibir de su parte alguna muestra de su cortesanía.

Resulta, pues, de esto que no se había dado un combate, ni proferido un grito, y que en un encuentro de ocho contra veinte, un jefe de la Liga que había llevado la mano á su puñal para defenderse y

abierto la boca para gritar, había sido casi ahogado y escamoteado por los Cuarenta y Cinco con la agilidad que emplea la tripulación de un buque en largar un cable entre los dedos de una cadena de hombres.

Mucho hubiera alegrado á Ernautón semejante cosa si la hubiera conocido; pero veía y no comprendía, lo cual no dejó de amargar algún tanto su existencia durante diez minutos. Sin embargo, luego que reconoció á todos los prisioneros á quienes se le agregaba, dijo á Sainte-Maline:

— Señor, veo que os habíais hecho cargo de la importancia de mi misión, y que, á fuer de galante compañero, temiendo sin duda que tuviese yo algún mal encuentro, os dignasteis darme una escolta; en efecto, puedo ya decíroslo, teníais mucha razón; el rey me espera, y tengo que decirle cosas muy importantes. Añadiré también que, como sin vos no hubiera llegado probablemente, tendré el honor de decir al rey lo que habéis hecho por su mejor servicio.

Sainte-Maline se ruborizó como antes había palidecido; pero comprendió, como hombre perspicaz que era cuando no le cegaba alguna pasión, que

Ernautón decía verdad y que le esperaban; sabiendo por otra parte que nadie se burlaba de los señores de Loignac y de Eperón, se contentó con responder:

— Estáis en libertad, señor de Ernautón, y me alegro de haberos prestado el servicio que decís.

Ernautón se lanzó fuera de las filas y subió la escalera que conducía á la cámara del rey.

Sainte-Maline le había seguido con la vista, y á la mitad de la escalera pudo ver á Loignac que recibía al señor de Carmainges y le hacía señas que continuase su camino.

Loignac bajó la escalera; venía á proceder al despojo de la presa.

Resultaba, pues, y Loignac fué quien aprobó el hecho, que el camino, libre ya, merced al arresto de los cincuenta hombres, lo estaría hasta el día siguiente, puesto que había pasado la hora en que aquellos cincuenta hombres debían hallarse reunidos en Bel-Esbat.

Así pues, la vuelta del rey á París no ofrecía peligro alguno; pero Loignac contaba sin la huésped, es decir, sin el convento de los Dominicos y sin la artillería y la mosquetería de los reverendos padres,

de todo lo cual estaba Eperón perfectamente informado por Nicolás Poulain, de modo que cuando Loignac vino á decir á su jefe:

— Señor, los caminos están libres,

Replicó el duque:

— Está bien. La orden del rey es que los Cuarenta y Cinco se dividan en tres pelotones: uno marchará delante y uno á cada lado de las portezuelas, pero advirtiéndole que el pelotón ha de ir muy estrechado para que el fuego, si lo hay por casualidad, no llegue al coche.

— Muy bien, — respondió Loignac con la impasibilidad del soldado; — pero en cuanto al fuego, como no veo mosquetes, no preveo los mosqueazos.

— Al pasar por el convento mandad estrechar las filas, — dijo Eperón.

Este diálogo fué interrumpido por el movimiento que había en la escalera. Era el rey que bajaba dispuesto á marchar: seguíanle algunos gentileshombres, entre los cuales reconoció Sainte-Maline con disgusto á Ernautón de Carmainges.

— Señores, — preguntó el rey, — ¿están ya reunidos mis bravos Cuarenta y Cinco?

— Sí, señor, — respondió Epernón mostrándole un grupo de soldados que se percibía confusamente debajo de las bóvedas.

— ¿ Están dadas las órdenes ?

— Y serán cumplidas, señor.

— Pues partamos, — dijo S. M.

Loignac mandó tocar bota-sillas.

Habiéndose pasado lista en voz baja, se halló que estaban presentes los Cuarenta y Cinco, sin faltar ninguno.

Confióse á los caballos ligeros el cuidado de custodiar á los soldados de Mayneville y de la duquesa, con prohibición explícita, so pena de muerte, de dirigirles una sola palabra.

El rey subió al coche y colocó á un lado su espada desenvainada. El duque, después de echar unos cuantos votos y juramentos, se puso á probar si la suya jugaba bien en la vaina.

En aquel momento dieron las nueve, y la tropa se puso en marcha.

Una hora después de la partida de Ernautón, aun estaba el señor de Mayneville asomado al postigo del balcón, desde donde le hemos visto intentar, aunque inútilmente, seguir los pasos del joven en medio de

la obscuridad de la noche ; pasada aquella hora, se sintió menos tranquilo, y, sobre todo, algo más inclinado á esperar el socorro de Dios, porque comenzaba á creer que le faltaría el de los hombres.

Ni uno solo de sus soldados había acudido ; el camino, silencioso y obscuro, resonaba solamente á grandes intervalos con el ruido de algunos caballos que se dirigían á toda brida á Vincennes. Al oír este ruido, el señor de Mayneville y la duquesa se impacientaban mirando en la obscuridad, queriendo reconocer á su gente, adivinar parte de lo que pasaba, ó saber la causa de aquella tardanza ; pero, extinguido aquel ruido, todo volvía á quedar en el mismo silencio.

Semejante estado de cosas acabó por inspirar á Mayneville tal inquietud, que mandó montar á caballo á uno de los criados de la duquesa con orden de informarse del primer pelotón que encontrase.

El mensajero no había vuelto, y notándolo la impaciente duquesa, envió otro que tampoco regresó.

— Nuestro oficial, — dijo entonces la duquesa, siempre dispuesta á ver las cosas por el lado bueno, — habrá temido no tener bastante gente, y detiene

á propósito á cuantos le enviamos, medida que, aunque prudente, nos pone en cuidado.

— Sí, señora, en mucho cuidado, — respondió Mayneville haciendo un movimiento para salir.

— ¡ Os lo prohibo ! — exclamó la duquesa deteniéndole. — ¡ Qué se quedaría á mi lado ? ¡ Quién conocería á todos nuestros oficiales, á todos nuestros amigos cuando llegase el momento ? No, no, quedaos, Mayneville ; cuando se trata de un secreto como el nuestro, la imaginación se pierde en mil aprehensiones muy naturales ; pero estando tan bien combinado el plan, y sobre todo habiéndose guardado sobre él tan profundo secreto, no debemos dudar de su buen éxito.

— ¡ Las nueve ! — dijo Mayneville respondiendo á su propia impaciencia, más bien que á las palabras de la duquesa : — mirad á los frailes que salen ya de su convento y se forman á lo largo de las tapias del patio ; tal vez hayan recibido algún aviso particular.

— ¡ Silencio ! — exclamó la duquesa extendiendo la mano hacia el camino.

— ¡ Qué hay ?

— ¡ Silencio ! ¡ Escuchad !

Comenzaba á oírse á lo lejos cierto ruido sordo semejante al del trueno.

— ¡ Es la caballería ! — gritó la duquesa. — ¡ Nos le traen, nos le traen !

Y pasando, según su carácter arrebatado, de la más cruel angustia á la más loca alegría, se puso á palmotear repitiendo :

— ¡ Ya le tengo ! ¡ Ya le tengo !

Mayneville siguió escuchando, y dijo al cabo de un rato :

— Sí, sí, es el ruido de un coche y de caballos que vienen al galope.

En seguida se puso á mandar en voz alta :

— ¡ Fuera de las tapias, padres, fuera de las tapias !

Abrióse al punto precipitadamente la principal reja del priorato, y salieron en muy buen orden los cien frailes armados, á cuya cabeza marchaba Borromeo.

Luego que se situaron en el camino, se oyó la voz de Gorenflot que gritaba :

— ¡ Esperadme ! esperadme !

— ¡ En el balcón, señor prior, en el balcón ! — le contestó Borromeo, — puesto que debéis domi-

narnos á todos. La Sagrada Escritura dice : « Los dominarás como el cedro domina al hisopo. »

— Es cierto, — dijo Gorenflot, — es cierto ; ya no me acordaba de que habia escogido este puesto ; pero afortunadamente ahí estáis vos para avisarme, hermano Borromeo.

Este dió una orden en voz baja, y al punto cuatro hermanos, so pretexto de honor y ceremonia, fueron á acompañar al digno prior á su balcón.

El camino, que hacia un recodo á cierta distancia del priorato, se vió iluminado con multitud de antorchas, merced á las cuales la duquesa y Mayneville pudieron ver relucir corazas y espadas.

No pudiendo contenerse la primera, gritó :

— Bajad, Mayneville, y traedme lo atado y bien escoltado, ¿ lo entendéis ?

— Sí, sí, señora, — dijo Mayneville distraído ; — pero una cosa me inquieta.

— ¿Cuál ?

— No oigo la señal convenida.

— ¿ Qué falta hace la señal si ya le han cogido ?

— Es que no debian prenderle hasta aquí delante del priorato, — insistió Mayneville.

— Habrán hallado más lejos mejor ocasión.

— No veo á nuestro oficial.

— Yo sí.

— ¿ Dónde ?

— Aquel plumero rojo...

— ¡ Diablo !

— ¿ Qué ?

— ¡ Aquel plumero !

— ¿ Y qué ?

— ¡ Es el señor de Epernón ! Es el señor de Epernón que camina con espada en mano.

— Le han dejado su espada.

— ¡ Voto á Cribas ! Viene mandando.

— ¿ Á los nuestros ? ¿ Luego ha habido traición ?

— ¡ Ah ! señora, no son los nuestros.

— ¿ Estáis loco, Mayneville ?

En aquel momento Loignac, que marchaba al frente del primer pelotón de los Cuarenta y Cinco, gritó agitando su acero :

— ¡ Viva el rey !

— ¡ Viva el rey ! — respondieron con su formidable acento gascón los Cuarenta y Cinco.

La duquesa se puso pálida, y estuvo á punto de desmayarse.

Mayneville echó mano á la espada creyendo que

aquellos hombres invadirían la residencia de Bel-Esbat.

La comitiva seguía avanzando como un torbellino de ruido y de luz. Había ya pasado á Bel-Esbat, é iba á llegar al priorato.

Borromeo dió tres pasos, y Loignac dirigió su caballo hacia aquel fraile que parecía, con su hábito de burriel, ofrecerle el combate; pero Borromeo, como hombre prudente, vió que todo estaba perdido, y tomó al punto su partido.

— ¡Paso, paso! — gritó rudamente Loignac.

— ¡paso al rey!

Borromeo, que había sacado su espada de debajo de su hábito, volvió á envainarla.

Gorenflot, electrizado por los gritos y por el ruido de las armas, deslumbrado por la luz de las antorchas, extendió su diestra poderosa, y estirando su dedo índice y el del medio, bendijo al rey desde su balcón.

Enrique, asomado á la portezuela, le vió y le saludó sonriendo.

Aquella sonrisa, prueba auténtica del favor que el digno prior de los Dominicos gozaba en la corte, electrizó á Gorenflot de tal suerte, que entonó tam-

bién un ¡viva el rey! con una fuerza de pulmones capaz de desplomar los arcos de la más soberbia catedral.

Pero el resto de la comunidad permaneció mudo, lo cual no era de extrañar, puesto que esperaba otra solución á aquellos dos meses de ejercicios y á aquel armamento que había sido su consecuencia.

Pero Borromeo, como buen veterano, había calculado con una rápida ojeada el número de defensores del rey y reconocido su continente guerrero. Por otra parte, la ausencia de los partidarios de la duquesa revelaba la suerte fatal de la empresa, y conoció que vacilar en someterse sería perderlo todo. Así pues, en el momento en que el caballo de Loignac iba á chocar con él, gritó: ¡viva el rey! con voz casi tan sonora como la de Gorenflot.

Entonces la comunidad contestó en coro: ¡Viva el rey!

— Gracias, reverendos padres, gracias, — dijo

Enrique III á los frailes.

En seguida pasó por delante del convento, que debía ser el término de su carrera, como un torbellino de fuego, de ruido y de gloria, dejando tras sí á Bel-Esbat sumido en obscuridad profunda.

La duquesa entretanto, desde su balcón, y oculta por el escudo de hierro dorado detrás del cual había caído de rodillas, veía, interrogaba, devoraba cada uno de los rostros en que las antorchas reflejaban su luz centelleante.

— ¡Ay! — exclamó señalando á uno de la escolta, — ¡mirad, Mayneville!

Este gritó á su vez:

— ¡El mensajero del duque de Mayenne al servicio del rey!

— ¡Estamos perdidos! — dijo la duquesa.

— Es preciso huir, y pronto, señora, — dijo Mayneville; — vencedor, el Valois abusará mañana de su victoria.

— ¡Hemos sido vendidos! — exclamó la duquesa. — ¡Y por ese joven! ¡Lo sabía todo!

El rey estaba ya lejos; había desaparecido con toda su escolta por la puerta de San Antonio, que se abrió al aproximarse y se cerró después de darle paso.

IV

Como Chicot bendijo al rey Luis XI por haber inventado la posta y resolvió aprovecharse de esta invención.

Chicot, de quien con permiso de nuestros lectores volveremos á hablar, después del importante descubrimiento que acababa de hacer desatando las cintas de la careta del señor de Mayenne, creyó no debía perder un instante para ponerse á salvo de los resultados de aquella aventura.

Como se comprende muy bien, el combate entre

La duquesa entretanto, desde su balcón, y oculta por el escudo de hierro dorado detrás del cual había caído de rodillas, veía, interrogaba, devoraba cada uno de los rostros en que las antorchas reflejaban su luz centelleante.

— ¡Ay! — exclamó señalando á uno de la escolta, — ¡mirad, Mayneville!

Este gritó á su vez:

— ¡El mensajero del duque de Mayenne al servicio del rey!

— ¡Estamos perdidos! — dijo la duquesa.

— Es preciso huir, y pronto, señora, — dijo Mayneville; — vencedor, el Valois abusará mañana de su victoria.

— ¡Hemos sido vendidos! — exclamó la duquesa. — ¡Y por ese joven! ¡Lo sabía todo!

El rey estaba ya lejos; había desaparecido con toda su escolta por la puerta de San Antonio, que se abrió al aproximarse y se cerró después de darle paso.

IV

Como Chicot bendijo al rey Luis XI por haber inventado la posta y resolvió aprovecharse de esta invención.

Chicot, de quien con permiso de nuestros lectores volveremos á hablar, después del importante descubrimiento que acababa de hacer desatando las cintas de la careta del señor de Mayenne, creyó no debía perder un instante para ponerse á salvo de los resultados de aquella aventura.

Como se comprende muy bien, el combate entre

él y el duque debía ser en lo sucesivo á todo trance, pues herido menos dolorosamente en su carne que en su amor propio, Mayenne, que á los antiguos cintarazos tenía que agregar la reciente estocada, no podía perdonar nunca.

— ¡Ea! ¡ea! — exclamó el buen gaseón precipitando su carrera hacia Beaugency, — esta es la ocasión de hacer correr sobre los caballos de posta el dinero reunido de esos tres ilustres personajes que se llaman Enrique de Valois, don Modesto Gorenflot y Sebastián Chicot.

Hábil como era en fingir con gran arte no sólo todos los sentimientos sino también todas las condiciones, tomó en aquel mismo momento el aire de un gran señor, como había tomado en situaciones menos comprometidas el de un honrado ciudadano.

Así, jamás príncipe alguno fué servido con mayor celo que maese Chicot cuando vendió el caballo de Ernautón y habló un cuarto de hora con el maestro de postas.

Apenas se vió dentro de la silla, determinó no detenerse hasta hallarse en lugar seguro, y corrió con toda la velocidad que podían permitirlo los treinta caballos que mudó en las sesenta leguas de

camino, devoradas en veinte horas, sin que en ellas experimentase la menor fatiga, pues parecía que le habían hecho de acero.

Cuando, gracias á esta rapidez, llegó en tres días á Burdeos, parecióle que le era permitido tomar un poco de aliento.

Y como, cuando se galopa, se puede pensar, y aun no se puede hacer mucho más que eso, Chicot pensó mucho.

Su embajada, que tomaba mayor gravedad á medida que se aproximaba al término de su viaje, se le apareció bajo un punto de vista muy distinto, sin que podamos decir con exactitud bajo qué punto de vista se le apareció.

¿Qué príncipe iba á encontrar en aquel extravagante Enrique, á quien los unos suponían tonto, los otros cobarde, y todos un renegado de poca importancia? Pero la opinión de Chicot no era la de todo el mundo.

El carácter de Enrique, como la piel del camaleón que refleja el objeto que cubre, había experimentado algunas variaciones desde que pisara su suelo natal, pues Enrique había sabido poner bastante espacio entre la zarpa real y la preciosa piel

que con tanta habilidad había libertado hasta entonces de todo gancho, para que pudiese temer el menor rasguño.

Entretanto su política exterior era siempre igual : perdiase en el ruido general, extinguiendo al mismo tiempo algunos nombres ilustres cuyo brillo todos se admiraban de ver reflejar en una pálida corona de Navarra. Del mismo modo que en París, hacía continua compañía á su esposa cuya influencia no obstante, á doscientas leguas de París, parecía completamente inútil. En una palabra, vegetaba y nada más, dándose por satisfecho con la vida sedentaria que había elegido.

Para el vulgo era asunto de hiperbólicas bufonadas y censuras.

Para Chicot era materia de profundas reflexiones, porque por muy poco que, al parecer, valiese Chicot, sabía naturalmente adivinar el fondo de los corazones debajo de la corteza. Así pues, Enrique de Navarra no era para él un enigma ya descifrado, pero era un enigma, y saber que Enrique de Navarra era un enigma, y no un hecho puro y simple, era ya saber mucho. Chicot, por consiguiente, sabía más que todo el mundo, sabiendo,

como aquel viejo sabio de la Grecia, que nada sabía.

Cualquiera se hubiera presentado allí con la frente erguida, el lenguaje libre y el corazón en los labios : pero Chicot no ignoraba que era preciso entrar con el corazón frío, el lenguaje estudiado y el semblante compuesto como el de un cómico.

Inspiróle esta necesidad de disimulo, en primer lugar, su penetración natural, y en segundo, la perspectiva de los mismos parajes que iba recorriendo.

Al pisar Chicot los límites de aquel pequeño principado de Navarra, país cuya pobreza era proverbial en Francia, cesó de ver, no sin grande asombro, estampado en cada rostro, en cada casa y en cada piedra, el diente de aquella miseria horrible que roía las provincias más bellas de la soberbia Francia que acababa de dejar.

El leñador que pasaba con el brazo apoyado en el yugo de su buey favorito, la aldeanilla de jubón corto y ligero paso que llevaba el agua sobre la cabeza á la usanza de los coéforos antiguos, el anciano que murmuraba una canción antigua meneando su nevada cabeza, el pájaro familiar que

picoteaba dentro de su jaula el repleto comedero, el niño atezado, de miembros flacos, pero nervudos, que retozaba sobre montones de hojas de maiz, todo hablaba á Chicot un lenguaje vivo, claro y elocuente; todo le gritaba á cada paso que daba:

— ¡ Aquí reina la felicidad !

De vez en cuando, al ruido de las chillonas ruedas de un carro que cruzaba lentamente el camino, experimentaba Chicot cierto terror involuntario, recordando la pesada artillería que estropeaba los arrecifes de la Francia; pero al volver el camino se le presentaba la carreta del vendimiador cargada de cubas y de muchachos alegres. Cuando algún cañón de arcabuz le hacía abrir los ojos por detrás de un vallado de higueras ó de pámpanos, recordaba Chicot las tres emboscadas de que tan fácilmente se había librado, y sin embargo, lo que le alegraba no era más que un cazador, que, seguido de sus perros, atravesaba el llano cubierto de liebres para pasar á la montaña llena de perdices.

Aunque la estación estaba muy avanzada, y Chicot había dejado á París cubierto de niebla y escarchas, hacía buen tiempo y aun calor. Los

árboles, que no habian perdido todavía sus hojas, derramaban, desde lo alto de sus copas casi amarillas, una sombra azulada sobre la tierra. Los horizontes purisimos reverberaban con los rayos del sobre mil aldeas formadas de casas blancas.

El campesino bearnés, con el sombrero inclinado sobre la oreja, azuzaba en los prados á esos caballos de tres escudos que brincan infatigables con sus patas de acero, andan veinte leguas de una tirada, y nunca almohazados ni cubiertos, se sacuden al llegar al término del viaje y se ponen á pacer la primera hierba que encuentran, lo cual constituye su única y suficiente comida.

— ¡ Diablo ! — exclamaba Chicot: — jamás he visto la Gascuña tan rica. El bearnés vive como gallo en gallinero.

Y supuesto que es tan feliz, razón hay para creer, como dice su hermano el rey de Francia, que es... que es... casi bueno. Es verdad que, aunque traducida en latin, me incomoda todavía la carta; casi tengo tentaciones de traducirla en griego; pero ¡ bah ! yo no he oído decir que Enrique VIII, como le llamaba su hermano Carlos IX, supiera latin. Yo le haré de mi traducción latina

una traducción francesa, *expurgata*, como dicen los sabios de la Sorbona.

Y Chicot, mientras hacía estas reflexiones en voz baja, se informaba en voz alta del sitio en que podía encontrar al rey.

Este se hallaba en Nerac. Dijéronle al principio que estaba en Pau, lo cual había obligado á nuestro mensajero á avanzar hasta Mont-de-Marsan; pero al llegar aquí había sido rectificada la topografía de la corte, y Chicot echó por el camino de la izquierda para salir al de Nerac, que encontró lleno de gente que volvía del mercado de Condom.

Entonces averiguó; pues, como recordarán nuestros lectores, era muy preguntón y sólo circunspeto cuando se trataba de contestar á las preguntas de los demás, que el rey de Navarra se daba una vida muy alegre y que no permitían un momento de tregua á sus perpetuas transiciones de un amor á otro.

Durante el viaje había tenido Chicot el feliz encuentro de un joven clérigo católico, de un tratante de ganado lanar y de un oficial, que desde Monte-de-Marsan iban en buena compañía y plati-

canban dulce y sabrosamente entre las repetidas francachelas que tenían en cuantas posadas descansaban.

Chicot creyó ver en aquella asociación, puramente casual, representada la Navarra ilustrada, la Navarra comercial y la Navarra militante. El clérigo le recitó los sonetos que corrían sobre los amores del rey y de la bella Fosseuse, hija de Renato Montmorency, barón de Fosseux.

— Vamos, vamos, — le contestó Chicot, — conviene que nos entendamos: en París creen que S. M. el rey de Navarra está loco por la señorita Le Rebours.

— ¡ Oh ! — dijo el oficial, — eso sucedía en Pau.

— Sí, sí, — repitió el clérigo, — en Pau.

— ¡ Ah ! ¿ era en Pau ? — replicó el mercader, que en su calidad de simple ciudadano parecía el menos informado de los tres.

— ¡ Cómo ! — preguntó Chicot, — ¿ tiene por ventura el rey una querida en cada pueblo ?

— Bien puede ser, — dijo el oficial, — pues me consta que era el amante de la señorita Dayelle cuando yo estaba de guarnición en Castelnaudary.

— ¡ Esperad, esperad un poco ! — exclamó

Chicot. — La señorita Dayelle... ¿ una griega ?

— La misma, — dijo el clérigo, — una cipriota.

— Perdonad, señores, — observó el traficante que deseaba hallar una coyuntura para tomar parte en aquella conversación : — yo soy de Agen.

— ¿ Y qué ?

— Que puedo responder de que el rey conoció á la señorita de Tignonville en dicha ciudad.

— ¡ Cáspera, — dijo Chicot, — qué galanteador tan verde ! Pero volviendo á la señorita Dayelle, cuya familia he conocido...

— La señorita Dayelle era muy celosa y amenazaba sin cesar : tenía un puñalito muy lindo, corvo, que colocaba sobre su costurero, y un día se lo presentó el rey diciendo que quería evitar una desgracia al que le sucediera en el trono.

— ¿ De modo que á estas horas se dedica S. M. exclusivamente á la señorita Le Rebours — preguntó Chicot.

— Al contrario, — contestó el clérigo : — están reñidos; la señorita Le Rebours es hija de presidente, y como tal muy fuerte en achaque de procedimientos. Fué tanto lo que se querelló contra la reina, gracias á las insinuaciones de la reina madre,

que la infeliz cayó enferma. Entonces la reina Margarita, que no es tonta, se aprovechó de la ocasión, y decidió al rey á dejar á Pau por Nerae ; por consiguiente, ese es ya un amor interrumpido.

— ¿ Conque es decir, — preguntó Chicot, — que la nueva pasión del rey es la Fosseuse ?

— ¡ Oh ! sí, tanto más, cuanto que está, según dicen, en cinta.

— ¿ Pero qué dice la reina ? — añadió Chicot.

— ¿ La reina ? — repuso el oficial.

— Sí, la reina.

— Deposita sus dolores á los pies del Crucifijo, — respondió el clérigo.

— Por otra parte, — dijo el oficial, — la reina ignora todas estas cosas.

— ¡ Cómo ! — exclamó Chicot : — ¡ eso es imposible !

— ¿ Por qué ? — preguntó el oficial.

— Porque Nerae no es una ciudad tan grande que no se vean las personas de una manera muy clara.

— ¡ Ah ! en cuanto á eso, — observó el oficial, — hay un parque, y en ese parque calles de más de tres mil pasos, todas llenas de cipreses, de

plátanos y de sicomoros magníficos; de modo que es tan grande la sombra que dan dichos árboles, que en la mitad del día no se ve á diez pasos de distancia; reflexionad qué sucederá cuando llega la noche.

— Y además, anda muy ocupada, — añadió el clérigo,

— ¿Ocupada?

— Sí.

— ¿Y en qué?

— En Dios, — replicó el clérigo con seriedad.

— ¡Bah! — exclamó Chicot.

— ¿Por qué no?

— ¿Conque es devota la reina?

— Muy devota.

— Sin embargo, según creo no se dice misa en el palacio, — dijo Chicot.

— Pues creéis muy mal. ¡Que no se dice misa! Sin duda nos tenéis por paganos. Sabed que si el rey va al sermón con sus gentiles-hombres, la reina hace que le digan la misa en una capilla particular.

— ¿La reina?

— Sí.

— ¿La reina Margarita?

— La reina Magarita; por más señas que yo, aunque indigno sacerdote, he percibido dos escudos por haber oficiado dos veces en su capilla, y he predicado también un buen sermón sobre este sagrado texto:

« Dios ha separado el buen grano de la zizaña. »

El Evangelio dice: « Dios separará; pero como hace mucho tiempo que se escribió el Evangelio, he cambiado un tiempo por otro.

— ¿Y el rey ha tenido noticia de vuestro sermón?

— Lo ha oído.

— ¿Sin incomodarse?

— Todo lo contrario; lo ha aplaudido en extremo.

— Me dejáis asombrado, — respondió Chicot.

— Es preciso añadir, — dijo el oficial, — que una misa y un sermón son cosas muy accesorias en Palacio, donde hay muy buenas comidas, sin contar los paseos, pues creo que en ninguna parte se hayan paseado más los bigotes que en las alamedas de Nerac.

Chicot acababa de adquirir muchas más noticias que las que necesitaba para formar su plan.

Conocía á Margarita por haberla visto en París,

y sabía, por lo demás, que si era poco disimulada en asuntos de amor, esto solo sucedía cuando un motivo cualquiera la obligaba á ponerse una venda en los ojos.

— ¡ Cáspera ! — dijo, — ¡ no puedo olvidar las calles de cipreses y los tres mil pasos de sombra ! Y soy yo quien va á decir la verdad en Nerac, yo que vengo de París, á gentes que tienen alamedas de tres mil pasos y unas sombras en las cuales las mujeres no ven á sus maridos pasearse con sus queridas. ¡ Pardiez ! me sajarán aquí para enseñarme á no turbar tantos paseos encantadores. Afortunadamente conozco la filosofía del rey, y espero en ella. Además soy embajador, y por consiguiente inviolable.

Y Chicot prosiguió su marcha, entrando hacia el anochecer en Nerac, juntamente á la hora de esos paseos que tanto ocupaban la atención del rey de Francia y de su flamante embajador.

Chicot pudo convencerse de la sencillez de las costumbres reales por el modo con que fué admitido en una audiencia.

Un simple lacayo le abrió las puertas de un salón rústico, cuyas avenidas se veían esmaltadas de

flores: encima de este salón estaba la antecámara del rey y la cámara que le gustaba habitar de día para dar audiencias de poca importancia, de las cuales era tan pródigo.

Un oficial, y á veces un paje, iba á avisarle cuando se presentaba una visita. Este oficial ó este paje corría en busca del rey hasta que le encontraba en cualquier sitio que fuese. El rey se presentaba al punto y recibía al solicitante.

Chicot no pudo menos de quedar encantado al notar aquella franqueza tan extraordinariamente benévola, y tuvo al rey por bueno, por cándido y por enamorado, subiendo de punto este buen concepto cuando á la conclusión de una calle sinuosa y bordada de adelfas, no de tres mil pasos, sino de doce ó quince, vió llegar con un mal sombrero en la cabeza, ropilla de color de hoja seca y botas pardas al rey de Navarra, contento y risueño, divirtiéndose con un boliche que traía en su mano derecha, al paso que con la izquierda arrancaba las flores de la orrilla del paseo.

— ¡ Quién quiere hablarme ? — preguntó á su paje.

— Señor, — respondió éste, — un hombre que

al parecer es medio caballero y medio militar.

Chicot oyó estas últimas palabras, y se adelantó con gentil talante, diciendo :

— Soy yo, señor.

— ¡ Bueno ! — exclamó el rey alzando los brazos al cielo; — el señor Chicot en Navarra; el señor Chicot entre nosotros; bien venido seáis, señor Chicot.

— Mil gracias, señor.

— ¡ Sano y salvo, á Dios gracias !

— Así lo creo, señor, — dijo Chicot entusiasmado.

— ¡ Voto á Cribas ! — añadió Enrique; — vamos á beber juntos un poco de vino de Limoux, de que me daréis noticias. Os juro, señor Chicot, que me colmáis de júbilo; ea, sentaos aquí.

Y le señalaba un banco de césped,

— Jamás, señor, — dijo Chicot con humildad.

— ¿ Conque habéis andado doscientas leguas para venir á verme, y queréis que os deje en pie ? No, señor Chicot, sentaos, sentaos; no se habla bien sino sentado.

— Pero, señor, el respeto.

— ¿ Respeto entre nosotros y en Navarra ? Tú

estás loco, mi pobre Chicot: ¿ quién piensa en eso ?

— No, señor, no estoy loco, — respondió Chicot;

— soy embajador.

Un ligero pliegue arrugó la frente serena del rey; pero desapareció tan pronto, que Chicot, á pesar de lo observador que era, no percibió siquiera la señal.

— ¡ Embajador ! — dijo Enrique con sorpresa, á la que procuró dar cierto aire de naturalidad. — ¿ Embajador de quién ?

— Del rey Enrique III. Vengo de París y del Louvre, señor.

— ¡ Ah ! Eso es diferente, — repuso el rey levantándose de su banco de césped y exhalando un suspiro. — Marchaos, paje; dejadnos; subid vino al piso principal, á mi cámara; no, á mi gabinete. Venid conmigo, señor Chicot, yo os enseñaré el camino.

Chicot siguió al rey de Navarra, que andaba entonces más de prisa que cuando volvía de su paseo de adelfas.

— ¡ Qué miseria ! — murmuró Chicot — ¡ venir á turbar á este buen hombre en su paz y en su ignorancia ! ¡ Bah ! ¡ Será filósofo !



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

V.

Cómo el rey de Navarra adivinó que « Turennius
quería decir Turena y « Margarita » Margot

Como debe suponerse, el gabinete del rey de Navarra no era muy suntuoso. S. M. bearnesa no era rico, y de lo poco que tenía no hacía locuras. Este gabinete ocupaba, con la cámara de dormir, toda el ala derecha del palacio, y conducía á él un pasadizo desde la antecámara ó cuarto de guardias.

Desde aquella pieza espaciosa y amueblada con bastante decencia, aunque no se notase en ella la

menor muestra de lujo real, se extendía la vista sobre magníficas praderas situadas á orillas del río.

Arboles corpulentos, sauces y plátanos, ocultaban el curso del agua, sin impedir á los ojos deslumbrarse alguna que otra vez, cuando al salir el río, como un dios mitológico, de entre su follaje, hacía resplandecer al sol de mediodía sus escamas de oro, á la luna de media noche su ropaje de plata.

Las ventanas daban por un lado sobre este panorama mágico terminado á lo lejos por una cadena de colinas, algo encendida por el sol durante el día, pero al caer la tarde terminaba el horizonte con tintas moradas de una limpidez admirable; y por el otro daban al patio del palacio. Alumbrada así á oriente y poniente por esta doble fila de ventanas que se correspondían unas con otras, la sala presentaba un aspecto magnífico cuando reflejaban los primeros rayos del sol ó el azul anacarado de la luna naciente.

Preciso es decir que estas bellezas naturales llamaban menos la atención de Chicot que la distribución de aquel gabinete, morada habitual de Enrique. En efecto, parecía que en cada mueble se proponía el inteligente embajador buscar una letra, y esto

con tanta más atención, cuanto que el conjunto de estas letras debía darle la explicación del enigma que hacía tanto tiempo trataba de descifrar, y que con mucha más particularidad había tratado durante su viaje.

El rey se sentó, con su habitual franqueza y su eterna sonrisa, en un gran sillón de cuero de gamo con clavos dorados, pero con franjas de lana: Chicot, para obedecerle, arrastró un taburete cubierto de lo mismo, enriquecido con idénticos adornos, y se sentó enfrente del rey de Navarra.

Enrique miraba á Chicot de hito en hito y con la sonrisa en los labios, como ya hemos dicho; pero al mismo tiempo con una atención que á un cortesano hubiera parecido molesta.

— Sin duda me tendréis por muy curioso, mi querido Chicot, — comenzó por decir el rey; — pero hace tanto tiempo os consideraba como muerto, que á pesar de toda la alegría que me causa vuestra resurrección, no puedo habituarme á la idea de que estáis vivo. ¿ Por qué, pues, desaparecisteis de repente de este mundo ?

— ¡ Ah, señor! — exclamó Chicot con su libertad acostumbrada, — también vos habéis desapa-

recido de Vincennes ! Cada uno se eclipsa según sus medios, y sobre todo, según sus necesidades.

— Tenéis siempre más talento que todo el mundo, querido Chicot, — dijo Enrique, — y en esto más que en nada conozco que no estoy hablando con una sombra.

Tomando después cierto aire de seriedad, añadió :

— ¿ Pero queréis, amigo Chicot, que dejemos esto á un lado y hablemos de negocios ?

— Si no sirve de molestia á V. M., con mucho gusto.

Los ojos del rey se inflamaron.

— Nada de eso... Verdad es, — añadió, — que aquí me enmohezco; pero nunca me canso sino cuando no hago nada. Así es que hoy Enrique de Navarra ha traído su cuerpo de aquí para allí hecho un zarandillo, pero el rey no ha hecho trabajar á su espíritu.

— Señor, me alegro mucho de eso, — respondió Chicot ; — embajador de un rey, pariente y amigo vuestro, tengo que desempeñar cerea de V. M. comisiones muy delicadas.

— Hablad pronto, pues picáis mi curiosidad.

— Señor...

— En primer lugar, vuestras credenciales ; sé que es una formalidad inútil, puesto que se trata de vos ; pero al fin quiero mostraros que, aunque somos un paisano bearnés, sabemos nuestros deberes de rey.

— Señor, pido mil perdones á V. M., — respondió Chicot, — pero todo cuanto poseía, que pudiera servirme de credenciales, lo he sepultado en los ríos, arrojado al fuego y esparcido al aire.

— ¿ Y por qué habéis hecho eso, señor Chicot ?

— Porque no se viaja cuando se dirige uno á Navarra encargado de una embajada, como se viaja para ir á comprar paño en Lyon ; y porque el hombre que tiene el peligroso honor de llevar cartas reales, se expone á no llevarlas más que á los muertos.

— Verdad es, — dijo Enrique con cierta naturalidad ; — los caminos no están seguros, y en Navarra nos vemos reducidos, á falta de dinero, á confiarnos á la probidad de los palurdos ; por lo demás, no son muy ladrones.

— Lejos de eso, — exclamó Chicot, — son unos corderos, unos angelitos, señor ; pero solamente en Navarra.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! — exclamó Enrique.

— Sí, señor, fuera de Navarra se encuentran lobos y buitres alrededor de cada presa ; yo era una presa, señor, de suerte que he tenido mis buitres y mis lobos.

— Que, por lo demás, según veo con placer, no os han comido enteramente.

— ¡ Pardiez ! señor, no ha sido por culpa suya, pues hicieron cuanto podían para eso ; pero me hallaron demasiado forrado en hierro, y no pudieron hincar las garras en mi piel ; mas dejemos aquí si os place, señor, los pormenores de mi viaje, que son cosas ociosas, y volvamos á nuestras cartas credenciales.

— Pero si no las tenéis, querido Chicot, — dijo Enrique, — me parece muy inútil volver á ellas.

— Es decir, que no las tengo ya, pero que tenía una...

— ¡ Ah, enhorabuena ! Dádmela, señor Chicot. Y Enrique alargó la mano.

— Hé ahí la desgracia, señor, — replicó Chicot. — yo tenía una carta, como acabo de tener el honor de decir á V. M., y pocas personas la habrán tenido mejor.

— ¿ La habéis perdido ?

— Me apresuré á aniquilarla, señor, porque el señor de Mayenne corría tras mí para quitármela.

— ¿ El primo Mayenne ?

— En persona.

— Pero afortunadamente no corre ya mucho.

¿ Sigue engordando ?

— Supongo que en este momento no.

— ¿ Y por qué ?

— Porque al correr tuvo la desgracia de alcanzarme, y en el encuentro llevó una buena estocada.

— ¿ Y la carta ?

— No quedó ni sombra de ella, gracias á la precaución que había tomado.

— ¡ Bravo ! Hacíais muy mal, señor Chicot, en no querer contarme vuestro viaje ; seguid, seguid, que me interesa mucho.

— V. M. es muy amable.

— Sólo me inquieta una cosa.

— ¿Cuál ?

— Que si la carta quedó aniquilada para el señor de Mayenne, también lo ha quedado para mí : ¿ cómo sabré ahora lo que mi buen hermano Enrique me escribía, no existiendo ya su carta ?

— Señor, existe en mi memoria.
 — ¿Qué decís?
 — Antes de romperla la aprendí de memoria.

— Excelente idea, señor Chicot, excelente, y reconozco en este rasgo todo el talento de un compatriota. Me la recitaréis, ¿no es verdad?

— Con mucho gusto.
 — ¿Tal como era sin cambiar nada?
 — Sin alterar nada de su sentido.

— ¿Qué decís?
 — Digo que voy á recitárosla fielmente, pues aunque ignoro la lengua, tengo buena memoria.

— ¿Qué lengua?

— La latina.

— No os comprendo, — dijo Enrique. —

Habláis de lengua latina, de carta...

— En efecto, hablo de eso.

— Explicaos; ¿queréis decir que la carta de mi hermano estaba escrita en latin?

— Exactamente, eso mismo quiero decir.

— ¿Y por qué estaba escrita en latin?

— Sin duda porque el latin es una lengua atrevida, lengua que sabe decirlo todo, lengua que

que Persio y Juvenal han eternizado la demencia y los errores de los reyes.

— ¿De los reyes?

— Y de las reinas, señor.

El rey frunció el ceño.

— Quiero decir de los emperadores y de las emperatrices, — replicó Chicot.

— ¿Conque sabéis el latin, señor Chicot? — añadió Enrique con aire de indiferencia.

— Sí y no, señor.

— Sois muy feliz si lo sabéis, porque me lleváis una ventaja inmensa, pues yo no lo sé; así es que jamás he podido oír seriamente una misa. ¿Conque vos sí lo sabéis, eh?

— Me han enseñado á leerlo, señor, como igualmente el griego y el hebreo.

— Eso es muy útil, señor Chicot; sois un libro vivo.

— Esa es la palabra adecuada; ha acertado V. M... En efecto, soy un libro vivo. Imprimen unas cuantas páginas en mi memoria, me despachan á donde quieren, llevo, me leen y me comprenden.

— Ó no os comprenden.

— ¿Cómo, señor?

— Si no saben la lengua en que estáis impreso...

— ¡ Oh, señor! los reyes lo saben todo.

— Eso es lo que dicen al pueblo, señor Chicot, y lo que los aduladores dicen á los reyes.

— Entonces, señor, es inútil que recite á V. M. esa carta que había aprendido de memoria, puesto que ninguno de nosotros dos comprenderá nada de ella.

— ¿ No tiene el latin mucha analogía con el italiano?

— Dicen que sí.

— ¿ Y con el español?

— Mucha, según aseguran.

— Entonces hagamos la prueba; yo sé un poco de italiano; mi patué gascón se asemeja mucho al español; acaso comprenda el latin sin haberlo jamás aprendido.

Chicot hizo una reverencia y dijo:

— ¿ Conque V. M. lo manda?

— Os lo suplico solamente, señor Chicot.

Chicot empezó con la frase siguiente, que envolvió en toda clase de preámbulos:

« *Frater carissime:*

» *Sincerus amor quo te prosequebatur germanus
« noster Carolus nonus, functus nuper, colet usque
« regiam nostram, et pectori meo pertinaciter
« adheret. »*

Enrique no pestañeó, pero al llegar Chicot á la última palabra, le interrumpió con el ademán y dijo:

— Ó me equivoco mucho, ó en esta frase se habla de amor, de obstinación y de mi hermano Carlos IX.

— No diré que no, — contestó Chicot: — es tan hermosa lengua el latin, que todo eso puede decirse en una sola frase.

— Proseguid, — dijo el rey.

Chicot continuó.

El Bearnés escuchó con la misma calma todos los pasajes en que se trataba de su esposa y del vizconde de Turena; pero al oír este último nombre, preguntó;

— ¿ *Turennius* no quiere decir Turena?

— Creo que sí.

— ¿ *Y Margota* no sería el diminutivo amistoso

que mis hermanos Carlos IX y Enrique III daban á su hermana, mi muy amada esposa Margarita?

— No veo en eso nada de imposible, — respondió Chicot, y prosiguió su narración hasta el fin de la última frase sin que una sola vez el rostro del rey hubiese cambiado de expresión.

Detúvose por fin en la peroración, cuyo estilo había acariciado con resoplidos tan sonoros, que se hubiera dicho que era un párrafo de las *Verrinas* ó de la oración *pro Archia*.

— ¿Se ha acabado? — preguntó Enrique.

— Sí señor.

— Debe ser soberbia esa carta.

— ¿No es verdad, señor?

— ¡Qué desgracia que no haya comprendido más que dos palabras: *Turémus* y *Margota*!

— Desgracia irreparable, señor, á menos que V. M. se decida á darla á traducir á algún clérigo.

— ¡Oh, no! — dijo vivamente Enrique, — y vos mismo, señor Chicot, que habéis empleado tanta discreción en vuestra embajada haciendo desaparecer el autógrafo original, estoy seguro que no me aconsejaréis que dé publicidad á esa carta.

— No digo eso, señor.

— ¿Pero lo pensáis?

— Pienso, puesto que S. M. me pregunta, que la carta del rey su hermano, encomendada á mi con tanto cuidado, y enviada á V. M. por conducto de una persona particular, contiene acaso alguna que otra cosa de la que V. M. pudiera sacar partido.

— Sí; mas para confiar esas buenas cosas á un cualquiera, sería preciso que tuviese en ese cualquiera plena confianza.

— Ciertamente.

— Pues bien, haced una cosa, — dijo Enrique como iluminado por una idea.

— ¿Qué cosa?

— Id á buscar á mi esposa Margarita; es instruída, recítadle la carta, y estoy seguro de que la comprenderá; y comprendiéndola, ya conoceréis que me la explicará toda.

— ¡Admirable pensamiento! — exclamó Chicot.
— V. M. ha herido la dificultad.

— Es claro, ¿eh?

— Voy ahora mismo.

— Sobre todo, no alteréis ni una sola palabra de la carta.

— Me sería imposible, porque para eso necesitaba saber el latín, y no lo sé; algún barbarismo todo lo más.

— Id, amigo mío, id.

Chicot se informó del sitio donde hallaría á la reina, y se separó del rey más convencido que nunca de que el rey era un enigma.

VI.

La alameda de los Tres mil pasos.

La reina habitaba en la otra ala del castillo, que estaba distribuída poco más ó menos de la misma manera que la que acababa de dejar Chicot.

Oíase siempre de aquel lado alguna música, y se percibían algunos penachos.

La famosa alameda de los Tres mil pasos, de la que tanto se había hablado, empezaba bajo las ventanas mismas de Margarita, y su vista no se fijaba nunca más que sobre objetos agradables, tales como

— Sobre todo, no alteréis ni una sola palabra de la carta.

— Me sería imposible, porque para eso necesitaba saber el latín, y no lo sé; algún barbarismo todo lo más.

— Id, amigo mío, id.

Chicot se informó del sitio donde hallaría á la reina, y se separó del rey más convencido que nunca de que el rey era un enigma.

VI.

La alameda de los Tres mil pasos.

La reina habitaba en la otra ala del castillo, que estaba distribuída poco más ó menos de la misma manera que la que acababa de dejar Chicot.

Oíase siempre de aquel lado alguna música, y se percibían algunos penachos.

La famosa alameda de los Tres mil pasos, de la que tanto se había hablado, empezaba bajo las ventanas mismas de Margarita, y su vista no se fijaba nunca más que sobre objetos agradables, tales como

mecetas de flores y pinlorescos cuadros de verdura.

Se diría que la pobre princesa ensayaba el alejar tantas ideas fúnebres que roían el fondo de su pensamiento, con el aspecto de objetos agradables.

Un poeta de Perigord, porque Margarita tanto en las provincias como en París era el astro de los poetas, un poeta de Perigord, decimos, había compuesto un soneto sobre el asunto.

Ella quiere, decía él, con el cuidado que pone en distraerse, desecher los tristes recuerdos que su imaginación le presenta.

Nacida sobre las gradas del trono, hermana y esposa de rey, Margarita había en efecto, sufrido muchísimo. Su filosofía, de más apariéncia que la del rey, era menos sólida, porque, debida al estudio, era facticia, mientras que la del rey venía del fondo de su corazón.

Así, Margarita, por más filósofa que fuese, ó más bien que quisiera serlo, había dejado que el tiempo imprimiese sobre su rostro surcos expresivos.

No obstante, era todavía de una belleza notable, belleza de fisonomía sobre todo, que siendo menos remarcable en las personas de un rango vulgar, es

la que agrada más en las de un rango ilustre, á las que concedemos siempre la supremacía de la hermosura física. Margarita tenía una sonrisa graciosísima y alegre, la mirada lánguida y brillante, el aire encantador. Margarita, como hemos dicho, era siempre una criatura adorable.

Mujer, tenía el aire y la marcha de una princesa; reina, tenía el aire y el andar de una preciosa mujer.

Así pues, era idolatrada en Nerac, donde introducía la elegancia, la alegría y la vida. Ella, que aunque princesa parisiense llevaba con paciencia su morada en provincia, era una virtud que los provincianos le agradecían infinito.

Su corte no era solamente una corte de nobles y de damas, todo el pueblo la amaba como reina y como mujer; y así todos gozaban á la vez de sus orquestas y de sus festines.

Sabía además emplear el tiempo de tal modo que todos los días se procuraba nuevos contenidos y satisfacciones, de las cuales hacía participes á cuantos la rodeaban.

Aborrecía de muerte á sus enemigos, pero tenía toda la paciencia necesaria para mejor vengarse de

ellos; conociendo instintivamente que bajo el carácter descuidado de Enrique de Navarra se ocultaba cierto despego hacia ella, viéndose sin parientes ni amigos, Margarita se había acostumbrado á vivir de amor, ó al menos de sus apariencias, y á reemplazar por medio de la poesía y de las ilusiones, familia, esposo, amigos y todo cuanto le faltaba.

Nadie, á excepcion de Catalina de Médicis, Chicot, y algunas sombras melancólicas que yacian en brazos de la muerte, hubiera podido decir por qué causa estaban pálidas las mejillas de Margarita, por qué sus ojos se anegaban continuamente de llanto, por qué en fin, aquel corazón dejaba ver el inmenso vacío que sentía y que sus miradas, en otro tiempo tan alegres, no podían disimular.

Margarita no tenía confidentes, ni los quería desde que algunos habían vendido baja y torpemente por dinero su confianza y su honor.

Siempre por lo regular se paseaba sola, y esta misma circunstancia aumentaba á los ojos de los navarros, sin que ellos mismos lo conociesen, la majestad de sus acciones, que resaltaban mucho más con su aislamiento.

Por lo demás, la indiferencia ó mala voluntad que

por parte de Enrique había notado, eran instintivas y provenían más bien de la propia conciencia de sus faltas que de las acciones del Bearnés. Enrique la trataba como á una hija de Francia; sólo le hablaba con obsequiosa política ó gracioso abandono, y tenía para ella en todas las ocasiones el proceder de un esposo y de un amigo.

Así que, la corte de Nerac, como todas las demás cortes entregadas á relaciones fáciles, rebotaba en armonías morales y físicas.

Tales eran las reflexiones que Chicot hacía, aunque basadas en apariencias débiles todavía, á pesar de que era el observador más fino y meticoloso del mundo.

Se había presentado desde luego en palacio alocado por Enrique, pero á nadie encontró. Margarita, según le habían dicho, se hallaba al fin de aquella hermosa alameda paralela al río, y en consecuencia se dirigió á ella, sabiendo que se llamaba la alameda de los Tres mil pasos, por la de los laureles rojos.

Cuando se halló como á las dos terceras partes de la alameda, divisó á la entrada de un bosque de jazmines de España y de clemátidas un grupo

cubierto de cintas, de plumas y de espadas con vainas de terciopelo: tal vez estos adornos eran si se quiere un tanto antiguos, pero en Nerae hacían un efecto brillante y aun sorprendente. Chicot, que llegaba de París por línea recta, quedó muy satisfecho al verlos.

Un paje de Enrique precedía á Chicot, y la reina, cuyas miradas erraban á derecha é izquierda con esa tierna inquietud de los corazones melancólicos, conoció los colores de Navarra, y le hizo una seña.

— ¿Qué buscas por aquí, d'Aubiac? — le preguntó.

El joven, ó más bien el niño, pues sólo tenía doce años, se ruborizó al doblar la rodilla delante de Margarita.

— Señora, — respondió en francés, porque la reina había prohibido el *patués* en todos los actos de servicio; — un caballero de París, enviado desde el Louvre á S. M. el rey de Navarra, y que el rey de Navarra os dirige, desea hablar á V. M.

Un vivo encarnado tiñó las mejillas de Margarita; volvióse lentamente y con aquella sensación penosa que siempre penetra por cualquier accidente en los corazones lacerados.

Chicot permanecía inmóvil á veinte pasos de ella.

Sus ojos reconocieron en la apostura y en la sombra, porque el gascón se dibujaba en los jardines bajo un fondo amarillento, cierta figura que no le era desconocida: salió, pues, del círculo en que se hallaba, en vez de mandar que se adelantase el recién llegado.

No obstante, al volverse para saludar á los que la acompañaban, hizo señas con la mano á uno de los más apuestos y ataviados caballeros de su séquito.

El saludo dirigido á todos, sólo se dirigía realmente á uno.

Pero como parecía algo inquieto el caballero privilegiado, á pesar de la seña, cuyo objeto era tranquilizarle, y como á la mujer nada se escapa, le dijo Margarita:

— Señor de Turena, decid á esas damas que vuelvo al instante.

El caballero de ropilla blanca y azul se inclinó con mayor prontitud que lo hubiera hecho un cortesano indiferente.

La reina se acercó con paso rápido á Chicot, que

había examinado toda la escena tan en armonía con las frases de la carta que se le había encargado.

— ¡ Señor Chicot ! — exclamó Margarita aproximándose al gascón.

— Á los pies de V. M., — dijo Chicot ; — siempre sois tan buena, siempre tan bella, siempre tan reina de los corazones, lo mismo en Nerac que en el Louvre.

— Es un milagro el veros tan lejos de París.

— Perdonad, señora ; pero no ha ocurrido á Chicot la idea de semejante milagro.

— Ya lo creo, pues según decían habíais muerto.

— Es decir, que lo fingía.

— ¡ Y qué traéis ? ¡ Soy por ventura tan feliz que se acuerden de mí en Francia ?

— ¡ Ah, señora ! Vivid tranquila : los Franceses nunca olvidan á sus reinas cuando éstas tienen vuestra edad y son tan hermosas como V. M.

— ¡ Conque siguen siendo galantes en París ?

— El rey de Francia, — dijo Chicot sin contestar directamente á la pregunta, escribe sobre el asunto al rey de Navarra.

Margarita se ruborizó.

— ¡ Decís que ha escrito ? preguntó en seguida.

— Sí, señora.

— ¡ Habéis traído vos la carta ?

— No la he traído por razones que el rey de Navarra dirá á V. M. ; pero la he aprendido de memoria y puedo repetirla.

— Comprendo : esa carta era importante, y habéis temido perderla ó que os la quitasen.

— Esa es la verdad, señora ; sólo debo añadir que la carta estaba en latín.

— Muy bien, — dijo la reina, — no ignoráis que poseo ese idioma.

— ¡ Y lo posee el rey de Navarra ? preguntó Chicot.

— Querido Chicot, — respondió Margarita, — es muy difícil averiguar lo que sabe ó lo que ignora el rey de Navarra.

— ¡ Ah ! ah ! — exclamó Chicot satisfecho al ver que había otros que procuraban acertar el enigma.

— Si hemos de creer las apariencias, — prosiguió Margarita, — lo sabe muy mal, porque nada entiende, ó al menos nada parece comprender de lo que hablo en ese idioma con algún caballero de la corte.

Chicot se mordió los labios.

— ¿Le habéis recitado la carta? — preguntó la reina.

— Venía dirigida á él.

— ¿Ha dado muestras de entenderla?

— Bos palabras nada más.

— ¿Cuáles?

— *Turennius et Margota.*

— *Turennius et Margota?*

— Sí, señora, estas palabras se hallán en la carta.

— ¿Y qué ha hecho después?

— Enviarme á V. M., señora.

— ¿A mí?

— Sí, señora, diciéndome que la carta contiene cosas demasiado importantes para confiar su traducción á un extraño, y que es mucho mejor que la traduzca V. M., como la más bella de todas las sabias y la más sabia de todas las bellas.

— Os escucharé, señor Chicot, supuesto que el rey lo manda, — dijo Margarita un poco conmovida.

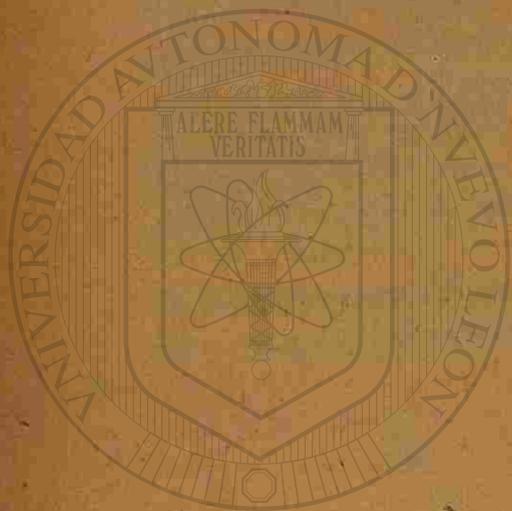
— Gracias, señora. ¿En dónde quiere V. M. que hable?

— Aquí... no, no; en mi gabinete; os suplico que subáis á él.

Margarita miró de hito en hito á Chicot, quien sin duda compadecido de ella, le había dejado entrever parte de la verdad.

La pobre reina conoció que tenía necesidad de un apoyo, de una fuerza extrema que sólo podía prestarle el amor, antes de la prueba cruel que la esperaba.

— Vizconde, — dijo á Turena, — dadme vuestro brazo hasta el castillo; señor Chicot, os suplico que os adelantéis.



VII.

El gabinete de Margarita

No quisiéramos que se nos acusase de pintar solamente festones y astrágalos, de manera que el lector no pueda salir del jardín; pero según es el amo así es la casa, y si no ha sido inútil el pintar la alameda de los Tres mil pasos y el gabinete de Enrique, tampoco lo será el describir el de Margarita.

Paralelo al de Enrique, con puertas de escape que comunicaban con piezas y pasadizos, ventanas

complacientes y mudas, como las puertas, cerradas con celosías de hierro y cerraduras en las que jiraban llaves sin hacer el menor ruido, hé aquí el exterior del gabinete de Margarita.

En el interior, muebles modernos, alfombras de un gusto adecuado á la moda del tiempo, cuadros, esmaltes, rica porcelana, armas de mucho precio, libros y manuscritos griegos, latinos y franceses que llenaban todas las mesas, diversidad de pájaros en sus jaulas, perros sobre las alfombras, un mundo entero, en fin, viviendo en común con Margarita.

Las personas dotadas de gran talento ó de una vida superabundante no pueden marchar solas en la existencia, acompañan á cada uno de sus sentidos, á cada una de sus inclinaciones, de cualquiera cosa en armonía con ellas, y á la que su fuerza atractiva arrastre en su propio torbellino, de suerte que en lugar de haber vivido y sentido como el común de las gentes, han duplicado sus sensaciones y duplicado su existencia.

Ciertamente Epicuro es un héroe para la humanidad: los mismos paganos no lo comprendieron; era un filósofo severo, pero que á fuerza de querer que nada se perdiese en la suma de nuestros resor-

tes y de nuestras recursos, proporcionaba en su inflexible economía placeres á cualquiera que, obrando en toda espiritual ó bestialmente, no hubiese percibido más que privaciones ó dolores.

Mucho han declamado contra Epicuro sin conocerle, y mucho le han elogiado sin conocerle también, esos piadosos solitarios de la Tebaida que destruían lo hermoso de la naturaleza humana, neutralizando lo feo. Matar al hombre es matar también con él las pasiones, — esto es indudable, — pero al fin es matar, cosa que Dios prohíbe con todas sus fuerzas y con todas sus leyes.

La reina era capaz de comprender á Epicuro, y sobre todo en griego, lo que era el menor de sus méritos; ocupaba tan bien su vida, que con mil dolores sabía componer un placer, lo que, á fuer de buena cristiana, le daba ocasión de bendecir á Dios con más frecuencia que cualquiera otro, bien se llamase Dios ó Teos, Jehová ó Magod.

Toda esta digresión prueba tan claramente como la luz del día la necesidad que tenemos de describir las habitaciones de Margarita.

Chicot fué invitado á sentarse en un hermoso y elegante sillón de tapicería que representaba un

Amor esparciendo una nube de flores; un paje, — que no era Aubiac, pero sí más hermoso y más ricamente vestido, — presentó á Chicot nuevos refrigerios.

Chicot no aceptó, y cuando se retiró el conde de Turena, se puso á recitar con imperturbable memoria la carta del rey de Francia y de Polonia por la gracia de Dios.

Ya conocemos esta carta, que hemos leído en francés al mismo tiempo que Chicot, y por lo mismo consideramos inútil dar su traducción latina.

Chicot transmitía esta traducción con el más extraño acento que podía, con el fin de que la reina la comprendiese lo más tarde posible, pero por muy hábil que fuese en disimular su propia obra, Margarita cogía las palabras al vuelo y no procuraba de modo alguno ocultar su furor é indignación.

Á medida que avanzaba en el relato de la carta, Chicot se engolfaba más y más en el laberinto que él mismo se había creado: al llegar á ciertos pasajes escabrosos bajaba la cabeza, como el confesor cuando se avergüenza de lo que oye, sacando notables ventajas de este juego fisonómico, pues le per-

mitía no ver cómo brillaban los ojos de la reina y se crispaban sus nervios á cada enunciación positiva de sus faltas conyugales.

Margarita conocía la refinada malicia de su hermano, pues hartas ocasiones había tenido de experimentarlas; tampoco ignoraba (pues no era mujer capaz de disimularse nada á sí misma) á qué atenerse en cuanto á los pretextos de que hasta allí había echado mano, y á los que todavía podría apelar; así, pues, conforme Chicot iba relatando, se establecía en su ánimo una balanza entre la cólera legítima y el temor razonable.

Indignarse á tiempo, desconfiar á propósito, evitar el peligro desechando la compasión, probar la injusticia, aprovechándose del aviso... hé aquí el gran trabajo de la imaginación de Margarita, en tanto que Chicot proseguía su narración epistolar.

No debe creerse por eso que el mensajero permanecía constantemente con la cabeza baja; abría de vez en cuando un ojo, después el otro, y entonces se tranquilizaba notando que la reina, al verse observada escrupulosamente, tomaba á buenas su partido.

Al fin acabó de pronunciar las últimas frases de la real misiva.

— ¡ Por la santísima comunión ! — dijo la reina, — mi hermano escribe perfectamente en latín. ¡ Qué vehemencia ! ¡ Qué estilo ! Nunca le hubiera creído tan adelantado.

Chicot hizo un movimiento con los ojos y abrió las manos como hombre que no entiende lo que se le dice, aunque lo aprueba por cortesía.

— ¿ No me entendéis ? — le preguntó la reina, á la que eran familiares todos los idiomas, y aun el mimico : — sin embargo, yo os tenía por muy buen latino.

— Todo lo he olvidado, señora, — respondió Chicot, — y lo único que sé, lo único que conservo de mi antigua ciencia, consiste en no ignorar que el latín no tiene artículos, que abunda en vocativos, y que la palabra *cabeza* pertenece al género neutro.

— ¿ De veras ? — exclamó alegre y bulliciosamente un tercer personaje que se presentó de improviso en el gabinete.

Era el rey de Navarra.

Chicot y la reina se volvieron hacia él casi al mismo tiempo.

— ¡ Cómo ! — prosiguió Enrique acercándose á ellos. — ¿ Conque *cabeza* pertenece al género neutro, señor Chicot ? ¡ Y por qué no pertenece al masculino ?

— ¡ Por Dios, señor, que no lo sé ! — exclamó Chicot, — aunque lo extraño tanto como V. M.

— Yo también, — añadió Margarita no poco pensativa.

— Eso debe consistir, — repuso el rey, — en que tan pronto es amo el hombre como la mujer, lo cual se verifica con arreglo al temperamento de la mujer y del hombre.

Chicot le saludó diciendo :

— Al menos, señor, esa es la mejor razón que puede darse.

— Tanto mejor, pues veo con gusto que soy un filósofo más profundo de lo que imaginaba. Volvamos ahora á la carta. Sabed, señora, que tengo vivísimos deseos de adquirir noticias de la corte de Francia, y he aquí justamente el señor Chicot que debe traerlas muy frescas en un idioma desconocido. A no ser así...

— ¿Qué?... — preguntó Margarita.

— Á no ser así, me fastidiaría completamente. Ya sabéis lo mucho que me gustan las noticias escandalosas, como sabe contarlas mi hermano Enrique de Valois.

Y Enrique de Navarra se sentó restregándose las manos.

— Veamos, señor Chicot, — añadió en seguida como hombre que se prepara á pasar un buen rato :

— supongo que habéis relatado á mi esposa esa famosa epístola.

— Sí, señor.

— Ea, pues, amiga mía, decidme algo de lo que contiene.

— ¿Y no teméis, — dijo Chicot con una libertad de que le daban ejemplo aquellos esposos coronados, — que el latín en que está escrita la carta sea de mal agüero ?

— ¿Por qué ? — preguntó el rey.

— Y volviéndose hacia la reina prosiguió :

— ¿Qué decís, señora ?

Margarita recapacitó un instante, como si comentase una por una todas las frases que habían salido de la boca de Chicot.

— Tiene razón nuestro mensajero, señor, — contestó después de concluir su examen y tomar su partido ; — el latín es mal pronóstico.

— ¿Pues qué ! — exclamó Enrique. — ¿Puede encerrar esa deseada carta malévolos propósitos ? No olvidéis, amiga mía, que el rey vuestro hermano es un curial muy político y muy mirado.

— ¿Aun cuando haya permitido que me insulten en mi litera, como sucedió á algunas leguas de Sens, cuando salí de París para reunirme con vos ?

— Vuestro hermano tiene costumbres tan severas... — respondió Enrique con aquel tono indefinible que guardaba un justo medio entre la seriedad y la chanza : — es tan rey vuestro hermano... es tan puntilloso...

— Debe serlo para conservar el honor de su hermana y de su casa, porque en fin, señor, me parece que si vuestra hermana Catalina de Albret diese el menor escándalo, no lo haríais publicar por medio de un capitán de guardias.

— ¿Oh ! Yo soy un ciudadano patriarcal y benigno, — dijo Enrique ; — yo no soy rey, ó si lo soy solo quiero divertirme, y por Dios que me divierto bien ; pero de todos modos, la carta, la carta ; quiero

saber su contenido, ya que á mi viene dirigida.

— Es un escrito péfido, señor.

— ¡ Bah !

— Sí, sí; y contiene más calumnias que las que se necesitan para indisponer, no sólo á una mujer con su esposo, sino á un amigo con todos sus amigos.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — murmuró Enrique incorporándose y cubriendo su rostro, naturalmente franco y abierto, de una nube afectada de desconfianza: — indisponer á una mujer con su marido... ¿ Tal vez á vos conmigo ?

— Sí, señor.

— ¡ Y cómo así, amiga mía ?

Chicot estaba sobre ascuas, y hubiera dado cualquiera cosa por irse á acostar sin cenar, aunque tenfa mucho apetito.

— Va á reventar la nube, — decía entre dientes; — va á reventar.

— Señor, dijo Margarita, — siento en el alma que V. M. haya olvidado el latín que sin duda aprendió.

— De todo el que aprendí solo recuerdo esta oración: *Deus est virtus aterna*, mezcla singular de masculino, de femenino y de neutro, que mi profe-

sor solo acertó á explicarme por medio del griego, que entendía yo mucho menos que el latín.

— Si lo comprendiérais, veríais en la carta buenas cosas.

— Perfectamente, — dijo el rey.

— *Optime*, — añadió Chicot.

— Pero, ¿ por qué nos han de indisponer esas cosas, señora ? Porque al fin, mientras mi hermano Enrique solo ós dirija cumplimientos, seré de su mismo parecer. Si en esa carta se hablase mal de vos, eso ya sería otra cosa, y entendería la política de mi hermano.

— ¿ Con que entenderíais su política si se hablase mal de mí ?

— Sí, pues tiene para indisponernos motivos que yo conozco.

— Sabed pues, señor, que sus cumplimientos son un exórdio insinuante para llegar á acusaciones calumniosas contra vuestros amigos y los míos.

Después de pronunciar tan atrevidas palabras, Margarita esperó con resolución un mentís.

Chicot bajó la cabeza y Enrique se encostó de hombros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"JUAN FERNÁNDEZ"
1900, 1908 MONTERREY, MEXICO

— Reparad primero, — dijo, — si efectivamente descubre esa intención la carta de vuestro hermano ; no sea que en esta ocasión hayáis comprendido mal el latín.

Por mucha que fuese la suavidad con que Enrique pronunció estas palabras, la reina de Navarra le dirigió una mirada llena de desconfianza.

— Aguardad hasta el fin, señor, — le dijo Margarita.

— Es lo único que deseo, y pongo por testigo á Dios.

— Veamos, ¿tenéis ó no tenéis necesidad de vuestros servidores ?

— ¡ Si tengo necesidad ! ... ¡ Vaya una pregunta !
¿ Qué haría yo sin ellos y reducido á mis propias fuerzas ?

— Pues bien, señor ; el rey quiere separaros de ellos.

— Le desafío á que lo haga.

— ¡ Bravo, señor ! — murmuró Chicot.

— Esto es natural, — repuso Enrique con aquella benevolencia que le era habitual, y que á tantos engañó durante la vida del Bearnés ; — mis ser-

vidores me son adictos de corazón, y no por interés, pues nada puedo darles.

— Les dais vuestro afecto y vuestra fe, señor, y esa es la mejor recompensa que otorga un rey á sus amigos, — dijo Margarita.

— Es verdad, amiga mía.

— Pues bien, desconfiad de ellos.

— ¡ Ira de Dios ! Desconfiaré, si me dan motivo para que lo haga.

— Se os probará que os lo dan.

— Pero ¿ cómo ?

Chicot bajó de nuevo la cabeza, según su costumbre en los momentos comprometidos.

— No puedo contaros eso, señor, — respondió Margarita, — sin comprometer...

Y miró al decir esto en torno suyo.

Chicot conoció que estorbaba y se levantó.

— Querido mensajero, — le dijo el rey, — tened la bondad de esperarme en mi gabinete, pues la reina tiene alguna cosa particular que poner en mi conocimiento, la cual, según veo, debe ser importante á mi servicio.

Margarita permaneció inmóvil, y solo hizo un

ligero movimiento de cabeza que Chicot creyó haber visto exclusivamente.

Seguro, pues, de que retirándose daría gusto á los regios esposos, salió del gabinete después de dirigir á los dos un solo saludo respetuoso.



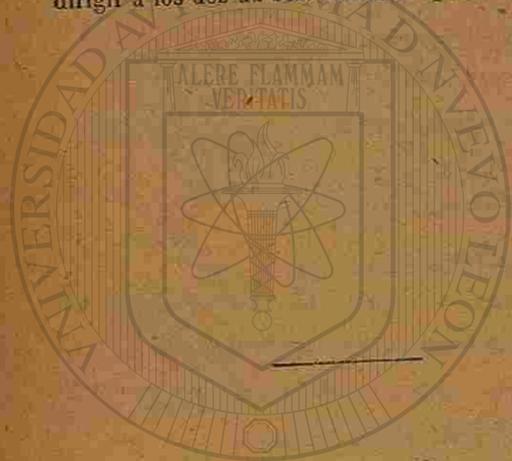
VIII

Composición en lugar de versión.

El alejar aquel testigo á quien Margarita suponía más instruido en el latin que lo que confesaba él mismo, era ya un triunfo ó por lo menos una prenda de seguridad para ella; pues, como ya hemos dicho, Margarita no creía que Chicot fuese tan lezo como quería aparentar, mientras que, sola con su marido, podía dar á cada palabra mucha más extensión que todos los escolásticos acabados en us habían dado á Plauto ó á Peseo, estos grandes enigmas en grandes versos del mundo latino.

ligero movimiento de cabeza que Chicot creyó haber visto exclusivamente.

Seguro, pues, de que retirándose daría gusto á los regios esposos, salió del gabinete después de dirigir á los dos un solo saludo respetuoso.



VIII

Composición en lugar de versión.

El alejar aquel testigo á quien Margarita suponía más instruido en el latin que lo que confesaba él mismo, era ya un triunfo ó por lo menos una prenda de seguridad para ella; pues, como ya hemos dicho, Margarita no creía que Chicot fuese tan lezo como quería aparentar, mientras que, sola con su marido, podía dar á cada palabra mucha más extensión que todos los escolásticos acabados en us habían dado á Plauto ó á Peseo, estos grandes enigmas en grandes versos del mundo latino.

Enrique y su esposa tuvieron la satisfacción de hallarse frente á frente solos.

Sobre el rostro del rey no se notaba la menor inquietud, la menor apariencia de amenaza. Decididamente el rey ignoraba el latín.

— Señor, — dijo Margarita, — aguardo á que me interroguéis.

— Esa carta os preocupa mucho, amiga mía, — respondió Enrique; — no os alarméis así.

— Consiste, señor, en que ella por sí sola es ó debiera ser un verdadero acontecimiento, pues un rey no envía de este modo á otro rey un mensajero sin razones de alta importancia.

Pues en ese caso dejémonos de mensajes y de mensajeros. Decidme, ¿no teniais preparada para esta noche alguna cosa... así como un baile?

— Estaba en proyecto, señor, — contestó Margarita admirada, — pero eso nada tiene de particular, pues ya sabéis que casi todas las noches bailamos.

— Yo he dispuesto para mañana una cacería... ¡Oh! una gran cacería.

— ¡ Ah !

— Sí, una batida de lobos.

— Cada cual se divierte á su modo, señor; vos

sois aficionado á la caza, y á mí me gusta el baile; yo danzo mientras vos cazáis.

— En efecto, amiga mía, — repuso Enrique suspirando, — y en verdad que nada hay de malo en esto.

— Ciertamente, pero V. M. lo dice suspirando.

— Escuchadme, señora.

Margarita se dispuso á hacerlo con la mayor atención.

— Tengo ciertas inquietudes.

— ¿ Con qué motivo, señor ?

— Por un rumor que circula.

— ¡ Por un rumor ! ¿ V. M. hace caso de rumores ?

— Nada más sencillo, amiga mía, cuando ese rumor puede ocasionaros un disgusto.

— ¿ Á mí ?

— Sí, á vos.

— Señor, no os entiendo.

— ¿ Nada habéis oído decir ? — preguntó Enrique en el mismo tono.

Margarita se puso á temblar sospechando que fuese una manera indirecta de atacar que tomaba el rey.

— Señor, — continuó la reina, — soy la mujer menos curiosa del mundo y nunca oigo más que lo que vienen á referirme. Por otra parte, doy tan poca importancia á eso que llamáis rumores, que aun cuando llegasen á mis oídos me harían muy poca mella; mucho menos pueden interesarme cuando pasan por mi lado sin dejar huella en mi ánimo.

— ¿Sois pues de parecer, señora, que deben despreciarse todos esos rumores?

— Precisamente, señor, y nosotros debemos hacerlo más que otro alguno, porque somos reyes.

— ¡Cómo! ¡cómo!

— Porque nosotros los reyes, siendo el objeto de cuanto se habla, tendríamos demasiado que hacer si de todo hiciésemos caso!

— Pues bien; se me figura que tenéis razón, amiga mía, y voy á proporcionaros una ocasión excelente en que podáis aplicar vuestra filosofía.

Margarita creyó que había llegado el momento decisivo; se armó de todo su valor y dijo con voz firme y serena:

— Sea pues... con mucho gusto mío.

Enrique dió principio así, con el tono de un peni-

tente que se ve precisado á confesar una gran culpa:

— Ya conocéis el interés que me inspira mi hija Fosseuse.

— ¡Ah! ¡ah! — exclamó Margarita al ver que no se trataba de ella, añadiendo con un acento que revelaba su triunfo:

— Sí, sí, la joven Fosseuse... vuestra amiga.

— En efecto, señora, — repuso Enrique sin inmutarse; — la joven Fosseuse.

— ¿Mi dama de honor?

— Vuestra dama de honor.

— Por la cual estáis loco... perdido.

— Habláis, amiga mía, fundándoos sin duda en alguno de esos rumores de los cuales hacéis tan poco caso.

— Es cierto, señor, — respondió Margarita sonriéndose, — y os pido perdón humildemente.

— El rumor público, como habéis dicho muy bien, miente por lo regular, amiga mía, y nosotros los reyes tenemos sobre todo grande necesidad de convertir este teorema en axioma. ¡Ira de Dios, señora! Me parece que estoy hablando en griego.

Y Enrique dió una carcajada.

Margarita vió una ironía en aquella risa estrepitosa, y muy particularmente en la fina mirada que la había acompañado: concibió por consiguiente algunos temores, luego se repuso y dijo:

— ¿Qué me hablabais respecto á Fosseuse?

— Está enferma, amiga mía, y los médicos no conocen su mal.

— ¡Cosa extraña, señor! Fosseuse, que al decir de V. M. es una mujer que ha sido siempre tan prudente... Fosseuse, que, si he de creerlo, es capaz de resistirse á un rey, aunque un rey la galantease; Fosseuse, esa flor pura, ese cristal de virtud, debe permitir que la ciencia penetre hasta el fondo de su corazón, de sus alegrías y de sus dolores.

— Y sin embargo no sucede así, — observó Enrique con tristeza.

— ¡Cómo! — exclamó la reina con esa impetuosa malicia que la mujer más superior nunca deja de arrojar como un dardo contra otra mujer... — ¡Cómo! ¿Fosseuse no es una flor pura?

— Yo no he dicho nada de eso, — contestó con sequedad Enrique, — y Dios me libre de acusar á nadie. Repito que mi hija Fosseuse está atacada de un mal que se obstina en ocultar á los médicos.

— Pase por lo que toca á los médicos, pero á vos... á su confidente... á su padre... eso me parece muy singular.

— Es lo único que puedo deciros, amiga mía, — replicó el rey con su graciosa sonrisa habitual, — ó, si me hallo más enterado, juzgo conveniente detenerme aquí.

— En tal caso, — dijo Margarita, que creía adivinar, en vista del sesgo que tomaba la conversación, ó que estaban de su parte todas las ventajas, y que ella debía conceder un perdón en vez de hallarse por el contrario precisada á solicitarlo; — en tal caso ignoro, señor, lo que desea V. M., y espero que se explique.

— Supuesto que lo esperáis, amiga mía, voy á contároslo todo.

Margarita hizo un movimiento indicando que estaba pronta á escuchar.

— Sería necesario, — dijo Enrique, — pero al mismo tiempo sería también exigir demasiado de vos, amiga mía...

— Decidlo, señor.

— Sería necesario queuviéseis la bondad de pasar al lado de mi hija Fosseuse.

— ¡ Visitar yo á esa joven, que, según se dice, tiene el honor de ser vuestra querida, honor que vos no declináis !

— Vamos poco á poco, amiga mía, — repuso el rey. — Bajo mi palabra os aseguro que sois capaz de dar un escándalo con vuestras exclamaciones, y no sé por Dios si de ese escándalo se alegraría la corte de Francia ; porque en esa carta de mi cuñado el rey, que Chicot me ha recitado, se lee : *Quotidie scandalum*, es decir, según la traducción de un pobre humanista como yo, *escándalos cotidianos*.

Margarita hizo un movimiento.

— Para esto no se necesita saber latín, — añadió Enrique, — porque casi está en francés.

— Pero, señor, — preguntó Margarita, — ¿ á quién pueden aplicarse esas palabras ?

— Eso es justamente lo que no he podido entender ; pero vos que sabéis latín me ayudaréis á descifrarlas cuando llegemos á ellas.

Margarita se puso encendida como la grana, en tanto que con la cabeza baja parecía que Enrique procuraba descubrir sencillamente á qué persona de su corte podía aplicarse el *quotidie scandalum*.

— Muy bien, señor ; por amor á la paz, — dijo la reina, queréis que dé un paso humillante ; obedeceré también por amor á la paz.

— Gracias, amiga mía, gracias, — contestó Enrique.

— Pero ¿ cuál será el objeto de esa visita ?

— Muy sencillo, señora.

— Es preciso que me lo digáis, pues os confieso que soy tan simple que no puedo adivinarlo.

— Pues bien, encontraréis á Fosseuse acostada en su lecho y rodeada de las damas de honor ; pero éstas son tan curiosas é indiscretas que nadie sabe el extremo á que su ama puede verse reducida.

— Pero ¿ teme alguna cosa ? — exclamó Margarita llena de cólera y de despecho. — ¿ Conque quiere ocultarse ?

— No lo sé, — respondió Enrique, — y si solo que tiene precisión de dejar la estancia de las damas de honor.

— Si quiere ocultarse que no cuente conmigo — Puedo cerrar los ojos sobre ciertas cosas, pero nunca aparecer como cómplice en ellas.

Y Margarita esperó el efecto de su ultimatum.

Pero Enrique no se daba por entendido ; había

dejado caer su cabeza tomando la actitud pensativa que tanto había llamado un momento antes la atención de la reina.

Margota, — murmuró, — *Margota cum Turenno*. Hé aquí, señora, los dos nombres que yo buscaba :

Margota cum Turenno.

La reina tembló de veras al oír esto, y se puso como el carmesi.

— Calumnias, señor, — exclamó. — ¡ Y vos me las repetís !

— ¡ Qué calumnias ? contestó Enrique con la mayor sencillez. — ¡ Conque entendéis que se trata aquí de calumnias ? Ahora me acuerdo de otro pasaje de la carta de mi hermano : *Margota cum Turenno conveniunt in castello nomine Lorgnac* : es indispensable que algún cura me traduzca esta carta.

— Dejémonos ya de bromas, señor, — replicó Margarita con ansiedad, — y decidme francamente lo que exigís de mí.

— Descaría, querida mía, que separaseis á Fosseuse de las demás camaristas, y que, poniéndola en una habitación sola, le enviaseis un solo médico discreto, el vuestro por ejemplo.

— ¡ Oh ! comprendo todo, — exclamó la reina.

— Fosseuse, que hacía tanto alarde de su virtud, Fosseuse, que ostentaba una mentida virginidad, se halla encinta y próxima á ser madre.

— No digo eso, amiga mía, — exclamó Enrique, — no digo eso ; vos sois quien lo afirmáis.

— Esa es la verdad, señor, — contestó Margarita ; — vuestro tono insinuante, vuestra falsa humildad me lo prueban ; pero el sacrificio que me imponéis es de aquellos que nadie, ni un rey, pide á su mujer. Reparad vos mismo la desgracia de Mlle. de Fosseuse ; sois su cómplice, señor, y os incumbe hacerlo así ; la pena debe caer sobre el culpable, y no sobre el inocente.

— Sobre el culpable, bueno : volvéis á recordarme los términos de esa carta horrible.

— ¡ Y cómo ?

— Sí, culpable en latín quiere decir *nocens*, ¿ no es verdad ?

— Sí, señor, *nocens*.

— Pues bien ; en la carta se dice : *Margota cum Turenno : ambo nocentes, conveniunt in castello nomine Lorgnac*. ¡ Dios mío, cuánto siento no tener el entendimiento tan cultivado como tengo segura la memoria !

— *Ambo nocentes*, — repitió Margarita en voz baja más pálida que su cuello de encaje, — ¡ ha comprendido, ha comprendido !

— *Margota cum Turenio, ambo nocentes*. ¿ Qué diablo ha querido decir mi hermano con *ambo* ? — prosiguió inhumanamente Enrique de Navarra. — ¡ Pardiez ! Es admirable que, sabiendo el latín como lo sabéis, no hayáis explicado todavía esta frase que tanto ha llamado mi atención.

— Señor, ya he tenido el honor de deciros...

— ¡ Ah ! ¡ Diante ! — interrumpió el rey, — hé ahí á *Turennius*, que se pasea por debajo de vuestras ventanas mirando con cierto aire, como si el pobre mancebo os aguardara. Voy á hacerle señas que suba ; él es muy sabio, y me dirá lo que deseo saber.

— ¡ Señor ! ¡ señor ! — exclamó Margarita levantándose sobre su sillón y juntando las dos manos, — sed más grande, señor, que todos esos chismosos y calumniadores de Fracia.

— ¡ Ay ! amiga mía, me parece que no hay más indulgencia en Navarra que en Francia, y ahora poco vos misma... os mostrabais muy severa con esa pobre Fosseuse.

— ¡ Severa yo ! — exclamó Margarita.

— ¡ Diablo ! apelo á vuestra memoria : aquí, sin embargo, deberíamos ser indulgentes, señora. ¡ Pasamos tan dulce vida, vos en los bailes que tanto os gustan, y yo en la caza, que es mi pasión favorita !

— Sí, sí, tenéis razón, — contestó Margarita, — seamos indulgentes.

— ¡ Oh ! estaba muy seguro de vuestro corazón.

— Porque me conocéis bien, señor.

— Si. ¿ Conque vais á ver á la Fosseuse, no es verdad ?

— Sí, señor.

— ¿ Y á separarla de las demás camaristas ?

— Sí, señor.

— ¿ Y á darle vuestro médico ?

— ¡ Sí, señor.

— Y nada de enfermeras. Los médicos son discretos por estado ; las enfermeras son habladoras por costumbre.

— Verdad es, señor.

— ¿ Y si por desgracia fuese cierto lo que se dice, y realmente la pobre niña hubiese sido débil y sucumbido...

Enrique alzó los ojos al cielo.

— Lo que es posible, — continuó Enrique. — La mujer es cosa frágil: *res fragilis mulier*, como dice el Evangelio.

— Señor, yo soy mujer, y sé la indulgencia que debo tener con las demás mujeres.

— ¡ Ah! sabéis todas las cosas, querida mía; sois á la verdad un modelo de perfección y...

— ¿ Y?...

— Y os beso las manos.

— Pero creed, señor, — replicó Margarita, — que solo por amor á vos hago semejante sacrificio.

— ¡ Oh! ¡ oh! — dijo Enrique, — os conocía bien, señora, y mi hermano de Francia también, él, que tanto bueno dice de vos en su carta, y que añade: *Fiat sanum exemplum statim, atque res certior eveniet*. Este buen ejemplo sin duda, amiga mía, es el que dais.

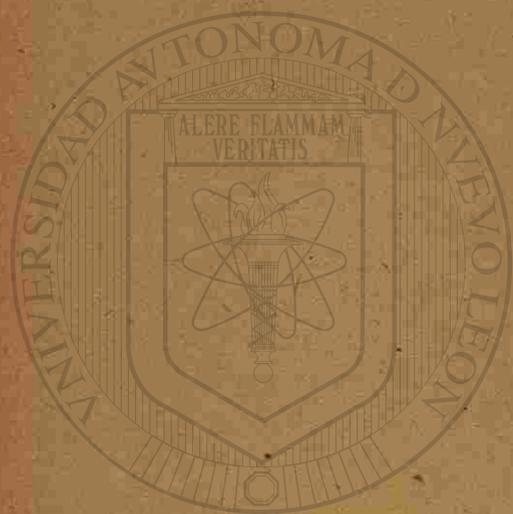
Y Enrique besó la mano medio helada de Margarita.

Parándose después en el umbral de la puerta, añadió:

— Mil ternuras de mi parte á Fosseuse, señora; ocupaos de ella como me habéis prometido hacerlo: marchó á la caza; acaso no os veré ya hasta la

vuelta, acaso sea esta la última vez... esos lobos son unas fieras muy malas; venid y os daré un abrazo, querida mía.

Abrazó casi afectuosamente á Margarita, y salió dejándola asombrada de todo lo que acababa de oír.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX.

El embajador de España.

El rey vino al encuentro de Chicot en su gabinete.

Chicot estaba aun agitadísimo por los temores que le causaba la explicación.

— ¡ Y bien, Chicot ! — dijo Enrique.

— ¿ Qué hay, señor ? — respondió Chicot.

— ¿ No sabes lo que pretende la reina ?

— No, señor.

— Pues pretende que tu maldito latín va á turbar nuestro reposo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

— ¡ Eh ! señor, — exclamó Chicot, — olvidemos por Dios ese dichoso latin, y todo se acabó. No sucede lo mismo con un trozo de latin recitado, que con un trozo de latin escrito ; el uno se lo lleva el viento, y el otro no puede á veces aniquilarse con el fuego.

— El diablo me lleve, si por mi parte pienso en ello, — dijo Enrique.

— Así me gusta.

— Otras cosas me llaman más la atención.

— V. M. prefiere el divertirse, ¿ eh ?

— Si, hijo mio, — dijo Enrique bastante descontento del tono con que Chicot había pronunciado estas pocas palabras ; — mi majestad prefiere el divertirse.

— Perdoneme V. M. si le molesto.

— ¡ Ah ! hijo mio, — replicó Enrique encogiéndose de hombros. — Ya te he dicho que no era aquí como en el Louvre ; aquí se hacen sin misterios el amor, la guerra y la política.

La mirada del rey era tan dulce y su sonrisa tan cariñosa, que Chicot cobró aliento.

— La guerra y la política menos que el amor, ¿ no es así, señor ?

— Así es la verdad, amigo mio, lo confieso : este país es tan bello, estos vinos del Languedoc son tan sabrosos, estas mujeres de Navarra tan lindas !

— ¡ Ah ! señor, — replicó Chicot, — me parece que olvidáis á la reina : ¿ son por ventura las navarras más bellas y más cortesés ? En ese caso saludo con el debido acatamiento á las navarras.

— ¡ Cáspita ! tienes razón, Chicot. ¡ Y yo, que me olvidaba que eres embajador, que representas al rey Enrique III, que el rey Enrique III es hermano de madama Margarita, y que por consiguiente la etiqueta exige que en tu presencia ensalee á madama Margarita sobre todas las mujeres ! Pero mi imprudencia es disculpable, Chicot, porque no estoy habituado á los embajadores.

En aquel momento se abrió la puerta del gabinete, y Aubiac anunció en voz alta :

— El señor embajador de España.

Chicot dió sobre su sillón un estremecimiento que arrancó una sonrisa al rey.

— ¡ Pardiez ! — dijo Enrique, — hé ahí un mentís que yo no esperaba. ¡ El embajador de España ! ¿ Qué diablós viene á hacer aquí ?

— Sí, — repitió Chicot, — ¿qué diablos vieno á hacer aquí?

— Vamos á saberlo, — dijo Enrique; — sin duda nuestro vecino el Español quiere discutir conmigo alguna cuestión de frontera.

— Me retiro, — dijo Chicot humildemente, — porque acaso es un verdadero embajador el que os envia S. M. Felipe II, mientras que yo...

— ¡El embajador de Francia ceder el terreno al Español, y esto en Navarra! ¡Pardiez! no será así; abre, Chicot, ese gabinete de libros y instálate en él.

— Pero desde allí lo oíré todo á pesar mio, señor.

— ¿Y qué me importa que lo oigas? no tengo nada que ocultar. Á propósito, ¿no tenéis nada más que decirme de parte del rey vuestro soberano, señor embajador?

— No, señor, absolutamente nada más.

— Pues bien, en ese caso no tienes que hacer más que ver y oír como hacen todos los embajadores del mundo, y al efecto estarás á las mil maravillas en ese gabinete. Procura ver y oír cuanto puedas, mi querido Chicot.

En seguida añadió:

— Aubiac, di á mi capitán de guardias que introduzca el embajador de España.

Al oír Chicot esta orden se apresuró á entrar en la librería, cuyo tapiz de figuras cerró cuidadosamente.

Un paso lento y acompasado resonó sobre el pavimento: era el embajador de S. M. Felipe II.

Luego que terminaron los preliminares destinados á los pormenores de etiqueta, y por los cuales pudo convencerse Chicot desde el fondo de su escondite que el Bearnés sabía muy bien dar una audiencia:

— ¿Puedo hablar libremente á V. M.? — preguntó el enviado en lengua española, que todo gascón ó bearnés puede comprender como la de su país á causa de su mucha analogía.

— Podéis hablar, señor, — respondió el Bearnés Chicot redobló su atención.

— Señor, — dijo el embajador, — traigo la respuesta de S. M. Católica.

— ¡Bueno! — dijo Chicot: si traes la respuesta, es prueba de que ha habido demanda.

— ¿Sobre qué asunto? — preguntó Enrique.

— Sobre vuestras proposiciones del mes último, señor.

— Soy muy olvidadizo, — dijo Enrique; os suplico que me recordéis cuáles eran esas proposiciones, señor embajador.

— Sobre las invasiones de los príncipes de Lorena en Francia.

— Sí, y particularmente sobre las de mi compadre el de Guisa. ¡ Muy bien! ya me acuerdo; continuad señor, continuad.

— Señor, replicó el español, aunque el rey mi amo desea vivamente úrmar un tratado de alianza con Lorena, ha considerado una alianza con la Navarra como más leal, y hablando con franqueza, como más ventajosa.

— Si, hablemos con franqueza, — dijo Enrique.

— Seré explícito con V. M., señor, porque conozco las intenciones del rey mi amo respecto de vuestra real persona.

— ¡ Y puedo conocerlas yo ?

— Señor, el rey mi amo nada puede rehusar á la Navarra.

Chicot aplicó su oído al tapiz mordiéndose las yemas de los dedos para asegurarse que no dormía.

— Si nada puede rehusarme, — dijo Enrique, — veamos lo que puedo pedir.

— Todo lo que plazca á V. M.

— ¡ Diablo !

— Hable, pues, V. M. con toda libertad y franqueza.

— ¡ Cásputa! ¡ todo! Esto es ponerme en un conflicto.

— S. M. el rey de España quiere evitárselo á su nuevo aliado; la proposición que voy á hacer á V. M. se lo probará.

— Ya escucho, — dijo Enrique.

— El rey de Francia trata á la reina de Navarra como á una enemiga declarada; la repudia como hermana desde el momento en que la llena de oprobio, esto es constante. Las injurias del rey de Francia, y pido mil perdones á V. M. de tratar de un asunto tan delicado...

— Tratadle, tratadle, — dijo Enrique.

— Las injurias del rey de Francia son públicas, la notoriedad las consagra.

Enrique hizo un movimiento negativo.

— Hay notoriedad, pues que nosotros las sabemos, señor: el rey de Francia repudia á madama

Margarita por hermana suya, pues que tiende á deshonorarla, haciendo detener públicamente su litera y haciéndola registrar por un capitán de guardias.

— Y bien, señor embajador, ¿ adónde vais á parar ?

— Nada es más fácil á V. M. que el repudiar por mujer á la que el repudia por hermana.

Enrique miró hacia el tapiz detrás del que Chicot con ojos azorados esperaba palpitando el resultado de un principio semejante.

— Estando repudiada la reina, la alianza entre el rey de Navarra y el de España...

Enrique hizo un saludo.

— Esta alianza, — continuó el embajador, — es lo más fácil, y hé aquí el cómo : el rey de España da su hija al rey de Navarra, y S. M. misma se casa con madama Catalina de Navarra, hermana de V. M.

Una llamarada de orgullo recorrió todo el cuerpo del Bearnés, un espasmo de espanto el cuerpo de Chicot. El uno veía salir al horizonte su fortuna resplandeciente como el sol de la mañana, el otro veía bajar y morir el cetro de los Valois.

El español, impávido y frío, no veía más que las instrucciones de su amo.

Hubo un profundo silencio durante un instante ; después el rey de Navarra dijo :

— Vuestra proposición es magnífica y me llena de honor.

— S. M., — se apresuró á decir el orgulloso negociador que contaba con una aceptación de entusiasmo, — S. M. el rey de España no se propone someter á V. M. más que una condición.

— Al ayudar á V. M. contra los príncipes de Lorena, es decir, al abrir á V. M. el camino del trono, el rey mi amo desearía facilitarse un medio, con vuestra alianza, de guardar la Flandes, á la cual monseñor de Anjou hincó los dientes á esta hora. V. M. comprende bien que el rey mi señor le da la preferencia sobre los príncipes de Lorena, pues que los señores de Guisa, sus aliados naturales como católicos, forman solos un partido contra el señor duque de Anjou en Flandes ; luego la condición, la sola condición es suave y razonable. S. M. el rey de España se aliará con vos por medio de un matrimonio doble ; ayudará á V. M... (el embajador buscaba la frase equivalente á suceder al rey de

Francia), y vos le garantizaréis la Flandes. Conociendo la sabiduría y la prudencia de V. M., puedo, pues, mirar mi negociación terminada dichosamente.

Un silencio aun más profundo que el primero sucedió á estas palabras, sin duda con el fin de que llegase con todo su poder la respuesta que aguardaba el ángel exterminador para herir acá y allá, sobre la Francia ó sobre la España.

Enrique de Navarra dió tres ó cuatro pases en el gabinete.

— Asi pues, señor, — dijo el rey, — ¿eca es la respuesta que estáis encargado de traerme?

— Sí, señor, — contestó el embajador.

— ¿Y nada más con ella?

— Nada más, señor.

— Pues bien, — dijo Enrique. — Yo rehusó la oferta del rey de España.

— ¡V. M. rehusa la mano de la infanta!... — exclamó el español con un pasmo semejante al que causa el dolor de una herida inesperada.

— Es un grande honor, — respondió Enrique irguiendo la cabeza, — pero que no creo superior al de haberme casado con una hija de Francia.

— Sí, pero esta primera alianza os aproximaba á la tumba, señor... la segunda os aproxima al trono, — contestó el español.

— Preciosa, incomparable fortuna, señor, lo sé, — repuso Enrique, — pero que yo no compraré jamás á costa de la sangre y el honor de mis súbditos. ¡Cómo, señor! ¿Yo sacar la espada contra el rey de Francia, mi suegro, por el Español extranjero? ¡Cómo! ¿Yo paralizaría el estandarte de Francia en su camino de gloria, para dejar que los castillos de Castilla y los leones de León acaben la obra que han comenzado? ¡Cómo! ¿Yo haría que se matasen hermanos contra hermanos, y traería el extranjero á mi patria? Señor, escuchad bien esto: Yo he pedido á mi vecino el rey de España socorro contra los señores de Guisa, que son unos facciosos que codician mi herencia, pero no contra el duque de Anjou, mi cuñado, pero no contra Enrique III, mi amigo, pero no contra mi mujer, hermana de mi rey. ¿Vosotros socorreréis á los Guisas, decís; vosotros les prestaréis vuestro apoyo? Hacedlo, yo lanzaré sobre ellos y sobre vosotros todos los protestantes de la Alemania y los de Francia. El rey de España quiere conquistar la Flandes que se le

escapa, pues que haga lo que su padre Carlos V, que pida permiso al rey de Francia para pasar por su territorio é ir á reclamar su título de primer ciudadano de Gante; y el rey, Enrique III, yo salgo garante, le concederá un pase tan leal como lo hizo el rey Francisco I. Yo quiero el trono de Francia, es posible, pero no tengo necesidad de que me ayude á conquistarlo; yo solo lo tomaré si llega á quedar vacante, y esto á pesar de todas las majestades del mundo. Así pues, adiós, señor. Decid á mi hermano Felipe que agradezco mucho sus ofertas. Pero le aborrecería mortalmente si, al hacérmelas, me hubiese creído un instante capaz de aceptarlas. Adiós, señor.

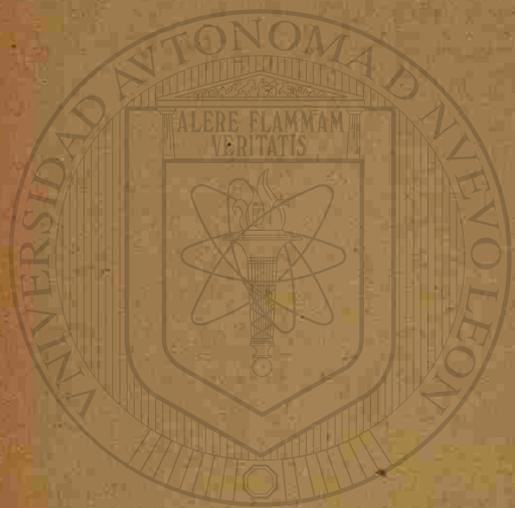
El embajador quedó estupefacto, y dijo á medias palabras:

— Advertid, señor, que la buena inteligencia entre dos vecinos se pierde por una mala palabra.

— Señor, embajador, — replicó Enrique, — sabed bien esto: Rey de Navarra ó rey de nada, es lo mismo para mí. Mi corona es tan ligera, que ni aun la sentiría caer si se deslizase de mi frente; por otra parte, si tal sucediese, yo trataría de retenerla, vivid tranquilo. Adiós, lo repito, señor;

decid al rey vuestro amo, que tengo aun ambiciones mayores que las que él me ha hecho entrever. Adiós.

Y el Bearnés, volviendo, no en sí mismo, sino á ser el hombre que se conocía en él, después de haberse dejado dominar un instante por el calor de su heroísmo, sonriéndose con cortesania, condujo al embajador hasta el umbral de la puerta de su gabinete.



X.

Los pobres del rey de Navarra.

Era tan grande la sorpresa en que se hallaba Chicot, que á pesar de haber quedado Enrique solo, no pensaba en salir de su gabinete.

El Bearnés levantó la tapicería y fué á tocarle en el hombro.

— Y bien, señor Chicot, ¿ qué te parece del modo con que he salido del apuro ? — preguntó Enrique.

— Maravillosamente, señor, — contestó Chicot aun más sorprendido. — Pero á la verdad, para un rey que no recibe embajadores muy á menudo,

parece que cuando los recibe V. M. los recibe buenos.

— Precisamente; sin embargo, es á mi hermano Enrique á quien se los debo.

— ¿Pues cómo así? señor.

— Si no se empeñase en perseguir sin descanso á su pobre hermana, se guardarían de perseguirla los demás. ¿Crees tú que á no saber el rey de España la afrenta pública hecha á la reina de Navarra cuando registró su litera un capitán de guardias, vendría proponiéndome que la repudiase?

— Veo, señor, con satisfacción que será inútil cuanto se intente en ese sentido, y que nada en el mundo podrá romper la armonía que existe entre vos y la reina.

— Amigo mío, es muy obvio el interés que hay en enemistarnos.

— Confieso sin embargo, señor, que no puedo penetrarlo tanto como sin duda lo creéis.

— Sin duda lo único que desea mi hermano Enrique es que yo repudie á su hermana.

— ¿Cómo! suplico á V. M. que me lo explique. Vamos, no imaginaba que me esperaban tan buenas lecciones.

— Ya sabes, Chicot, que no se me ha entregado el dote de mi esposa.

— No, señor, no lo sabía, pero lo sospechaba.

— Que el dote se componía de trescientos mil escudos de oro.

— Bonita suma.

— Y de muchas ciudades libres, entre ellas la de Cahors.

— Linda ciudad á fe mía.

— He reclamado, no los trescientos mil escudos de oro, porque á pesar de mi pobreza me tengo por más rico que el rey de Francia, sino la ciudad de Cahors.

— ¡Ah! ¡La ciudad de Cahors! Habéis hecho bien, ¡que diantre! en vuestro lugar hubiera procedido yo del mismo modo.

— Y hé ahí por qué, — dijo el Bearnés sonriendo maliciosamente; — hé ahí por qué... ¿comprendes ahora?

— Ni una palabra, así me lleve el diablo.

— Hé ahí por qué se desea enemistarme con mi esposa hasta el punto de que la repudie. No habiendo mujer no hay dote, Chicot, y por consiguiente adiós trescientos mil escudos, adiós ciudades.

sobre todo adiós Cahors. Este es un medio como otro cualquiera de eludir una palabra, y mi hermano el de Valois es muy diestro en jugar estas piezas.

— Sin embargo, se me figura que con gusto poseeríais esa plaza, ¿no es cierto, señor? — dijo Chicot.

— Sin duda, porque al fin ¿qué es mi reino reducido á Bearn? Un pobre y pequeño principado, tan exhausto por la avaricia de mi cuñado y de mi suegra, que el título de rey anejo á él es más bien un título de farsa.

— Al paso que Cahors añadido á este principado... — repuso Chicot.

— Cahors sería mi baluarte, la salvaguardia de los que profesan mi religión.

— Pues bien, haceos cuenta de que la habéis perdido para siempre, porque que estéis ó no enemistado con la reina Margarita, el rey de Francia nunca os dará la ciudad de Cahors, y á menos que no la toméis...

— ¡Oh! Yo la tomaría si no fuese tan fuerte y si yo no odiase tanto la guerra, — dijo Enrique.

— Cahors es inexpugnable, señor, — añadió Chicot.

Enrique contestó con la más aparente sencillez:

— Inexpugnable... Inexpugnable... Si tuviese yo un ejército... pero no le tengo.

— Escuchadme, señor, ya que no estamos aquí para echarnos requiebros, sino para hablar francamente, como se acostumbra entre gascones. Para tomar á Cahors, en donde está el señor de Vesin, sería preciso ser un Aníbal ó un César, y V. M...

— Acaba, — repuso Enrique con sardónica sonrisa.

— V. M. ha dicho que aborrece la guerra.

Enrique suspiró, brillando en sus miradas al mismo tiempo un rayo melancólico y sombrío; pero supo contener aquel movimiento involuntario, y pasándose por su oscura y espesa barba una mano ennegrecida por la intemperie, dijo:

— Nunca he desenvainado la espada ni la desenvainaré: soy un rey de paja y un hombre pacífico; y con todo, Chicot, por un contraste singular me gusta entretenerme en lances belicosos, lo cual consiste en la sangre que circula por mis venas. Mi antepasado San Luis tenía esta dicha, que siendo piadoso por educación, y tímido por naturaleza, cuando se ofrecía el caso era un terrible justador

de lanza, y lo que se llama una buena espada. Hablémos ahora, querido Chicot, del señor Vesin, que según parece es un Aníbal y un César.

— Perdonadme, señor, si he tenido la desgracia de herir vuestro amor propio y de atormentaros. Solo os he hablado del señor Vesin para contener el impetu imprudente que la juventud fogosa y la poca práctica de los negocios han podido alimentar en vuestro corazón. Cahors está bien defendida y guardada, porque es la llave del Mediodía.

— ¡ Ah ! — contestó Enrique suspirando con más fuerza ; — demasiado lo sé.

— Es, — prosiguió Chicot, — la riqueza territorial unida á la seguridad de las demás provincias. Poseer á Cahors es tener los géneros, las cosechas, las granjas, los tesoros y las relaciones del país ; poseer á Cahors es conseguir las mayores ventajas ; no poseerla es verse precisado á tenerlas en contra.

— ¡ Ira de Dios ! — murmuró el rey de Navarra ; — por eso justamente quería yo poseer á Cahors ; por eso manifesté á mi pobre madre que hiciese de su entrega una de las condiciones *sine qua non* de mi matrimonio. ¡ Vaya ! Ahora hablo en latín... por

último, Cahors pertenece á mi esposa, se me había prometido y se me debe de justicia.

— Señor, deber y pagar...

— Tienes razón, Chicot, son dos cosas distintas, amigo mío ; de modo que, según veo, tú crees que nunca se me pagará.

— Al menos así se me figura.

— ¡ Demonio ! — exclamó Enrique.

— Y francamente... — añadió Chicot.

— ¿ Qué ?

— Me parece que harán bien.

— ¿ Y por qué, amigo mío ?

— Porque no habéis entendido vuestro oficio de rey, á pesar de haberos casado con una hija de Francia ; porque no habéis sabido hacerlos pagar la dote de vuestra esposa, primero en dinero y después en ciudades.

— ¡ Desgraciado ! — dijo Enrique sonriéndose con amargura, — ¿ no te acuerdas ya de la alarma de Saint-Germain-l'Auxerrois ? Me parece que un casado, á quien se trata de degollar durante la noche de sus bodas, no piensa tanto en su dote como en su vida.

— Está bien, — contestó Chicot.

— ¿Después? — preguntó Enrique.

— ¿Después? — continuó Chicot.

— Creo que hemos conseguido vivir en paz : pues bien, debíamos aprovecharnos de ella para negociar en vez de hacer el amor. Es mucho menos divertido, pero más provechoso. Digo esto, señor, tanto por el rey mi amo, como por vos : si Enrique de Francia tuviese en Enrique de Navarra un aliado fuerte, sería el monarca más poderoso, y suponiendo que católicos y protestantes pudiesen reunirse en un mismo interés político, aun cuando debatiesen más tarde sus intereses religiosos, católicos y protestantes, es decir, los dos Enriques harían temblar al género humano.

— Por mi parte, — observó Enrique con humildad, — como no aspiro á hacer temblar á nadie con tal que yo no tiemble... Pero, Chicot, no hablemos ya de esas cosas que tanto me inquietan el ánimo : si no poseo á Cahors, me pasará sin él.

— Eso es muy duro.

— ¿Qué quieres? Tú mismo piensas que nunca Enrique me entregará esa ciudad.

— He dicho que se me figura, señor, y eso por tres razones.

— Dímelas, Chicot.

— Con mucho gusto : la primera porque Cahors es una ciudad de grandes productos que el rey de Francia prefiere reservarse á darlos.

— Eso no es muy honroso que digamos, señor Chicot.

— Eso es muy real, señor.

— ¿El retener lo ajeno con tal que nos agrade?

— Sí, señor, es aquello de *nominor quia leo*, y el león es el rey de los animales.

— Me acordaré de lo que acabas de decirme, mi buen Chicot, si algún día soy rey. ¿Y la segunda razón, hijo mío?

— Héla aquí : madama Catalina...

— ¿Conque todavía se mezcla en la política mi buena madre? — dijo Enrique interrumpiendo á Chicot.

— Sí, señor, y prefiere ver á su hija en París á verla en Nerac ; esto es, la quiere tener á su lado y no al vuestro.

— ¿Lo crees así? Con todo, no creo que ame á su hija tan locamente.

— Es cierto, pero Margarita os sirve de rehenes.

— Eres el mismo diablo, Chicot, y nunca hubie-

ra dado en ello; conozco que puedes tener razón, y que en caso de necesidad una princesa de Francia es una prenda. ¡Y bien!

— Según se van disminuyendo los recursos se va agotando el placer de la permanencia: Nerac es ciudad muy agradable, posee un parque encantador y alamedas que no existen en parte alguna; pero Margarita, privada de recursos, se fastidiará en Nerac y echará de menos el Louvre.

— Más me gusta la primera razón, — dijo el rey meneando la cabeza.

— En ese caso voy á exponeros la tercera. Entre el duque de Anjou que trata de fundar un trono y revuelve á Flandes, entre los de Guisa que ambicionan una corona y alborotan la Francia, entre S. M. el rey de España que aspira á la monarquía universal y revoluciona el mundo entero, estáis vos, príncipe de Navarra, que sois la balanza y mantenéis cierto equilibrio.

— Con muy poco peso, ¿eh?

— Justamente: volved los ojos á la república suiza, haceos poderoso, es decir, pesado, y haréis bajar el platillo de modo que no seréis ya contrapeso, sino peso efectivo.

— Chicot, me gusta mucho esa razón, y la has explicado perfectamente: eres un verdadero curial.

— Soy lo que puedo ser, señor, — respondió Chicot lisonjeado por el cumplimiento y abandonándose á la franqueza real que por primera vez se le brindaba con tanta intimidad.

— Esa es, pues, la explicación de mi estado actual, — observó Enrique.

— En todas sus partes.

— ¡Y yo, Chicot, que nada de eso veía! ¡Yo que esperaba!... ¿Qué te parece?

— Puedo daros un consejo, señor; cesad de esperar.

— Voy, pues, á hacer con el crédito que tengo contra el rey de Francia lo que hago con aquellos de mis súbditos que no me pagan las rentas: pondré una *P* al lado de su nombre.

— La cual quiere decir: *pagó*.

— Ni más ni menos.

— Poned dos, señor, y suspirad después. Enrique suspiró.

— Así lo haré, Chicot, — dijo en seguida: — por lo demás, amigo mío, ya ves que se puede vivir

en Bearn, y que no tengo necesidad absoluta de estar en Cahors.

— Bien lo veo todo, y veo también confirmada mi opinión de que sois un príncipe prudente, un rey filósofo... pero ¿qué ruido es ese?

— ¿Ruido? ¿Hacia dónde?

— Según parece, hacia el patio.

— Mira por la ventana, amigo mío, mira.

Chicot se acercó á ella y dijo:

— Hay abajo, señor, como una docena de personas bastante mal aliñadas.

— ¡Ah! — exclamó el rey de Navarra levantándose, — son mis pobres.

— ¿Conque V. M. tiene pobres?

— Sin duda. ¿No nos recomienda Dios la caridad? Aunque no soy católico, no dejo de ser por eso buen cristiano.

— ¡Bravo, señor!

— Ven, Chicot, y bajemos á repartir juntos mis limosnas; después volveremos á subir para cenar.

— Señor, ya os sigo.

— Coge esa bolsa que está en el estante al lado de mi espada... ¿la ves?

— Ya la tengo.

— Perfectamente.

Bajaron por último; había llegado la noche, y el rey daba á entender en sus ademanes que se hallaba inquieto y cuidadoso.

Chicot le miraba y se entristecía al notar aquel desasosiego.

— ¿De dónde demonios, — se decía á sí mismo, — he sacado yo la idea de hablar de política á este valiente príncipe? De seguro que he acibarado su corazón. Soy decididamente un estúpido belitre.

Llegados al patio, Enrique de Navarra se adelantó hacia el grupo de mendigos que Chicot había divisado desde la ventana del gabinete.

Componíase en efecto de una docena de hombres, cuya estatura, fisonomía y traje eran distintos; un mediano observador los hubiera conocido al punto en su voz, en sus ademanes y gestos por gitanos, por extranjeros oscuros, por viajeros necesitados, al paso que un observador experimentado pronto hubiera dicho que eran caballeros disfrazados.

Enrique pidió á Chicot la bolsa, é hizo una seña que todos los mendigos comprendieron, al parecer, perfectamente.

Acercáronse en seguida todos ellos, y uno á uno, para saludarle con cierta humildad que no excluía repetidas miradas de inteligencia y de audacia, dirigidas solo al rey, y que parecían decirle :

— Bajo estos disfraces laten corazones ardientes.

Enrique les contestó con un movimiento de cabeza, é introduciendo el índice y el pulgar en la bolsa, sacó una moneda.

— Señor, — le dijo Chicot, — ¿ no veis que es de oro ?

— Sí, amigo mío, ya lo sé.

— ¡ Cáspera ! Sois rico.

— ¿ No ves, amigo mío, — repuso Enrique sonriéndose, — que todas estas piezas de oro me sirven para dos limosnas ? Soy pobre, Chicot, soy pobre, y me veo obligado á partir mis doblones de oro en dos partes para que no se acaben tan pronto.

— Es verdad, — observó Chicot extrañamente sorprendido : — son medias piezas cortadas y tienen caprichosos dibujos.

— ¡ Oh ! En eso me parezco á mi hermano el rey de Francia, que se entretiene en recortar estampas de santos ; yo también tengo mi manía y me

divierto en hacer dos de cada pieza de oro, porque un bearnés pobre y honrado es industrioso como un judío.

— Perfectamente, señor, — respondió Chicot meneando la cabeza ; — pues creía que semejante circunstancia ocultaba algún misterio : no deja de ser este un modo singular de dar limosna.

— ¿ No la darías tú así ?

— No por cierto ; en vez de cortar las piezas, daría una entera al primero diciéndole : para ti y para ese otro ; y así sucesivamente.

— Serían capaces de aporrearse unos á otros, de modo que en lugar de hacer bien, daría yo márgen á un escándalo.

— Corriente, — murmuró Chicot, resumiendo en esta palabra que es la quinta esencia de todas las filosofías, su oposición á las extrañas ideas del rey.

Enrique sacó, pues, de la bolsa media pieza de oro, y colocándose delante del primer mendigo con la calma y tranquilidad que distinguieron siempre su carácter, miró á aquel hombre sin dirigirle la palabra, pero no sin interrogarle con la vista.

— Agen, — dijo el pobre inclinándose.

— ¿Cuántos? — preguntó el rey.

— Quinientos.

— Cahors. — Y diciendo esto le entregó la media pieza y sacó otra de la bolsa.

El mendigo saludó con más humildad que la vez primera y se alejó.

Otro le reemplazó frente al rey, á quien hizo su correspondiente reverencia, pronunciando esta palabra:

— Auch.

— ¿Cuántos?

— Trescientos cincuenta.

— Cahors. — Y le dió la segunda moneda, y volvió á sacar otra.

El segundo pobre desapareció como el primero: se adelantó el tercero, saludó y dijo:

— Narbona.

— ¿Cuántos?

— Ochocientos.

— Cahors. — Y el rey alargó su media pieza, tomando la cuarta de la bolsa.

— Montauban, — murmuró el mendigo.

— ¿Cuántos?

— Seiscientos.

— Cahors.

En una palabra, todos los pobres se fueron acercando, pronunciaron un nombre, recibieron la extraña y singular limosna y pronunciaron sus cifras numéricas, cuyo total sumó ocho mil.

Á todos respondió Enrique: — Cahors, — sin variar una sola vez el acento de su voz en la pronunciación de la palabra.

Acabada la distribución, no quedaron más medias piezas en la bolsa, ni mendigos en el patio.

— Se concluyó, — dijo Enrique.

— ¿Eso es todo, señor? — preguntó Chicot.

— Sí, acabóse.

— ¡Señor! — dijo Chicot tirándole de la manga.

— ¿Qué hay? — preguntó el rey.

— ¿Me permite V. M. ser curioso?

— ¿Por qué no? La curiosidad es una cosa natural.

— ¿Qué decían esos mendigos, y qué diantres respondía V. M.?

Enrique se sonrió.

— Es que en verdad aquí todo es misterio, —

— continuó Chicot.

— ¿De veras?

— Sí, señor, jamás he visto hacer limosna de ese modo.

— Es la costumbre de Nerac, mi querido Chicot, ya sabes el refrán de, cada villa tiene su maravilla.

— Pues, señor, es una costumbre muy particular.

— No, yo te lo aseguro, nada es más natural; todos esos mendigos que acabas de ver, recorren el país pidiendo limosna; pero todos son de villas diferentes.

— Y bien, señor, ¿qué tiene que ver?...

— Para que no dé siempre al mismo, me dicen el nombre de su pueblo; de esta manera, tú comprendes, mi querido Chicot, puedo repartir igualmente mis beneficios, y puedo ser útil á todos los desgraciados de todas las villas de mis Estados.

— Está bien, señor, en cuanto al nombre de la ciudad que ellos dicen á V. M., pero ¿por qué responderles á todos Cahors?

— ¡Ah! — replicó Enrique con un aire de sorpresa perfectamente fingido; — ¿yo les he respondido Cahors?

— ¡Pardiez!

— ¿Lo crees así?

— Estoy seguro de ello.

— ¿Sabes que desde que hemos hablado de Cahors tengo sin cesar este nombre en la boca? En esto me sucede como en todas las cosas que uno desea ardientemente y que no puede poseer: se piensa en ellas y se las nombra aun en sueños.

— ¡Hum! — murmuró Chicot examinando con desconfianza la parte del patio por la cual habian desaparecido los mendigos; — no está eso tan claro como yo quisiera, señor, y falta otra cosa.

— ¿Cómo! ¿todavía?

— Sí, señor, falta comprender lo que significan los números que todos pronunciaban y cuyo total asciende á más de ocho mil.

— ¡Ah! En cuanto á esos números, Chicot, estoy tan adelantado como tú y no he comprendido una palabra; á no ser que como los mendigos están divididos por corporaciones, lo cual no ignoras, hayan de ese modo querido indicarme la cifra respectiva de cada una de ellas, cosa que me parece probable.

— ¡Señor! ¡Señor!

— Vamos á cenar, amigo mío, pues nada aguza tanto el ingenio como el tener repleto el estómago;

discutiremos en la mesa, y verás que si mis monedas están cortadas, mis botellas se conservan llenas.

El rey llamó á un paje y pidió la cena.

Tomando en seguida familiarmente el brazo de Chicot, subió á su gabinete, en donde ya estaba puesta la mesa.

Al pasar por delante del aposento particular de la reina miró hacia las ventanas y no vió luz alguna.

— Paje, — preguntó, — ¿no está en su habitación S. M. la reina?

— S. M., — contestó el paje, — ha ido á visitar á la señorita de Montmorency, que según se dice está muy enferma.

— ¡ Ah ! ¡ Pobre Fosseuse ! — dijo Enrique : — ciertamente que la reina tiene buen corazón. Vamos á cenar, Chicot, vamos á cenar.

XI

La verdadera querida del rey de Navarra.

La cena fué de las más alegres : parecía que Enrique no tenía nada ya de que ocupar su pensamiento ni su corazón, y cuando el Bearnés se hallaba en esas excelentes disposiciones era un buen convidado.

En cuanto á Chicot, disimulaba lo mejor que podía el principio de inquietud que se apoderó de

discutiremos en la mesa, y verás que si mis monedas están cortadas, mis botellas se conservan llenas.

El rey llamó á un paje y pidió la cena.

Tomando en seguida familiarmente el brazo de Chicot, subió á su gabinete, en donde ya estaba puesta la mesa.

Al pasar por delante del aposento particular de la reina miró hacia las ventanas y no vió luz alguna.

— Paje, — preguntó, — ¿no está en su habitación S. M. la reina?

— S. M., — contestó el paje, — ha ido á visitar á la señorita de Montmorency, que según se dice está muy enferma.

— ¡ Ah ! ¡ Pobre Fosseuse ! — dijo Enrique : — ciertamente que la reina tiene buen corazón. Vamos á cenar, Chicot, vamos á cenar.

XI

La verdadera querida del rey de Navarra.

La cena fué de las más alegres : parecía que Enrique no tenía nada ya de que ocupar su pensamiento ni su corazón, y cuando el Bearnés se hallaba en esas excelentes disposiciones era un buen convidado.

En cuanto á Chicot, disimulaba lo mejor que podía el principio de inquietud que se apoderó de

él á la aparición del embajador de España, que se aumentó en el patio á la distribueión del oro hecha á los mendigos y que no le debaja sosegar.

Enrique había querido que Chicot cenase mano á mano con él; en la corte del rey Enrique ya había sentido una afición por Chicot, una afición de aquellas que toman los hombres de talento por sus iguales, y Chicot por su parte, excepto la embajada de España, los mendigos con sus misteriosas palabras y las piezas de oro cortadas por la mitad, simpatizaba en extremo con el rey de Navarra.

Viendo á éste cambiar de vino y conducirse como buen gastrónomo, resolvió Chicot contenerse un poco, á fin de no perder una sola expresión de las que la libertad de la mesa y el calor del vino inspirasen entre broma y broma al Bearnés.

Enrique bebía puro y á menudo, y de tal modo sabía comprometer á sus convidados, que no permitía que Chicot se quedase más atrás de un vaso de vino contra tres.

Pero ya sabemos que la cabeza de maese Chicot era de hierro.

Por lo que toca á Enrique de Navarra, todos sus

vinos eran del país, y apuraba las botellas como si fueran de suero.

Toda la cena, por supuesto, fué sazonada con los cumplidos que los dos convidados se dirigían recíprocamente.

— ¡Cuánta envidia os tengo, señor! — dijo Chicot al rey. — ¡Qué noble corazón tenéis! ¡Qué existencia tan venturosa es la vuestra! ¡Qué rostros tan encantadores encierra este hermoso palacio, y cuántas riquezas el magnífico país de Gascuña!

— Chicot, si estuviese aquí mi esposa no te diría lo que voy á decirte, pero en ausencia suya puedo confesarte que la más bella parte de mi vida es la que tú no ves.

— En efecto, señor, se cuentan lindas cosas de V. M.

Enrique se arrellanó en su sillón y se acarició la barba sonriéndose.

— Sí, sí — contestó; — ya sé que se asegura que reino más sobre mis vasallas que sobre mis vasallos.

— Así es, señor, y sin embargo me admira mucho.

— ¿ Por qué, compadre mio ?

— Porque tenéis un carácter veleidoso, carácter que forma los grandes reyes.

— ¡ Ah, Chicot ! Te engañas de medio á medio : soy más perezoso que voluble, y todas mis acciones prueban esta verdad : si elijo un amor, siempre es el que encuentro más inmediato á mi persona ; si deseo beber vino, siempre echo mano á la botella que está más á la mano. Á tu salud, Chicot.

— Me honráis demasiado, señor, — respondió Chicot vaciando completamente su vaso, pues el rey le observaba con aquella mirada escrutadora que quería penetrar en todos los corazones.

— Así pues, — añadió alzando los ojos al cielo, — ¿ qué de disgustos y querellas en mi hogar doméstico, Chicot ?

— Ya, ya entiendo, señor ; todas las damas de la reina os adoran.

— Están cerca de mí, Chicot.

— ¡ Hola, hola ! resulta de ese axioma que si habitaseis en San Dionisio en vez de hallaros en Nerac, sería fácil que el rey no viviese tan tranquilo como vive.

Enrique tomó un aire sombrío.

— ¡ El rey ! ¡ Qué es lo que dices, Chicot ! — replicó Enrique de Navarra, — ¡ el rey ! ¿ Acaso te figuras que soy un Guisa ? Deseo poseer Cahors, es verdad, pero es porque Cahors está á mi puerta ; siempre mi sistema, tengo ambición cuando estoy sentado, pero en levantándome ya no deseo nada.

— Por vida de Dios, señor, que esa ambición de poseer todo cuanto alcanza la vista se parece mucho á la de César Borgia, que se apoderaba de un reino ciudad por ciudad, diciendo que la Italia era una alcahofa, que era preciso ir comiendo hoja por hoja.

— Me parece, compadre Chicot, — dijo Enrique, — que el tal César Borgia no era mal político.

— No, pero si un fronterizo muy peligroso y un camarada muy malo.

— ¡ Cómo, cómo ! siendo yo el jefe de los hugonotes, ¿ serías capaz de compararme al hijo de un papa ? Muchas gracias, señor embajador.

— Á nadie os comparo, señor.

— ¿ Por qué razón ?

— Porque se me figura que debe equivocarse

quien os compare á otro que á vos mismo : sois ambicioso, señor.

— ¡ Qué originalidad ! — exclamó el Bearnés :
— hé aquí un hombre que á todo trance se empeña en que yo he de desear alguna cosa.

— Dios me libre de ello, señor ; todo lo contrario ; lo que yo deseo es que V. M. no apetezca nada.

— Supongo, Chicot, que nada te llama por de pronto á París, ¿ no es verdad ?

— Nada.

— De modo que vas á pasar conmigo algunos días.

— Si V. M. me hace el honor de desear que le acompañe, mi mayor gusto será permanecer aquí ocho días.

— Ocho días... corriente, compadre Chicot ; dentro de ocho dias me conocerás como si fuese tu hermano. Bebamos.

— Señor, no tengo ya sed, — contestó Chicot, que empezaba á renunciar á la pretensión que había abrigado de achispas al rey.

— En ese caso te dejo, — repuso Enrique, — porque un hombre no debe permanecer en la mesa cuando nada tiene que hacer en ella. Ea, bebamos.

— ¿ Para qué ?

— Para dormir mejor : este vinillo del país proporciona un sueño delicioso. ¿ Te gusta la caza, Chicot ?

— Poca cosa, señor. ¿ Y á vos ?

— Soy muy aficionado á ella desde que estuve en la corte del rey Carlos IX.

— ¿ Por qué se ha tomado V. M. la molestia de preguntarme si me gusta la caza ?

— Porque he dispuesto para mañana una batida, y cuento con que serás de los nuestros.

— Recibiré en ello grandísimo honor, pero...

— ¡ Oh, compadre ! tranquilizaos, porque esa batida no puede menos de contentar la vista y el corazón de todo hombre acostumbrado á manejar las armas. Yo soy buen cazador, Chicot, y deseo que me veáis en un ejercicio que es mi fuerte. ¿ Qué demonios ! ¿ No habéis dicho que queréis conocerme ?

— ¡ Por el cielo, señor ! Confieso que ese es uno de mis más ardientes votos.

— Pues bien, podrás estudiarme mejor en la caza.

— Señor, estoy pronto á todo cuanto sea del agrado del rey.

— Bueno, quedamos convenidos... ¡ Ah ! Hé aquí un paje que viene á interrumpirnos.

— Algún asunto importante, señor...

— ¡ Asuntos conmigo cuando estoy en la mesa ! Es muy particular que este buen Chicot crea siempre que está en la corte de Francia. Amigo mío, debéis saber una cosa, y es que en Nerac...

— ¿ Qué, señor ?

— Después que uno cena bien, se acuesta.

— Pero, ¿ y ese paje ?

— ¡ Ese paje ! ¿ No puede anunciarnos otra cosa que negocios ?

— Entiendo, señor, entiendo y voy á acostarme.

Chicot se levantó, hizo el rey lo mismo, y se apoyó en su brazo.

Aquella prisa de separarle de su lado pareció sospechosa al enviado del rey de Francia, así como todo cuanto había oído desde la llegada del embajador de España le hacía cavilar : resolvió por lo mismo permanecer en el gabinete todo el tiempo que le fuese posible.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — exclamó vacilando al mismo tiempo : — esto es muy raro, señor.

El Bearnés se sonrió al preguntarle :

— ¿Cuál es lo raro, compadre ?

— ¡ Ira de Dios ! se me va á pájaros la cabeza : mientras he permanecido sentado no ha habido la menor novedad, pero desde que estoy en pie...

— ¡ Bah ! y no hemos hecho más que catar el vino.

— No ha sido mala catadura, señor. ¡ Á eso llamáis catar ! Ya veo que sois un bebedor de primera clase y os rindo vasallaje como á mi soberano y señor natural. ¿ Conque eso es catar, eh ?

— Chicot, amigo mío, — dijo el Bearnés procurando asegurarse por medio de aquellas escrutadoras miradas que exclusivamente le pertenecían si Chicot estaba en efecto borracho ó fingía estarlo, — creo que lo mejor que puedes hacer á estas horas es acostarte.

— Sí, señor, sí ; buenas noches.

— Buenas noches, Chicot, hasta mañana.

— Sí, señor, sí, hasta mañana : V. M. tiene razón, lo mejor que Chicot puede hacer es acostarse. Buenas noches, señor.

Y diciendo y haciendo se tendió en el suelo.

Al ver Enrique la resolución que había tomado su huésped, dirigió una mirada hacia la puerta.

Aunque aquella mirada fué tan rápida como un relámpago, Chicot se apercebió de ella.

Entonces se le acercó Enrique.

— ¡Tan borracho estás, mi pobre Chicot, — le dijo, — que no reparas en una cosa?

— ¿En cuál?

— En que has tomado la estera de mi gabinete por tu cama.

— Chicot es un antiguo soldado y no repara en semejantes frioleras.

— De modo que tampoco te haces cargo de otra cosa.

— ¡Ah! ¡ah! ¿cuál es la segunda?

— Que espero á una persona.

— ¿Para cenar?... Bien hecho; cenemos pues.

Y Chicot hizo un esfuerzo infructuoso para levantarse.

— ¡Demonio! — exclamó Enrique. — ¡Qué borrachera tan repentina y endiablada es la tuya! Compadre, vete por todos los santos del cielo, pues ya ves que ella se impacienta.

— ¡Ella! ¡Ella! — murmuró Chicot. — ¿Y quién es ella?

— ¡Maldecido! La mujer que estoy aguardando y que está de centinela á esa puerta... allí...

— ¡Una mujer! ¿Por qué no me lo decías, Enriquecito?... ¡Ah! perdón... perdón, pues yo creía... yo creía que estaba hablando con el rey de Francia... Ya veis que me ha echado á perder ese excelente Enriquecito... ¿Por qué no me le decíais, señor? Ya me voy, ya me voy.

— Bien, bien, Chicot; eres un completo caballero: vamos, vamos, levántate y vete, porque pienso pasar una buena noche, ¿me entiendes? Una buena noche.

Chicot se levantó y llegó á la puerta dando mil tropiezos.

— Adiós, señor, y buenas noches.

— Adiós, querido amigo, adiós: duerme bien.

— ¿Y vos, señor?

— ¡Chitón!

— ¡Sí, sí, chitón!

Y abrió la puerta.

— En la galería encontrarás al paje y él te indicará tu aposento. Adiós.

— Gracias, señor.

Chicot salió al fin después de haber saludado en voz tan baja como puede hacerlo un borracho.

Pero no bien se cerró la puerta, desaparecieron todas las señales de embriaguez; anduvo tres pasos, volvió atrás y se puso á observar por el agujero de la cerradura.

Enrique estaba ya abriendo la puerta á la desconocida, que Chicot, curioso como todo embajador quería conocer á todo trance.

En vez de entrar una mujer entró un hombre, y en cuanto se descubrió, Chicot reconoció el noble y severo rostro de Duplessis Mornay, consejero rígido y vigilante de Enrique de Navarra.

— ¡ Ah ! — dijo Chicot entre dientes, — ese va á incomodar á mi pobre enamorado mucho más que mi borrachera.

Pero el semblante de Enrique reveló el mayor contento al ver á su director; estrechó sus manos afectuosamente, empujó la mesa con desdén manifiesto, é hizo sentar á Mornay á su lado con todo el ardor de un amante cuando se acerca al objeto de sus adoraciones.

Parecía que anhelaba oír las primeras palabras

que iba á pronunciar el consejero, pero de pronto y antes que éste desplegara los labios se dirigió á la puerta y corrió los cerrojos con una precaución que dió mucho en que pensar á Chicot.

En seguida fijó sus ardientes miradas en las cartas geográficas, planos y escritos que el ministro fué poniendo sucesivamente á su vista.

El rey encendió varias bujías y comenzó á escribir y á señalar con puntos las mencionadas cartas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — murmuró Chicot, — hé aquí la buena noche del rey de Navarra. ¡ Ira de Dios ! Si todas se parecen á esta, nada tendrá de particular que Enrique de Valois pase algunas malas.

Al mismo tiempo oyó pasos detrás de él: era el paje que le esperaba en la galería por orden del rey.

Temiendo ser sorprendido si permanecía escuchando por más tiempo, se separó de la puerta y preguntó al paje por el aposento que se le había destinado.

Por otra parte, nada le quedaba ya por saber, pues la aparición de Duplessis le había enterado de todo.

— Seguidme si gustáis, caballero, — le dijo
m. 40.

d'Aubiac, — pues tengo el encargo de conducirlos á vuestro cuarto.

Y en efecto llevó á Chicot al segundo piso, en el cual se había preparado una habitación.

No había ya para Chicot la menor duda, pues conocía la mitad de las letras que componían aquel enigma llamado rey de Navarra. Así pues, en vez de dormirse se sentó en la cama triste y pensativo: en tanto que la luna, blanqueando los ángulos agudos de las azoteas, derramaba como un aguamanil de plata su azulada luz sobre el río y sobre las inmediatas praderas.

— Vamos, vamos, — dijo Chicot; — Enrique es un verdadero rey, Enrique conspira: este palacio entero, su parque, la provincia á que pertenece la ciudad, todo esto es un foco de conspiración: todas las mujeres se dedican al amor, pero al amor político, y todos los hombres abrigan la esperanza del porvenir.

Enrique es astuto, su inteligencia se parece al genio: además, se entiende con la España, que es el país de las intrigas. ¡Quién me asegura que aquella respuesta noble al embajador no fué un medio de ocultar su pensamiento, y que el emba-

jador no estaba enterado por cualquiera seña ó por otra convención tácita, de la cual no podía yo enterarme!

Enrique paga espías, cuyos sueldos corren por su cuenta ó por la de algún agente suyo: aquellos mendigos no eran ni más ni menos que caballeros disfrazados; y las piezas de oro tan artísticamente cortadas, prendas de reconocimientos, contraseñas materiales y palpables.

Enrique tinge hallarse loco de enamorado, y mientras se le cree ocupado en los placeres, pasa las noches trabajando con Mornay, que nunca duerme y que desconoce el amor.

Ya he visto, pues, todo cuanto tenía que ver.

La reina Margarita tiene amantes, y el rey lo sabe, los conoce y los tolera, porque todavía tiene necesidad de ella ó de ellos y tal vez de todos á un tiempo. Como no es hombre de armas tomar, es preciso que reclute capitanes, y como tiene poco dinero se halla en el caso de permitirles que se paguen en la moneda que mejor puede convenirles.

Enrique de Valois me aseguraba que no dormía, y por Dios vivo y trino que hará muy bien en no dormirse.

Por fortuna este pérfido Enrique es todavía un buen caballero; al cual ha concedido Dios el genio de la intriga negándole el de la iniciativa. Enrique, según se asegura, tiene miedo á los mosquetazos, y aun se cuenta que cuando, joven aun, fué conducido al ejército, solo podía mantenerse á caballo por espacio de un cuarto de hora.

Y esta no es poca felicidad, porque en los tiempos que alcanzamos, si este hombre uniese la fuerza de acción al talento de la intriga, se haría dueño del mundo.

Existe ciertamente un Guisa que posee las dos cosas, la intriga y el brazo, ó sea la fuerza, pero tiene la desventaja de que todos saben que es hábil y valiente, al paso que nadie desconfía del Bearnés.

Yo soy únicamente quien ha llegado á conocerle á fondo.

Y Chicot al decir esto se restregó las manos.

— Pues bien, — añadió, — ya que he llegado á conocerle, nada tengo que hacer aquí, y por consiguiente mientras él duerme ó trabaja voy á abandonar la ciudad tranquilo y sosegado.

— Se me figura que hay pocos embajadores que

puedan vanagloriarse de haber cumplido terminantemente su misión en un solo día: yo he hecho este milagro.

— Saldré, pues, de Nerac; y una vez puesto en camino, galoparé hasta Francia.

Dijo, y comenzó á calzarse las espuelas que se había quitado poco antes de presentarse al rey.



XII.

De lo que se admiró Chicot, viendo que era tan popular en la ciudad de Nerae.

Habiendo resuelto Chicot dejar de incógnito la ciudad de Nerae, comenzó á hacer sus preparativos de viaje, disponiendo su maleta.

La simplificó lo mejor que pudo, teniendo por principio que se camina mejor cuanto menos peso se lleva.

Seguramente su espada era la cosa más pesada del equipaje que llevaba.

— Veamos, ¿ cuánto tiempo se necesita, — se preguntaba Chicot á sí mismo mientras componía su paquete, — para hacer llegar al rey la noticia de lo que he visto, y por consiguiente de lo que temo ?

Dos días para llegar á una ciudad desde la cual un buen gobernador haga partir un correo á toda brida.

Que esta ciudad sea Cahors, por ejemplo; Cahors de que el rey de Navarra habla tanto, y que ocupa su espíritu con tanta razón.

Estando allí podré descansar, porque al fin las fuerzas del hombre no pasan de cierta medida.

Descansaré, pues, en Cahors, y los caballos correrán por mí.

Vamos, amigo Chicot, ¿ piernas, ligereza y sangre fría ! ¿ Tú creías haber cumplido toda tu misión ! ¿ Tonto !... Todavía no estás más que á la mitad.

Dicho está, Chicot apagó su luz, abrió la puerta lo más despacio que pudo, y se puso en marcha á tientas.

Era sin duda Chicot un estratégico sumamente hábil, y además, cuando subió al cuarto guiado

por de Aubiac, había dirigido una mirada hacia la izquierda, otra á la derecha, otra de frente y otra á retaguardia, examinando todas las localidades.

Todo se reducía á una antecámara, un pasadizo y una escalera que conducía al patio.

Pero no bien había Chicot dado cuatro pasos en la antecámara, cuando tropezó con un bulto que al momento se puso en pie.

Este bulto era un paje acostado sobre la estera de la antecámara, fuera del cuarto de Chicot, y que, despertado por él, comenzó á decir :

— ¡ Eh ! Buenas noches, señor Chicot, buenas noches.

Chicot reconoció á de Aubiac.

— Buenas noches, señor de Aubiac, — dijo Chicot; — pero retiraos un poco, si os place: tengo ganas de pasearme.

— No hay más inconveniente sino que está prohibido en palacio pasearse de noche.

— ¿ Y por qué, señor de Aubiac ?

— Porque el rey teme á los ladrones, y la reina á los galanes.

— ¡ Diablo !

— Así pues, nadie más que los ladrones y los galanes pueden pasearse aquí de noche en vez de dormir.

— Sin embargo, querido señor de Aubiac, — dijo Chicot con encantadora sonrisa, — yo no soy ni lo uno ni lo otro: yo soy embajador, y embajador muy cansado de haber hablado latín con la reina y cenado con el rey, porque la reina es una terrible latinista y el rey un terrible bebedor; dejadme, pues, salir, amigo mío, porque deseo y necesito pasearme.

— ¿Por la ciudad, señor Chicot?

— ¡Oh, no! Por los jardines.

— ¡Diablo! Por los jardines, señor Chicot, está más prohibido que por la ciudad.

— ¿Sabéis, amigo mío, — dijo Chicot, — que para vuestra edad sois demasiado vigilante? ¿No pensáis en alguna distracción?

— En ninguna.

— ¡Conque no sois jugador ni enamorado?

— Para jugar se necesita dinero, señor Chicot, y para estar enamorado se necesita una querida.

— Seguramente, — dijo Chicot registrando su

bolsillo, operación que miraba el paje con la mayor atención y curiosidad.

— Buscad bien en vuestra memoria, mi querido amigo, — le dijo, — y apuesto cualquiera cosa á que no dejáis de hablar alguna mujer encantadora á quien regalar cintas y festejar con esto, que os suplico aceptéis de mi mano.

Y Chicot deslizó en la del paje diez doblones que no estaban recortados como los del Bearnés.

— Bien se conoce, señor Chicot, — dijo el paje, — que venis de la corte de Francia: tenéis unos medios de persuasión á que nadie puede resistir; salid, pues, de vuestro cuarto, pero os encargo que no hagáis ruido.

Chicot no dió lugar á que se lo dijeran dos veces: se deslizó como una sombra por el corredor, y desde el corredor pasó á la escalera; pero al llegar al peristilo, halló á un oficial de palacio que dormía sentado en una silla. Este hombre cerraba la puerta con el mismo peso de su cuerpo, y locura insigne hubiera sido intentar el paso.

— ¡Ah! bribonzuelo de paje, — murmuró Chicot, — bien sabías esto, y no has querido advertirme!

Para colmo de desgracia, el oficial tenía, al parecer, el sueño muy ligero, pues movía sin cesar con sobresaltos nerviosos tan pronto un brazo como una pierna, y aun una vez estiró los brazos como si fuera á despertarse.

Chicot buscó en torno suyo alguna salida cualquiera por donde, merced á sus piernas largas y á un puño sólido, pudiese evadirse sin pasar por la puerta.

Al fin descubrió lo que deseaba: una de esas ventanas cimbradas en forma gótica, y la cual había quedado abierta, bien para dejar penetrar el aire, bien porque el rey de Navarra, propietario muy poco cuidadoso, no había juzgado á propósito renovar los vidrios.

Chicot reconoció la pared con sus dedos, calculó á tientas cada espacio comprendido entre los salientes de la ventana, y se sirvió de ellos para poner el pie como si fueran escalones. Trepóse al fin sobre la ventana con la destreza y agilidad que ya conocen nuestros lectores, sin hacer más ruido que el que hubiera hecho una hoja seca rozando la pared á impulsos del viento de otoño; mas la convexidad de la imposta era tan desproporcionada, que la elipse

no era igual á la del vientre y hombros de Chicot, á pesar de estar ausente el vientre, y de que los hombros, ligeros como los de un gato, parecían dislocarse y fundirse en las carnes para ocupar ménos espacio.

De aquí resultó que cuando Chicot pasó la cabeza y un hombro, y retiró su pie del muro saliente, se halló colgado entre el cielo y la tierra sin poder retroceder ni avanzar. Entonces dió principio á una serie de esfuerzos, cuyo primer resultado fué desgarrar su ropilla y arañarse el pellejo: pero lo que hacía más difícil y crítica su situación era la espada, cuya empuñadura no quería pasar, haciendo una grapa interior que le retenía pegado al marco de la imposta.

Chicot reunió todas sus fuerzas, toda su paciencia y toda su industria para desatar la hebilla de su cinturón; pero precisamente sobre esta hebilla descansaba el pecho, y le fué preciso cambiar de postura: logró pasar su brazo por detrás de la espalda y sacar la espada de la vaina, y una vez fuera la espada, fué más fácil hallar, gracias á aquel cuerpo anguloso, un intersticio por donde se deslizó la empuñadura; la espada, pues, fué á caer

la primera sobre las baldosas, y deslizándose Chicot por la abertura como un ánguila, la siguió amortiguando su caída con sus dos manos...

A pesar del sumo cuidado que había puesto Chicot para ejecutar aquella maniobra sin ruido, no le fué posible, y al levantarse del suelo se halló cara á cara con un soldado.

— ¡Dios mío! ¿Os habéis hecho daño, señor Chicot? — le preguntó éste presentándole la alabarda para que le sirviera de apoyo.

— ¡Otro contratiempo! — dijo para sí Chicot, y pensando después en el interés que aquel buen hombre le había manifestado, contestó:

— No, amigo mío, no me he hecho daño.

— No es poca suerte, — dijo el soldado: — desafío á otro cualquiera á que haga semejante cosa sin romperse la cabeza; en verdad, señor Chicot, que solo vos sois capaz de semejante empresa.

— ¿Pero cómo diablos sabes mi nombre? — preguntó Chicot sorprendido y tratando de pasar.

— Lo sé, porque os he visto hoy en palacio, y al preguntar quién era el apuesto caballero que hablaba con el rey, me contestaron que el señor Chicot.

— No se puede ser más galante, — dijo Chicot; — pero como tengo prisa, amigo mío, permitirás...

— ¿Qué, señor Chicot?

— Que te deje y vaya á mis asuntos.

— Lo siento mucho, señor, pero tengo la consigna de no dejar salir á nadie de palacio durante la noche.

— Ya ves que se puede salir, puesto que yo he salido.

— Esa es una razón, bien lo sé; pero...

— ¿Pero?

— Que volveréis á entrar, y nada más, señor Chicot.

— ¡Ah! no.

— ¿Cómo no?

— Por allí á lo menos: el camino es demasiado malo.

— Si fuera oficial en vez de ser soldado, os preguntaría por qué habéis salido por allí, pero esto no me toca á mí; lo que me corresponde es que os volváis adentro. Os ruego, señor Chicot, que lo hagáis como os lo digo.

El soldado empleó en su súplica tal acento de

persuasión, que este acento enterneció á Chicot, y en su consecuencia metió la mano en el bolsillo y sacó diez doblones.

— Eres demasiado económico, amigo mío, — le dijo, — para no comprender que puesto que mi ropa ha quedado como ves por haber pasado por allí, sería mucho peor si volviera á pasar por el mismo sitio, pues acabaría de romper mi vestido y tendría que andar desnudo, cosa que sería muy indecente en una corte donde hay tantas mujeres jóvenes y lindas, empezando por la reina: déjame, pues, pasar para ir á casa del sastre, amigo mío.

Y diciendo así le puso los diez doblones en la mano.

— Pero pasad pronto, señor Chicot, pasad pronto, — dijo el soldado guardándose el dinero.

Cuando Chicot se halló en la calle procuró orientarse bien, y vió que había andado toda la ciudad para llegar á palacio; tenía que seguir el camino contrario, puesto que debía salir por la puerta opuesta á la por donde había entrado. Como la noche estaba clara y no era favorable para una evasión, Chicot echaba de menos las buenas noches nebulosas de Francia, que en aquella hora per-

mitian transitar por las calles de París á cuatro pasos uno de otro sin verse; además, sus zapatos claveteados resonaban sobre los guijarros como herraduras de caballo.

Apenas volvió la esquina de la calle el desventurado embajador, se encontró manos á boca con una patrulla; pero inmediatamente se paró reflexionando que se haría sospechoso si trataba de evadirse ó forzar el paso.

— Buenas noches, señor Chicot, — dijo el jefe de la patrulla saludándole con la espada: — ¿queréis que os acompañemos á palacio, si es que os habéis extraviado y buscáis vuestro camino?

— ¡Diablo! todo el mundo me conoce aquí, — murmuró Chicot. — ¡Pardiez! ¡qué cosa más extraña!

En seguida añadió en voz alta y con el aire más desembarazado del mundo:

— No, señor alférez, os equivocáis, no voy á palacio.

— Hacéis mal, señor Chicot, — respondió gravemente el oficial.

— ¿Y por qué, señor?

— Porque un edicto muy severo prohíbe á los

habitantes de Nerac salir de noche, á no ser en caso de urgente necesidad, sin permiso y sin linterna.

— Permitidme que os diga, — replicó Chicot, — que esa disposición no puede hablar conmigo.

— ¿Y por qué no?

— Porque no soy de Nerac.

— Sí, pero estáis en Nerac... Habitante no quiere decir que es de... sino que vive en... Y no me negaréis que vivís en Nerac, puesto que os encuentro en las calles de Nerac.

— Sois lógico, señor, pero desgraciadamente tengo prisa, y os suplico que cometáis una leve infracción de vuestra consigna y me dejéis el paso libre.

— Vais á perderos, señor Chicot; Nerac es una ciudad tortuosa; necesitáis que os guíen; permitid que algunos de mis soldados os acompañen hasta palacio.

— Ya os he dicho que no voy á palacio.

— ¿Pues adónde vais?

— Cuando no puedo dormir de noche me paseo. Nerac es una ciudad encantadora, según me ha parecido, y quiero verla y estudiarla.

— Os acompañarán á donde guestéis, señor Chicot. ¡Hola, tres hombres!

— Os suplico, caballero, que no me privéis de la parte pintoresca de mi paseo; me gusta ir solo.

— Os asesinarán los ladrones.

— Tengo mi espada.

— ¡Ah! es cierto: no la había visto; entonces seréis arrestado por el preboste por llevar armas.

Chicot vió que no había medio de salir de su apuro por medio de sutilezas, y llevándose aparte al oficial, le dijo:

— Siendo joven como sois, caballero, debéis saber que el amor es un tirano imperioso.

— Es cierto, señor Chicot, es cierto.

— Pues bien, mi alférez, el amor me abrasa, y tengo que visitar á cierta dama.

— ¿Dónde?

— En cierto barrio.

— ¿Joven?

— Veinte y tres años.

— ¿Bella?

— Como los amores.

— Os felicito por ello, señor Chicot.

— Bien, en ese caso me dejaréis pasar.
 — ¡ Diablos ! ¿ Parece que hay urgencia ?
 — Urgencia, sí, decid bien, señor, es la palabra que conviene.

— Pasad.

— Pero solo, ¿ no es verdad ? ¿ Ya conoceréis que no pudo comprometer ?...

— ¡ Cómo pues !... Pasad, señor Chicot, pasad.

— Sois muy galante, mi alférez.

— ¡ Señor !

— Sí, pardiez, ese es un buen rasgo. Pero veamos, ¿ cómo me conocéis ?

— Os he visto en palacio con el rey.

— ¡ Hé aquí lo que son las poblaciones pequeñas ! — dijo para sí Chicot ; — si fuera posible que en París me conocieran como aquí, ¿ cuántas veces habría sacado agujereada la piel en vez del jubón !

Y apretó la mano del joven oficial, que le dijo :

— Á propósito, — volvió á decir el oficial, — de qué lado vais ?

— Del lado de la puerta de Agen, — contestó Chicot.

— Cuidado con extraviarse.

— ¿ No estoy en el camino ?

— Seguramente, seguid todo derecho, y desco que no tengáis algún mal encuentro.

— Gracias, — contestó Chicot, y partió más isto que nunca.

Á los cien pasos se encontró con la ronda.

— ¡ Pártame un rayo ! — exclamó Chicot, — si jamás he visto ciudad mejor guardada.

— Alto, — gritó el preboste con una voz de trueno.

— Pero, señor, — respondió Chicot, — quisiera, sin embargo...

— ¡ Ah, señor Chicot ! ¿ es usted ? ¿ Cómo es que anda usted recorriendo las calles en una noche tan fría ?

— Vamos, — murmuró Chicot, — se ha propuesto ganarme la partida.

Y haciendo un saludo trató de proseguir su camino.

— ¡ Cuidado, cuidado, señor Chicot, — le dijo el preboste.

— ¡ Cuidado ! ¿ Y de qué, señor magistrado ?

— Me parece que equivocáis el camino, pues os dirigís hacia las puertas.

— Precisamente.

— En ese caso debo arrestaros, señor Chicot.

— De ningún modo, señor preboste, porque haría usted un solemne disparate.

No hay remedio.

— Acercaos un poco para que esa gente no oiga lo que voy á deciros.

Hizolo así el preboste murmurando:

— Ya os escucho.

— El rey me ha dado una comisión para el comandante de la puerta de Agen.

— ¡ Ah ! — exclamó el preboste sorprendido.

— ¿ Os admira eso ?

— Sí.

— Pues nada tiene de particular, supuesto que me conocéis.

— Os conozco en efecto, porque os he visto con el rey en palacio.

Chicot dió una patada, pues empezaba ya á impacientarse, y replicó:

— Eso debe bastar para probaros que poseo la confianza de S. M.

— Sin duda, sin duda; id pues á cumplir la orden del rey, señor Chicot; ya no os arresto.

— Esto es extraño, pero divertido al mismo tiempo, — pensó Chicot; — detienen mi viaje, pero al fin voy venciendo los obstáculos. Hé allí una puerta que debe ser la de Agen; en cinco minutos me hallaré fuera de ella.

Llegó efectivamente á la puerta, en la que había un centinela paseándose de derecha á izquierda armado con su mosquete.

— Perdonad, amigo, — le dijo Chicot. — ¿ Queréis mandar que me abran la puerta ?

— Yo no mando, señor Chicot, — respondió el centinela con agrado, — porque no soy más que un simple soldado.

— ¡ Tú también me conoces ! — gritó Chicot exasperado.

— Tengo ese honor, señor Chicot, porque estaba esta mañana de guardia en palacio y os he visto hablar con el rey.

— Bien, amigo mío, pero ya que me conoces, es preciso que sepas una cosa.

— ¿Cuál ?

— Que el rey me ha encargado una comisión para la ciudad de Agen, y así puedes abrir únicamente el postigo.

— Lo haría con mucho gusto, señor Chicot, pero el caso es que no tengo las llaves.

— ¿Quién las tiene?

— El oficial de guardia.

— Chicot lanzó un suspiro, y preguntó:

— ¿En dónde está el oficial?

— ¡Oh! pronto vendrá! no os impacientéis por tan poca cosa.

El centinela tiró de la cuerda de una campana, cuyo sonido despertó al oficial que descansaba en su cuarto.

— ¿Qué hay? — refunfuñó el oficial asomando la cabeza por la ventana,

— Mi teniente, este caballero desea que se abra la puerta para salir al campo.

— ¡Ah, señor Chicot! Perdonadme si os hago esperar; al momento estaré á vuestras órdenes.

Chicot se mordió las uñas con el furor de un tigre.

— ¿Es posible que no encuentre yo un hombre que no me conozca? Esta ciudad maldita es un farol, y yo soy la luz.

El oficial se presentó á poco rato junto á la puerta.

— Disimulad la tardanza, señor Chicot, — le dijo, — pues estaba dormido.

— Caballero, — contestó Chicot: — la noche se ha hecho para dormir y no debéis darme satisfacción alguna; pero ¿tendréis la bondad de disponer que se abra la puerta? Por desgracia no puedo hacer yo lo que vos hacéis; no puedo dormir, pues el rey... supongo que tampoco ignoráis que el rey me conoce.

— Os he visto hablar en palacio con S. M.

— Eso es, eso es, canción general, — murmuró Chicot; — por supuesto que aunque me habéis visto hablar con el rey, no escuchasteis lo que hablabamos.

— No, señor Chicot; yo siempre digo lo que sé y nada más.

— Lo mismo que hago yo. Es pues el caso que el rey me ha mandado vaya esta noche á Agen á cumplir con una comisión, y como esta es la dirección, si no me engaño... ¿Eh?

— Sí, señor Chicot.

— Y como la puerta está cerrada.

— Ya lo estáis viendo.

— Deseo que la mandéis abrir.

— Con mucho gusto, señor Chicot. Athenas, Athenas, abre la puerta al señor Chicot; pronto... pronto.

Chicot abrió unos ojos como puños y respiró como el nadador que sale del agua al cabo de cinco minutos de inmersión.

La puerta rechinó sobre sus goznes, puerta del Paraíso para Chicot, que veía al otro lado de Nerac todas las delicias que puede disfrutar el hombre libre.

Saludó cordialmente al oficial y se dirigió hacia el arco.

— Adiós, — le dijo, — os doy las gracias.

— Adiós, señor Chicot, y buen viaje.

El enviado de Enrique III iba ya á traspasar la puerta cuando deteniéndole por el brazo el oficial, le dijo.

— Señor Chicot, soy el hombre más distraído del mundo, pues olvidaba pedirnos vuestro pase.

— ¡Cómo mi pase!

— Ciertamente; vos sois hombre de armas tomar y no podéis ignorar lo que es un pase. Pues bien, nadie puede salir sin él de una ciudad como Nerac, y mucho menos cuando el rey la habita.

— ¡Y quién debe firmar ese pase?

— El rey mismo, y supuesto que S. M. os envía á Agen, no habrá echado en olvido ese requisito indispensable.

— ¡Ah! ¡Dudáis por ventura de que sea yo un comisionado del rey? — exclamó Chicot furioso, pues al cabo se veía próximo á sucumbir, y la rabia le sugería el mal pensamiento de matar al oficial y al conserje, y huir en seguida, á riesgo de que le alcanzasen en su carrera cien balas de arcabuz.

— De nada dudo, señor Chicot, y mucho menos de lo que he tenido el honor de oír de vuestra boca, pero reflexionad que si el rey os ha dado esa comisión...

— En persona, caballero, en persona.

— Razón más poderosa todavía, supuesto que S. M. sabe que vais á salir...

— ¡Llévete dos mil demonios! — gritó Chicot.

— ¡Pues no lo ha de saber?

— Así pues, mañana tendré yo que entregar un permiso de salida al señor gobernador de la plaza.

— ¡Y quién es el gobernador?

— El señor de Mornay, que no se chancea cuando da una orden, señor Chicot, como ya debéis

conocer, y que me mandará fusilar con la mayor frescura si falto á mi deber.

Chicot empezaba á acariciar la empuñadura de su espada sonriéndose diabólicamente, cuando al volverse reparó en que la puerta estaba ocupada por una patrulla exterior, apostada allí expresamente para que Chicot no pudiese salir, aunque matase al oficial, al centinela y al conserje.

— Vamos, — murmuró suspirando: — han jugado bien contra mí, que soy un necio, y he perdido.

Y volvió las espaldas.

— ¿Queréis que se os acompañe á palacio, señor Chicot? — le preguntó el oficial.

— Gracias, no lo necesito, — respondió Chicot alejándose de la puerta. Su martirio no había cesado aun, pues volvió á encontrar al preboste, quien le preguntó:

— ¿Habéis cumplido ya la comisión, señor Chicot? ¡ Ira de Dios! Eso se llama tener actividad.

Poco después le detuvo la patrulla en la esquina de la calle, y le dijo su comandante:

— Buenas noches, señor Chicot: vamos, ¿y la dama de la cita? ¿Estáis contento de Nerac?

Por último, el soldado del peristilo, siempre de

centinela en su puesto, le disparó la última andanada:

— ¡Válgame Dios, señor Chicot, y qué mal os ha compuesto el sastre la ropilla! ¡ Si estáis más desgarrado que cuando de aquí salisteis!...

Chicot no quiso arriesgarse á dejar el pellejo como una liebre en la ventana de la cornisa; se tendió delante de la puerta y fingió de allí á poco que dormía.

La puerta se abrió por casualidad ó por caridad, y Chicot entró en palacio humillado y cabizbajo.

Su rostro demudado conmovió al paje, que permanecía en su sitio, el cual le dijo:

— Señor Chicot, ¿queréis que os dé la clave de todo esto?

— Dámela, viborezno, dámela, — murmuró Chicot.

— El rey os quiere tanto, que se empeña en reteneros.

— ¡Y lo sabías tú, ladronzuelo! ¡Y nada me has querido decir!

— Imposible, señor Chicot; era un secreto de Estado.

— Pero yo he comprado esta noche tus servicios, pícaro.

— El secreto valía más que diez piezas de oro, como podéis conocer, señor Chicot.

— Chicot entró en su aposento y se durmió de rabia.



XIII.

El montero mayor del rey de Navarra.

Al momento que Margarita se separó del rey, fué al cuarto de las damas de honor.

De paso había hecho llamar á su médico Chirac, que dormía en palacio, y entró con él en la cámara de las damas, donde la pobre Fosseuse, pálida y rodeada de ojos curiosos, se quejaba de dolores de estómago, sin querer ¡tan grande era su dolor! responder á ninguna pregunta ni aceptar ningún remedio.

Fosseuse tenía entonces de veinte á veinte y un

— Pero yo he comprado esta noche tus servicios, pícaro.

— El secreto valía más que diez piezas de oro, como podéis conocer, señor Chicot.

— Chicot entró en su aposento y se durmió de rabia.



XIII.

El montero mayor del rey de Navarra.

Al momento que Margarita se separó del rey, fué al cuarto de las damas de honor.

De paso había hecho llamar á su médico Chirac, que dormía en palacio, y entró con él en la cámara de las damas, donde la pobre Fosseuse, pálida y rodeada de ojos curiosos, se quejaba de dolores de estómago, sin querer ¡tan grande era su dolor! responder á ninguna pregunta ni aceptar ningún remedio.

Fosseuse tenía entonces de veinte á veinte y un

años : era alta, linda, con ojos azules, cabellos de oro, cuerpo flexible y lleno de gracia. Solamente que hacía tres meses que no salía, quejándose de cierta lasitud que la impedía levantarse : al principio estaba siempre sentada en un sillón grande y después acabó por no salir de la cama.

Chirac empezó por hacer salir á todos cuantos se hallaban presentes, y colocándose á la cabecera de la cama, se quedó solo con ella y con la reina.

Asustada Fosseuse de estos preliminares, á los que las dos fisonomías de Chirac y de la reina, la una impasible y la otra helada, no dejaban de dar cierta solemnidad, se incorporó sobre su almohadón y balbucó unas cuantas palabras de agradecimiento por el honor que le dispensaba la reina su señora.

Margarita estaba más pálida que Fosseuse, porque el orgullo herido es más doloroso que la crueldad ó la enfermedad.

Chirac tomó el pulso á la joven, aunque puede decirse que lo hizo contra su voluntad.

— ¿ Qué es lo que siente usted ? — la preguntó con un corto examen.

— Dolores de estómago, señor, — contestó la pobre niña ; — pero creo que no será nada, y si tuviera tranquilidad...

— ¿ Qué tranquilidad, señorita ? — preguntó la reina.

Fosseuse se echó á llorar.

— No os aflijáis, — continuó Margarita, — S. M. me ha rogado que venga á veros para tranquilizar vuestro espíritu.

— ¡ Oh ! ¡ cuántas bondades, señora !

Chirac soltó la mano de la enferma y dijo :

— Ya sé cuál es vuestra enfermedad.

— ¿ Lo sabe usted ? — murmuró Fosseuse temblando.

— Sí, sabemos que debéis sufrir mucho, — añadió Margarita.

Fosseuse continuaba asustada al considerar que se hallaba á merced de dos imposibilidades, la de ciencia y la de los celos.

Margarita hizo una seña á Chirac, el cual salió de la habitación. Entonces el miedo de Fosseuse se convirtió en temblor, y estuvo á punto de desmayarse.

— Señorita, — dijo Margarita, — aunque hace

algún tiempo que os conduciéis conmigo como una persona extraña, y á pesar de que todos los días me han dado cuenta de vuestros malos oficios para conmigo cerca de mi marido...

— ¡ Yo, señora ?

— No me interrumpáis. Aunque al fin habéis aspirado á un bien demasiado superior á vuestra ambición, la amistad que os tenía y la que he profesado siempre á las personas de honor á que pertenecéis me mueve á socorberos en la desgracia que ahora os affige.

— Señora, os juro...

— No neguéis: tengo ya demasiados pesares. Confesádmelo todo, y os serviré como una madre; tengo tanto interés como vos en vuestro honor, puesto que me pertenecéis.

— ¡ Oh ! ; Señora, señora ! ; Conque dais crédito á lo que dicen ?

— Os digo que no me interrumpáis, señorita, porque me parece que el tiempo urge. Quería deciros que en este momento el señor de Chirac, que sabe vuestra enfermedad, pues debéis tener presentes las palabras que acaba de deciros, se halla en las antecámaras, donde anuncia á todos

que la enfermedad contagiosa de que se habla en el país está en palacio, y que, según los síntomas, estáis amagada de ella. Sin embargo, yo, si es tiempo todavía, os llevaré al Mas de Agenois, que es una casa bastante separada del rey, mi marido; allí estaremos solas ó poco menos; el rey por su parte sale con su comitiva á una cacería en la que, según dice, pasará algunos días; no saldremos del Mas de Agenois hasta después de vuestro alumbramiento.

— ¡ Señora, señora ! — exclamó la Fosseuse encendido el rostro de vergüenza y de dolor, — si creéis todo lo que dicen de mí, ¡ dejadme morir miserablemente !

— Mal correspondéis á mi generosidad, señorita, y contáis también demasiado con la amistad del rey, que me ha suplicado que no os abandone.

— ¿ El rey ? ; Cómo ! ; Ha dicho el rey ?...

— ¡ Dudáis de lo que digo, señorita ? Yo si no viera los síntomas de vuestro mal, si no adivinara por vuestros dolores que se aproxima la crisis, acaso tendría fe en vuestras negativas.

En aquel momento, como para dar toda la razón

á la reina, la pobre Fosseuse, abrumada por los dolores de un mal furioso, volvió á caer livida y palpitante sobre su cama.

Margarita la contempló largo rato sin cólera, pero también sin lástima.

— ¿Queréis todavía que crea vuestras negativas, señorita? — dijo á la desgraciada enferma cuando ésta pudo levantarse y mostró levantándose un rostro tan desencajado y tan bañado en lágrimas que hubiera enternecido á la misma Catalina.

En aquel instante (como si Dios hubiese querido enviar su correo á la pobre niña) se abrió la puerta y el rey de Navarra entró precipitadamente.

Enrique, que no tenía para dormir las mismas razones que Chicot, no había dormido. Después de haber trabajado una hora con Mornay, y haber tomado durante esta hora todas las disposiciones para la partida de caza tan pomposamente anunciada á Chicot, corrió al pabellón que ocupaban las damas de honor.

— Y bien, ¿qué dicen? — dijo al entrar. — ¡Que mi hija Fosseuse sigue siempre enferma!

— ¿Veis, señora, — exclamó la joven á la vieta de su amante, y cobrando ánimo con el socorro

que le llegaba, — veis como el rey nada ha dicho, y que hago bien en negar?

— Señor, — interrumpió la reina dirigiéndose á Enrique, — os suplico que pongáis término á esta lucha humillante; creo haber comprendido hace poco que V. M. me honraba con su confianza revelándome el estado de esta señorita. Advertida, pues, que estoy al corriente de todo para que no se permita dudar cuando yo afirmo.

— Hija mía, — preguntó Enrique con una ternura que no intentó disimular, — ¿conque insistís en negar?

— El secreto no me pertenece, señor, — respondió la joven más alentada, — y mientras no reciba vuestro permiso para decirlo todo...

— Mi hija Fosseuse tiene muy buen corazón, señora, — replicó Enrique, — os suplico que la perdonéis, y vos, hija, tened confianza en la bondad de vuestra reina; el agradecimiento es cosa que me incumbe, y me encargo de él.

Al decir esto Enrique cogió la mano de Margarita y se la apretó con efusión.

En aquel momento, una nueva oleada de dolor acometió á la joven; cedió, pues, por segunda vez

á la tempestad, y doblada como una azucena inclinó su cabeza lanzando un sordo y doloroso gemido.

Enrique se enterneció sobremanera al ver aquella frente pálida, aquellos ojos llenos de lágrimas, aquellos cabellos húmedos y esparcidos, al ver, en fin, brotar de las sienes y de los labios de Fosseuse ese sudor de la angustia que parece próximo á la agonía.

Enajenado, fuera de sí y con los brazos abiertos, se precipitó hacia ella.

— ¡ Fosseuse, mi querida Fosseuse ! — murmuró Enrique arrodillado delante de su cama.

Margarita, entretanto, triste y silenciosa, fué á apoyar su frente abrasada contra los vidrios de la ventana.

Fosseuse tuvo fuerzas para levantar sus brazos y ceñirlos al cuello de su amante; en seguida pegó sus labios á los de Enrique creyendo que iba á morir, y que en este último beso daba á Enrique su alma y su adiós.

Después volvió á caer sin conocimiento.

Enrique, tan pálido con ella, inerte y sin voz como ella, dejó caer su cabeza sobre las sábanas de

su lecho de agonía, que parecía iba á ser pronto su mortaja.

Margarita se aproximó á aquel grupo, en que estaban confundidos el dolor físico y el dolor moral.

— Levantaos, señor, y dejadme cumplir el deber que me habéis impuesto, — dijo con majestad energética; — pero viendo que Enrique no recibía bien aquella manifestación, pues se contentó con levantar una rodilla del suelo, añadió :

— Nada temáis, señor : desde que mi orgullo es solo el ofendido, soy fuerte; si lo fuese también mi corazón, acaso no podría responder de mí; pero afortunadamente nada tiene que hacer mi corazón en todo esto.

Enrique enderezó la cabeza y dijo :

— ¿ Señora ?

— No digáis ni una palabra más, señor, — exclamó Margarita, — ó creeré que vuestra indulgencia ha sido un cálculo. Somos hermano y hermana; nos entenderemos.

Enrique la condujo hasta la cama, y puso en su mano calenturienta la helada de Fosseuse.

— Id, id á vuestra cacería, señor, — dijo la

reina; — cuanta más gente llevéis con vos, más miradas curiosas alejaréis del lecho de.... esta señorita.

— No he visto á nadie en las antecámaras, — dijo Enrique.

— En efecto no hay nadie, — replicó Margarita sonriéndose: — creen que está aquí la peste; apresuraos, pues, á ir á divertirlos en otra parte.

— Señora, — dijo Enrique, — ya me marchó, voy á cazar por los dos.

Y fijando una mirada tierna en Fosseuse, todavía desmayada, salió precipitadamente de la habitación.

Cuando se vió en las antecámaras sacudió la cabeza como para hacer caer de su frente un resto de inquietud; en seguida, risueño ya, como de costumbre, subió al cuarto de Chicot, que, según hemos dicho, dormía á pierna suelta.

El rey hizo abrir la puerta, y meneando fuertemente á Chicot:

— ¡Eh, eh! compadre, — dijo, — arriba: son ya las dos de la mañana.

— ¡Ah! Diablo, — dijo Chicot, — ¡me llamáis

compadre, señor? ¡ Por ventura me tomáis por el duque de Guisa.

En efecto, siempre que hablaba Enrique del duque de Guisa tenía la costumbre de llamarle su compadre.

— Os tomo por mi amigo, dijo el rey.

— ¡ Sin embargo me tenéis como un prisionero? ¡ Á mí, que soy un embajador? Señor, mirad que violáis el derecho de gentes.

Enrique se puso á reír, y Chicot, hombre de humor, sobre todo, no pudo menos de hacerle compañía.

— ¡ Estás loco? ¡ Por qué diablos querías marcharte de aquí? ¡ No estás bien tratado?

— Demasiado bien á fe mía, demasiado bien; se me figura que soy aquí un pavo que ceban en el corral. Todo el mundo me dice: « chiquito, chiquito, Chicot, ¡ qué mono es! » pero me cortan las alas y me cierran la puerta.

— Chicot, hijo mío, — dijo Enrique meneando la cabeza, — tranquilízate: no estás bastante gorro para mi mesa.

— Observo, señor, — dijo Chicot levantándose,

— que estáis muy alegre y animado esta mañana.
¿Qué noticias hay?

— ¡ Ah ! Voy á decirtelo. Que tenemos cacería, y siempre que salgo á caza estoy contento. ¡ Ea, fuera de la cama, compadre, fuera de la cama !

— ¡ Cómo ! ¿ me lleváis, señor ?

— Serás mi historiógrafo, Chicot.

— ¿ Tomaré nota de los tiros que disparen ?

— Justamente.

Chicot meneó la cabeza.

— ¡ Y bien ! ¿ qué tenéis ? — preguntó el rey,

— Tengo, — respondió Chicot, — que jamás he visto semejante alegría sin inquietud.

— ¡ Bah !

— Sí, es como el sol cuando...

— ¿ Cuando qué ?

— Nada, señor, sino que lluvia, relámpago y trueno no están lejos.

Enrique se acarició la barba sonriendo, y respondió :

— Si hay tempestad, Chicot, mi capa es grande y te cubrirá.

Saliendo después á la antecámara, mientras

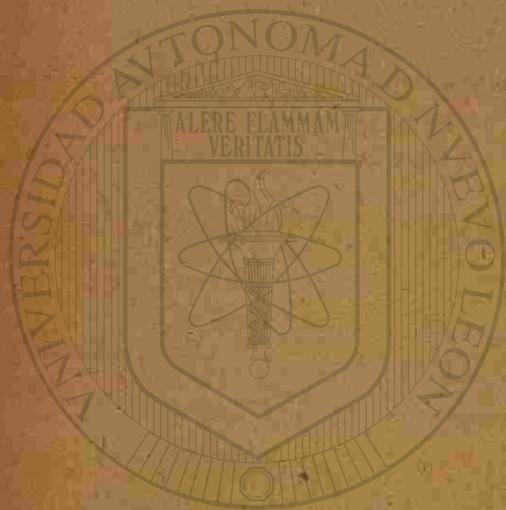
que Chicot se vestía refunfuñando, dijo al rey en voz alta :

— ¡ Mi caballo, y que digan á M. de Mornay que le espero !

— ¡ Ah ! — dijo Chicot, — ¿ es M. de Mornay el montero mayor de esta cacería ?

— M. de Mornay es aquí todo, Chicot, — respondió Enrique. — El rey de Navarra es tan pobre que no tiene el medio de dividir sus cargos en especialidades. No tengo más que un hombre.

— Sí, pero es bueno, — dijo Chicot suspirando.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE HISTÓRIAS

XIV.

Cómo se cazaban los lobos en Navarra.

Ghieot, al observar los preparativos de marcha, no pudo menos de decir á media voz que las cacerías del rey Enrique de Navarra eran menos suntuosas que las del rey de Francia.

Solo doce ó quince caballeros, entre los cuales reconoció al vizeconde de Turena, objeto de las disputas matrimoniales, formaban la comitiva de S. M.

Además como dichos caballeros solo eran ricos

en la apariencia, como no disfrutaban bastante renta para hacer gastos inútiles, ni aun útiles en algunas ocasiones, casi todos ellos llevaban yelmos y corazas, en vez de ostentar los trajes de caza que en aquella época estaban en boga; lo cual inspiró á Chicot la idea de preguntar si los lobos de Gascuña tenían en sus bosques mosquetes y artillería.

Enrique oyó la pregunta, aunque no se dirigía á él, y aproximándose á Chicot, le tocó en el hombro y le dijo:

— No, hijo mío, los lobos de Gascuña no tienen mosquetes ni artillería; pero son unas fieras terribles, armadas de buenas garras y dientes, que atraen á los cazadores entre la maleza, en donde se corre grande riesgo de que se desgarran los trajes contra los zarzales. Y si bien se puede desgarrar un traje de seda, ó terciopelo, y aun una ropilla de paño ó de búfalo, no sucede lo mismo á una coraza.

— No deja de ser una razón, — murmuró Chicot, — pero no muy convincente.

— ¿Qué quieres? — replicó Enrique, — no puedo darte otra mejor.

— Por consiguiente preciso es que me dé por satisfecho.

— Es lo mejor que puedes hacer, hijo mío.

— Pues sea así.

— Hé ahí un sea que revela una crítica interior, — repuso Enrique. — Estás enojado conmigo por haberte incomodado para ir á la caza.

— Sí, á fe mía.

— ¿Y haces comentarios?

— ¿Está prohibido hacerlos?

— No, amigo mío, no; los comentarios son moneda corriente en Gascuña.

— ¿Qué diantre! Debéis conocer, señor, que yo no soy cazador, — replicó Chicot; — y que necesito ocuparme de alguna cosa, puesto que nada tengo que hacer, mientras vos recreáis vuestros bigotes con el husmo de esos famosos lobos que os proponéis acosar entre los doce ó quince que sois.

— ¡Ah! sí, — dijo el rey sonriéndose con esta nueva pulla de Chicot, — primero los vestidos, ahora el número; burlate, burlate de nosotros, amigo mío.

— ¡Oh! ¿Señor?

— Pero permíteme que te diga que no eres indulgente, hijo mío; el Bearnés no es grande como la Francia; el rey, allá abajo, marcha siem-

pre con doscientos cazadores, y yo aquí salgo con doce como ves.

— Sí, señor.

— Pero, — continuó Enrique, — vas á creer que echo fanfarronadas, Chicot; no importa, te diré que muchas veces aquí, lo que no sucede allá abajo, al saber los nobles de aldea que salgo á cazar, abandonan sus casas y vienen á acompañarme, lo que en muchas ocasiones me proporciona una respetable escolta.

— Ya veréis, señor, como no tengo el honor de presenciar semejante cosa, — dijo Chicot, — decididamente estoy de desgracia.

— ¿Quién sabe? — respondió Enrique con su sonrisa chocarrera.

Después, cuando habían dejado atrás á Nerac y cuando llevaban poco más ó menos media hora de marcha:

— Aguarda, — dijo Enrique á Chicot, poniéndose la mano encima de los ojos como para forrar con ella una visera, — no, no, creo que me engaño.

— ¿Qué hay? — preguntó Chicot.

— Mira allá abajo, hacia las barreras del pueblo

de Moiras. ¿No es gente á caballo lo que veo?

Chicot se alzó sobre sus estribos, y dijo:

— ¡Pardiez! creo que tenéis razón.

— Y yo estoy seguro de ello.

— Hombres á caballo, sí, — dijo Chicot mirando con más atención; — pero cazadores, no.

— ¿Por qué no cazadores?

— Porque vienen armados como otros Rolandos y otros Amadis de Gaula, — respondió Chicot.

— ¡Eh! ¡qué importa el traje, mi querido Chicot! Ya puedes haberte convencido al vernos que el traje no hace el cazador.

— Pero, señor, — exclamó Chicot, — veo por la parte más corta doscientos hombres allá abajo.

— Y bien, ¿qué prueba eso, hijo mío? Que Moiras es un buen censo.

La curiosidad de Chicot se aumentaba cada vez más.

La partida, cuyo número había calculado en efecto Chicot en un guarismo muy bajo, pues se componía de doscientos cincuenta jinetes, se incorporó silenciosamente á la escolta; cada uno de los hombres que la formaban estaba bien montado, bien equipado, y la fuerza total venía mandada

por un hombre de buena presencia que se llegó á besar la mano de Enrique con urbanidad y respeto.

Pasaron el Gers por un vado, y entre este río y el Garona, en una hondonada, encontraron otra partida de cien hombres, cuyo jefe se acercó á Enrique y pareció excusarse por no haber podido reunir mayor número de cazadores: el rey acogió sus disculpas alargándole la mano.

Prosiguieron la marcha y llegaron al Garona, que atravesaron del mismo modo que el Gers; pero, como es más profundo que éste, perdieron tierra los caballos á las dos terceras partes del río, y fué preciso nadar unos treinta ó cuarenta pasos; á pesar de todo, pasaron á la opuesta orilla sin el menor accidente.

— ¡ Ira de Dios! — dijo Chicot. — ¡ En qué faenas me ejercitáis! Teniendo puentes más allá y más acá de Agen, ¿ os divertís en remojar de ese modo vuestras corazas?

— Mi querido Chicot, — contestó Enrique, — nosotros somos unos salvajes, y es preciso perdonarnos. No ignoras que mi hermano el difunto Carlos me llamaba su jabalí; pues bien, esta

fiera... pero tú no eres cazador y no puedes entenderme; el jabalí nunca se desvía, sigue derecho su camino; yo le imito, supuesto que llevo su nombre, y tampoco me separo del objeto que me propongo. Se presenta un río, lo paso sin rodeos; encuentro una ciudad delante mí, y por Cristo que me la trago como una empanada.

Esta broma del Bearnés produjo ruidosas carcajadas entre los que la oyeron.

El señor de Mornay, que no abandonaba el lado del rey, fué el único que no se rió con estrépito, contentándose con morderse los labios, lo cual en él era indicio de una hilaridad extravagante.

— Mornay está hoy de buen humor, dijo Enrique muy contento y en voz baja á Chicot, — pues acaba de reirse de mi chanzoneta.

Chicot se preguntó á sí mismo de cuál de los dos debía reirse, si del rey, que tan alegre se mostraba por haber hecho reir á su servidor, ó de éste, que con tanta dificultad consentía en reirse.

Pero, sobre todo, la admiración era entonces el sentimiento dominante de Chicot.

Al otro lado del Garona, como á media legua del río, aparecieron á los ojos de Chicot trescientos

hombres que estaban ocultos en un bosque de pinos.

— ¡Oh! ¡oh! señor! — dijo á Enrique. — ¿No serán esos hombres algunos envidiosos que habrán oído hablar de vuestra cacería y que tal vez intentan oponerse á ella?

— No, hijo mío, te engañas de medio á medio; son amigos que vienen de Puymirol; verdaderos amigos.

— ¡Por Cristo, señor! Vais á contar hoy más hombres en vuestro séquito que árboles en los bosques.

— Chicot, hijo mío, — replicó Enrique, — yo creo, y Dios me perdone el pensamiento, que se ha esparcido ya en el país la noticia de tu llegada, y que estos caballeros acuden de los cuatro puntos de mi reino para hacer los honores al rey de Francia, cuyo embajador eres.

Chicot tenía demasiado talento para dejar de conocer que hacía tiempo se burlaban de él.

Al oír las palabras del rey arrugó el entrecejo, pero no se incomodó.

La jornada dió fin en Monroy, punto en que los caballeros del distrito, como si de antemano hubie-

ran sabido que el rey de Navarra debía pasar por allí, le sirvieron una cena regalada, de la cual se aprovechó Chicot con entusiasmo, pues la comitiva no había juzgado conveniente detenerse en el camino para una cosa tan poco importante como comer, y por lo mismo nadie había probado cosa alguna desde que salieron de Nerac.

Se había dispuesto para Enrique la mejor casa de la ciudad; la mitad de la gente se acomodó en la calle y la otra mitad fuera de puertas.

— ¡Y cuándo empieza la caza? preguntó Chicot á Enrique al ver que éste mandaba que le sacasen las botas.

Todavía no hemos llegado al territorio de los lobos, mi querido Chicot, — contestó Enrique.

— ¡Y cuándo llegaremos?

— ¡Curioso!

— Nada de eso, señor, pero todo el mundo desea saber adónde va.

— Mañana lo sabrás, hijo mío: entretanto acuéstate en esos cojines que están á mi izquierda; ya ves cómo ronca Mornay á mi derecha.

— ¡Cáspita! Y tiene el sueño más estrepitoso que la risa!

— Es verdad, contestó Enrique; — es poco amigo de meter ruido, pero es de ver en las faenas de la caza, y ya lo verás.

No bien empezaba á amanecer cuando los relinchos de los caballos despertaron á Chicot y al rey de Navarra.

Un anciano caballero que quiso servir al rey en persona, le presentó una rebanada de pan con miel y el vino especiado de la mañana.

Mornay y Chicot fueron servidos por los eriaños del anciano caballero.

Concluido el desayuno se tocó bota-sillas.

— Vamos, vamos, — dijo Enrique, — porque hoy nos espera buena jornada; á caballo, señores, á caballo.

Chicot vió con el mayor asombro que se habían reunido á la cabalgata quinientos hombres más que llegaron por la noche.

— Señor, — dijo al rey: — esto no es una escolta ni un acompañamiento, sino un ejército hecho y derecho.

Enrique solo le contestó estas palabras:

— Espera, hombre, espera.

En Lauzerte se aumentaron las fuerzas con seiscientos hombres de infantería.

— ¡Infantería! — exclamó Chicot.

— Ojeadores, — respondió el rey; — nada más que ojeadores.

Chicot arrugó el entrecejo, y desde entonces no volvió á desplegar los labios.

Veinte veces se dirigieron sus miradas hacia el campo; es decir que le ocurrió veinte veces la idea de huir. Pero Chicot tenía su guardia de honor, sin duda en calidad de representante del rey de Francia; resultando de ahí que estaba tan bien recomendado á ella, como un personaje de la mayor importancia, y que no hacía un ademán que no fuese observado por diez hombres.

Esta circunstancia le desagradó, y habló al rey sobre ello.

— ¡Diantre! Tú tienes la culpa, hijo mío, has querido escabullirte en Nerac, y temo que aun quieras hacerlo.

— Señor, — respondió Chicot, — os doy mi palabra de caballero, de que ni siquiera lo intentaré.

— Enhorabuena.

— Además, haría yo muy mal.

— ¿Harías muy mal?

— Sí, porque, quedándome, espero ver cosas curiosas.

— Y bien; me alegro de que sea esa tu opinión, querido Chicot, porque también es la mía.

En aquel momento atravesaban la ciudad de Monteuq, y entraban en las filas del ejército cuatro cañones de campaña.

— Vuelvo á mi primera idea, señor, — dijo Chicot, — que los lobos de este país son unos lobos maestros, y que se les trata con miramientos desconocidos de los lobos ordinarios; ¡artillería para ellos, señor!

— ¿También has reparado en eso? — contestó Enrique. — ¿Qué quieres? Es una manía de los habitantes de Monteuq, á quienes he regalado para sus ejercicios esas cuatro piezas que compré en España, y que han pasado la frontera de contrabando: no saben ir sin ellas á parte alguna.

— En fin, señor, — murmuró Chicot, — ¿llegaremos hoy?

— No, mañana

— ¿Por la mañana ó por la noche?

— Por la mañana.

— De modo que vamos á cazar á Cahors, ¿no es esto?

— Hacia ese lado.

— Pero, señor, ya que lleváis infantería, caballería y artillería para cazar lobos, ¿cómo es que dejáis olvidado el estandarte real? No honráis completamente á esas nobles fieras.

— No permanece olvidado, Chicot. ¡Pues eso hubiera faltado, por vida mía! Lo que hay es que está en su funda para que no se aje. Pero ya que á toda costa, hijo mío, te hace falta un estandarte para saber bajo qué bandera militas, te lo vamos á enseñar. Desplegad mi bandera, — añadió el rey en alta voz, — pues el señor Chicot desea conocer las armas de Navarra.

— No, no; es inútil, — dijo Chicot; — dejadla en su sitio, que allí está bien.

Pasaron la segunda noche en Catus, casi lo mismo que habían pasado la primera. Desde que Chicot había dado su palabra de honor de no fugarse, ya no vigilaban sus pasos.

Dió un paseo por el pueblo, y se adelantó hasta

las avanzadas, notando que en todas direcciones llegaban á reunirse al ejército compañías de ciento, de ciento y cincuenta y de doscientos hombres, pues aquella noche se había destinado para la reunión de la infantería.

— Es una felicidad que no marchemos hasta París, — dijo Chicot, — pues á este paso llegaríamos á la capital con cien mil hombres.

Al día siguiente á las ocho de la mañana se hallaban á la vista de Cahors con mil infantes y dos mil caballos.

La ciudad estaba alerta y en estado de defensa, porque los exploradores habían alarmado al país obligando al señor de Vesins á tomar sus precauciones.

— ¡Hola! — dijo el rey, á quien Mornay comunicó esta noticia. — ¿Nos esperan, eh? Esto contraría un poco nuestros planes.

— Será preciso poner á la plaza sitio en regla, señor, — observó Mornay: — todavía deben llegarnos dos mil hombres poco más ó menos, y es cuanto necesitamos para contrabalancear las contingencias de la lucha.

— Reunamos el consejo, — añadió el señor de Turena, — y abramos las zanjas.

Chicot miraba atónito todos los preparativos y oía con el mayor asombro cuanto se hablaba.

La frente arrugada y pensativa del rey de Navarra confirmaba su pensamiento de que Enrique era hombre de pocos alcances militares, convicción que le tranquilizaba algún tanto.

Enrique dejó que todos hablasen, permaneciendo silencioso mientras emitían sucesivamente su opinión los que le rodeaban.

De pronto abandonó sus cavilaciones, irguió la frente, y dijo con acento de autoridad:

— Señores, hé aquí lo que ha de hacerse: tenemos tres mil hombres y esperamos dos mil, ¿no es esto, Mornay?

— Sí, señor.

— Total, cinco mil. Durante el sitio en regla nos matará el enemigo mil ó mil y quinientos en dos meses, lo cual desanimará á los demás obligándonos á levantar el sitio y á retirarnos: en la retirada perderemos mil hombres más, y quedarán reducidas á la mitad nuestras fuerzas. Sacrifi-

quemos de una vez quinientos hombres y tomemos á Cahors.

— ¿Pero cómo ha de hacerse? — preguntó Mornay al rey.

— Mi querido amigo, nos acercaremos sin vacilar á la puerta más inmediata: en nuestra marcha encontraremos un foso, que cegaremos con fajinas; allí caerán doscientos hombres, pero llegaremos á la puerta.

— ¿Y después?

— Haremos saltar la puerta con petardos, entraremos: me parece que la cosa no es muy difícil.

Chicot miró á Enrique asustado.

— Si, — murmuró entre dientes, — cobarde y vanidoso como un gascón. ¿Te atreverás tú á colocar los petardos al pie de la puerta?

Al mismo tiempo, y como si hubiese llegado á sus oídos el *aparte* de Chicot, añadió Enrique:

— No perdamos tiempo, señores, porque se nos puede enfriar el almuerzo: ¡adelante, adelante! y sígame quien bien me quiera.

Chicot se acercó á Mornay, á quién no había

tenido ocasión de dirigir una palabra durante el camino.

— Respondedme, señor conde, — le dijo al oído, — ¿deseáis por ventura perecer todos abrasados?

— Señor Chicot, es preciso que eso suceda para prepararnos á cosas mayores, — replicó Mornay con la mayor tranquilidad.

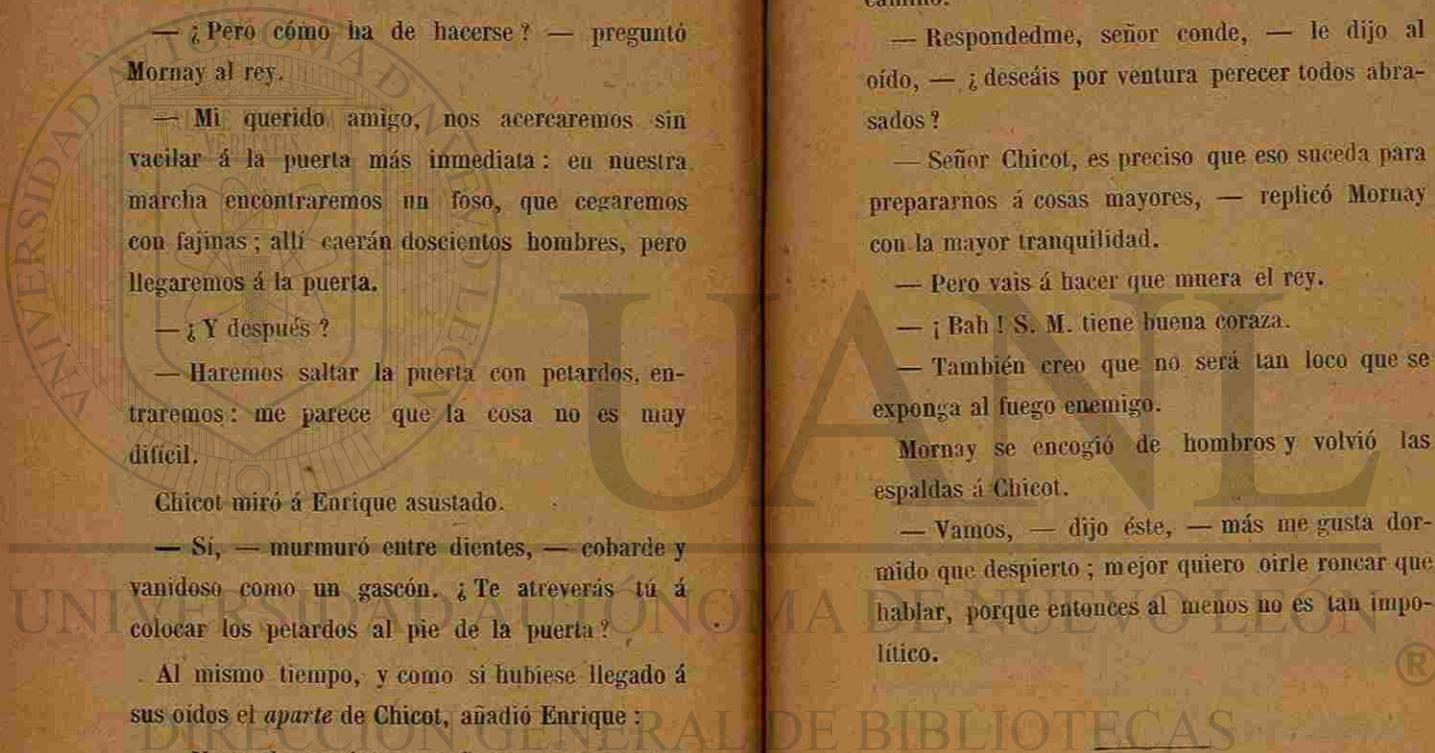
— Pero vais á hacer que muera el rey.

— ¡Bah! S. M. tiene buena coraza.

— También creo que no será tan loco que se exponga al fuego enemigo.

Mornay se encogió de hombros y volvió las espaldas á Chicot.

— Vamos, — dijo éste, — más me gusta dormido que despierto; mejor quiero oírle roncar que hablar, porque entonces al menos no es tan impolítico. ®





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV.

Cómo se portó el rey de Navarra la primera vez que se halló en un combate.

El pequeño ejército avanzó hasta situarse á dos tiros de cañón de la ciudad, y se detuvo para almorzar.

Después del almuerzo se concedieron dos horas de descanso á los oficiales y soldados.

A las tres de la tarde, es decir, como unas dos horas antes de anochecer, el rey mandó llamar á todos los oficiales á su tienda.

Enrique estaba muy pálido, y al paso que gesticulaba, temblaban sus manos tan visiblemente

que sus dedos parecían los de unos guantes puestos á secar.

— Señores, — dijo, — hemos venido á tomar á Cahors, y supuesto que solo hemos venido á eso, es preciso apoderarnos de esta ciudad; pero debemos apoderarnos de ella á viva fuerza, ¿lo oís? Es decir, oponiendo nuestros cuerpos al hierro y al fuego.

— No está mal dicho, — dijo mentalmente Chicot comentando el discurso, — y si el gesto no desmintiese las palabras, no podría exigirse más al mismo señor de Grillón.

— El mariscal de Birón, — prosiguió Enrique, — que ha jurado ahorcar hasta el último hugonote, se halla acampado á cuarenta y cinco leguas de aquí, y á estas horas es muy probable que haya recibido aviso del señor de Vesins noticiándole nuestra llegada á la vista de Cahors; de modo que dentro de cuatro ó cinco días amenazará nuestra retaguardia, y como tiene diez mil hombres, nos encontraremos entre él y la ciudad. Tomemos, pues, á Cahors antes que venga, y en seguida le recibiremos, como el señor de Vesins se prepara á recibirnos, aunque, según me figuro, con mayor

fortuna; en caso contrario tendrá al menos á su disposición buenos maderos católicos para ahorcar á los hugonotes, y no nos negaremos á proporcionarle esta satisfacción. ¡Ea, señores, á la obra! voy á ponerme á vuestra cabeza; y cuidado con descargar recios golpes, menudeándolos como si granizase!

Á esto se redujo la real alocución; pero su elocuencia parecía suficiente, pues los soldados contestaron con entusiastas aclamaciones y los oficiales con frenéticos bravos.

— Buen parlanchín, como gascón, — dijo Chicot en voz baja: — ¡fortuna tiene en que no se hable con las manos! pues habría tartamudeado bien. Pero ya le veremos en la obra.

Las tropas se movieron al punto á las órdenes de Mornay, para ocupar sus respectivas posiciones, y durante esta maniobra el rey se acercó á Chicot.

— Perdoname, amigo Chicot, — le dijo, — si te he engañado hablándote de cacerías, de lobos y de otras simplezas, pues he debido hacer lo que hago ahora, y esa ha sido siempre tu opinión, supuesto que repetidas veces me has dicho que el rey Enrique no quiere pagarme el dote de su hermana

Margarita, al paso que Margarita llora y suspira por poseer á Cahors. Ya sabes que es preciso hacer lo que quieren las mujeres, si ha de conservarse la paz en los matrimonios; por lo tanto, querido Chicot, voy á tratar de apoderarme de Cahors.

— ¿Cómo es que la reina no os pide que conquistéis la luna, ya que sois un marido tan complaciente? replicó Chicot picado ya de las bromas del Bearnés.

— Hubiera procurado darle gusto, Chicot, porque quiero tanto á Margarita...

— ¡Oh! Creo que Cahors os dará bastante que hacer, y deseo ver cómo salís del paso.

— Á ese punto quería yo precisamente ir á parar. Escucha, amigo Chicot: este momento es terrible y sobre todo desagradable: yo no confío mucho en mi espada, porque no soy valiente, y la naturaleza tiembla en mí á cada arcabuzazo. Chicot, amigo mío, no te hables demasiado del pobre Bearnés, que es al fin tu compatriota y buen camarada; si tengo miedo y lo notas, al menos no lo digas.

— ¿Si tenéis miedo, habéis dicho?

— Sí.

— ¿Conque teméis tener miedo?

— Sin duda.

— Pero, ¡ con mil demonios! ya que no sois guerrero ni por temperamento ni por carácter, ¿ por qué os metéis en esas danzas?

— ¡ Hombre! cuando es preciso...

— El señor de Vesins es un capitán terrible.

— Demasiado lo sé; por vida mía!

— Y á nadie da cuartel.

— ¿ Lo crees así, Chicot?

— Estoy segurísimo; poco le importan plumas blancas ó encarnadas, pues á todo responde ¡ fuego!

— Eso lo dices porque llevo penacho blanco.

— Sí por cierto, y como sois el único que lo usáis de ese color...

— ¿ Y qué?

— Os aconsejo que lo quitéis, señor.

— Es que como lo he puesto para que me reconozcan, resulta que si lo quito...

— ¿ Qué?

— Que no conseguiré mi objeto.

— Es decir, que á pesar de mi consejo...

— Dices bien, no puedo desprenderme de él.

Y al pronunciar estas palabras que indicaban una

resolución irrevocable, temblaba el rey mucho más que cuando arengaba á sus oficiales.

— Vamos, — dijo Chicot que nada comprendía de aquella manifiesta contradicción entre la palabra y el gesto, — vamos, todavía es tiempo, señor; no hagáis locuras. Es imposible que montéis á caballo en semejante situación.

— ¿ Conque estoy tan pálido, Chicot ?

— Como un muerto, señor.

— Bueno, — dijo el rey.

— ¡ Cómo bueno !

— Sí, sí, yo me entiendo.

Al mismo tiempo se dejó oír el estampido del cañón acompañado de furiosa mosquetería: así contestaba el señor de Vesins á la intimación de rendirse que le había hecho Duplessis-Mornay.

— ¡ Hola ! — dijo Chicot. — ¿ Qué os parece de esa música ?

— Que me ocasiona un frío insoportable en la médula de los huesos, — respondió Enrique: — ¡ vamos, caballo mío ! — añadió con duro y destemplado acento.

Chicot le contemplaba atónito sin poder comprender el extraño fenómeno que tenía á la vista.

Enrique montó á caballo, pero lo hizo en dos tiempos.

— Vamos, Chicot, — dijo en seguida, — á caballo tú también... Tú no eres tampoco hombre de armas tomar, ¿ eh ?

— No, señor.

— Pues bien, ven conmigo y tendremos miedo juntos; ven á ver el fuego, amigo mío, ven. ¡ Un buen caballo para el señor Chicot !

Este se encogió de hombros y montó sin pestañear un soberbio caballo español que le presentaron conforme á la orden que acababa de dar el rey.

Enrique partió al galope, Chicot le siguió, y al llegar al frente de su pequeño ejército, el rey levantó la visera de su casco.

— ¡ Desplegar la bandera ! ¡ Mi bandera nueva ! — gritó con voz temblorosa.

Sacaron de su funda la bandera nueva, que ostentaba el doble escudo de armas de Navarra y de Borbón, y la desplegaron majestuosamente al viento. Su fondo era blanco; y de un lado se veían las cadenas de oro sobre azul, y del otro las flores de lis de oro con el lambel cruzado.

— Hé ahí una bandera, — dijo Chicot aparte, — que temo ha de ser estrenada con poca fortuna.

En aquel momento, y como respondiendo al pensamiento de Chicot, oyóse el estampido del cañón de la plaza derribando una fila entera de infantería á diez pasos del rey.

— ¡ Ira de Dios! — exclamó éste. — ¡ Has visto eso, Chicot? Parece que la cosa va de veras.

Y sus dientes castañetearon.

— Se va á desmayar, — pensó Chicot.

— ¡ Ah! — murmuró Enrique. — ¡ Tienes miedo, maldito esqueleto! ¡ Tiemblas y te estremeces! ¡ Aguarda, aguarda! que te voy á hacer temblar con motivo!

Y metiendo ambas espuelas en los ijares de su caballo blanco, se adelantó á los jinetes, á la infantería y artillería, llegando á situarse á cien pasos de la plaza que parecía un infierno con el fuego de las baterías que disparaban sin cesar desde lo alto de las murallas con un estruendo como el de una horrasa, y que se reflejaba sobre su armadura como los rayos del sol en su ocaso.

Allí mantuvo inmóvil su caballo por espacio de

diez minutos, con la cara vuelta hacia la puerta de la ciudad, y gritando:

— ¡ Las fajinas! ¡ las fajinas con mil demonios!

Mornay le había seguido, con la visera levantada y espada en mano.

Chicot imitó á Mornay; había dejado que le pusieran una coraza, pero no desenvainó la espada.

Detrás de estos tres personajes, corrieron, exaltados por el ejemplo, los jóvenes caballeros hugonotes gritando furiosamente:

— ¡ Viva Navarra!

Á su frente marchaba el vizconde de Turena con una fajina sobre el pescuezo de su caballo.

Todos echaron su fajina en el foso del puente levadizo, y lo cegaron en un instante. En seguida, se arrojaron impetuosos los artilleros, y perdiendo treinta hombres de cuarenta, lograron colocar sus petardos bajo la puerta.

La metralla y la mosquetería silbaban como un huracán de fuego en torno de Enrique, y en menos de un minuto cayeron á su lado veinte hombres.

— ¡ Adelante! ¡ adelante! — gritó lanzando su caballo en medio de los artilleros.

Y llegó al foso en el momento de reventar el primer petardo abriendo la puerta en dos partes.

Los artilleros dieron fuego al segundo petardo, que abrió un nuevo boquete en la madera; pero en aquel instante salieron por la triple abertura veinte arcabuceros vomitando balas sobre los soldados y los oficiales.

Alrededor del rey caían hombres como espigas bajo la hoz del segador.

— Señor, — decía Chicot, sin pensar en sí mismo. — ¡ Por la Virgen Santísima! ¡ retiraos!

Mornay nada decía, pero no disimulaba el orgullo que le causaba su discípulo, y de vez en cuando trataba de cubrirle con su cuerpo; mas Enrique le separaba con un movimiento nervioso.

De repente sintió Enrique bañarse su frente de sudor y que sus ojos se obscurecían por una densa nube.

— ¡ Ah! ¡ maldita naturaleza, — gritó, — no se dirá que me has vencido!

Luego, apeándose, añadió con furor:

— ¡ Un hacha! ¡ un hacha!

Y con vigoroso brazo rechazó los cañones de los

arcabuces, hizo pedazos las cadenas y arrancó los enormes clavos de bronce.

En fin, se desprendió una viga, arrastrando consigo una de la puerta y un lienzo de la muralla, y al punto se precipitaron á la brecha cien hombres gritando:

— ¡ Navarra! ¡ Navarra! ¡ Cahors es nuestra!
¡ Viva Navarra!

Chicot no se había separado del rey, y ambos se hallaban bajo el arco de la puerta por donde Enrique había entrado de los primeros; pero á cada arcabuzazo temblaba y bajaba la cabeza.

— ¡ Por vida del demonio! — decía Enrique furioso. — ¡ Has visto nunca semejante cobardía, Chicot?

— No, señor, — replicó éste; — no he visto en mi vida uno tan cobarde como vos: es espantoso.

En este momento, los soldados de Vesins intentaron desalojar á Enrique y su vanguardia de la puerta que habían conquistado y de las casas inmediatas.

Enrique los recibió espada en mano, pero los sitiados triunfaron, y lograron arrojar al rey y su gente al otro lado del foso.

— ¡ Ira de Dios ! — exclamó el rey. — ¡ Parece que mi bandera recula ! ; En ese caso yo mismo la llevaré !

Y arrancando su bandera con sublime esfuerzo de manos del que la llevaba, la hizo ondear en el aire, y entró el primero en la plaza, medio envuelto en sus flotantes pliegues.

— ¡ Ten ahora miedo ! — decía. — ¡ Tiembla ahora, cobarde !

Las balas silbaban y se aplastaban contra su armadura con un ruido estridente, y agujereaban la bandera con un ruido seco y sordo.

Turena, Mornay y otros mil se arrojaron á la puerta siguiendo al rey.

El cañón de las murallas cesó, sus fuegos, porque la pelea debía ya decidirse frente á frente y cuerpo á cuerpo.

Se oyó en los muros ruido de armas, resonaron algunos tiros de arcabuz y de mosquetes, y por último, se presentó el señor de Vesins, gritando :

— ¡ Cortad las calles ! ; formad barricadas ! ; defendeos en las casas derribando tabiques !

— ¡ Oh ! — le dijo el señor de Turena, que estaba bastante cerca de él para oírle, — el sitio

de la ciudad se ha concluido, mi pobre Vesins.

Y como por via de apéndice á estas palabras, le disparó un pistoletazo con tanto acierto, que le hirió en un brazo.

— Te equivocas, Turena, te equivocas, — respondió el señor de Vesins, — porque Cahors necesita veinte sitios ; de modo que, si habéis dado fin á uno, os faltan diez y nueve.

El señor de Vesins se defendió cinco días y cinco noches de calle en calle y de casa en casa.

Felizmente para la naciente prosperidad de Enrique de Navarra, había coniado más de lo que debía en las murallas y en la guarnición de Cahors, de modo que no pensó en pasar aviso al señor de Birón.

Durante cinco días y cinco noches mandó Enrique cual consumado capitán y combatió como un soldado ; durante cinco días con cinco noches durmió algunos ratos sirviéndole de almohada una piedra, y siempre se despertó con hacha en mano.

De día se conquistaba una calle, una plaza, un barrio ; de noche procuraba la guarnición recobrar lo que durante el día había perdido.

Por último, la noche del cuarto ó quinto día,

cansado ya el enemigo, proporcionó algún reposo al ejército protestante. Enrique entonces le atacó con furor forzando un puesto atrincherado que costó setecientos hombres: casi todos los buenos oficiales quedaron heridos; el señor de Turena recibió un arcabuzazo en la espalda, y Mornay una pedrada en la cabeza, que pudo muy bien haberle dejado en el sitio.

El rey fué el único que salió ileso; al miedo que había experimentado en un principio, y que con tanta heroicidad había vencido, sucedió en su alma una agitación febril, una audacia casi insensata: todos los lazos de su armadura habían cedido tanto á sus propios esfuerzos como á los golpes de sus contrarios, y descargaba golpes tan terribles, que nunca hería á sus enemigos, sino que los mataba.

Forzado el último punto, entró el rey en la población seguido de su Chicot, que, silencioso y sombrío, contemplaba hacia ya cinco días con indecible desesperación el fantasma aterrador de una monarquía nueva que se levantaba para hundir la monarquía de los Valois.

— Vamos, ¿qué piensas? — le dijo el rey le-

vantando la visera de su casco y como si hubiese podido adivinar los pensamientos, que agitaban al pobre embajador.

— Señor, murmuró Chicot con tristeza, — estoy pensando en que sois un verdadero monarca.

— Y yo, señor, — exclamó Mornay, — digo que sois un imprudente. ¡Qué es eso! Sin guanteletes y con la visera alzada cuando todavía os hacen fuego de todas partes!... ¡Hé aquí aun que nos llega otra bala!

En efecto, una bala cruzó silbando sobre el casco de Enrique y tronchó una pluma de su cimera.

Al mismo tiempo, y como para confirmar la justicia de las observaciones de Mornay, se encontró el rey cercado por diez arcabuceros de la escolta particular del gobernador, quien los había emboscado en aquel sitio porque eran excelentes tiradores.

El caballo del rey quedó muerto en el acto y el de Mornay cojo.

El rey cayó, y diez espadas se desenvainaron contra él.

Chicot era el único que permanecía á caballo, pero se arrojó al suelo, se colocó delante del rey,

é hizo con su tizona un molinete tan rápido, que regularon los enemigos más próximos.

Levantando en seguida á Enrique, que se veía envuelto entre los arreos de su caballo, y llevándole al que el mismo Chicot montaba, le dijo :

— Señor, haréis presente al rey de Francia que si he desenvainado la espada contra él, á nadie he tocado con ella.

Enrique atrajo hacia sí á Chicot, y le abrazó llenándosele de lágrimas los ojos.

— ¡ Ira de Dios ! — le dijo, — serás mío, Chicot, y vivirás y morirás conmigo ; mi servicio es tan bueno como mi corazón.

— Señor, — contestó Chicot, — no puedo servir en el mundo á nadie más que á mi príncipe. ¡ Ah ! su estrella va eclipsándose ; pero seré fiel á su adversa fortuna, ya que no he querido participar de la próspera : dejadme, pues, servir y amar á mi rey mientras viva : pronto seré ya el único que le acompañe, y no debéis envidiarle su último servidor.

— Chicot, — replicó Enrique, — os repito mi promesa : sois para mí una persona querida y sa-

grada, y después de Enrique de Francia os quedará siempre Enrique de Navarra por amigo.

— Sí, señor, sí, — respondió solamente Chicot besando con respeto la mano del rey.

— Ya lo estás viendo, amigo mío, — añadió éste : — Cahors está en mi poder ; tal vez ese Vesins hará perecer toda su gente ; pero estoy resuelto también á que quede sepultada aquí toda la mía primero que retirarme.

Aquella amenaza era inútil : Enrique no temía necesidad de obstinarse por más tiempo, pues sus tropas, guiadas por el señor de Turena, acababan de acorralar á la guarnición, y el señor de Vesins estaba prisionero.

La ciudad por consiguiente quedó conquistada.

Enrique cogió á Chicot de la mano y le condujo á una casa incendiada y acerbillada á balazos que le servía de cuartel general : allí dictó á Mornay una carta que Chicot debía llevar al rey de Francia.

Dicha carta estaba redactada en mal latín, y concluía con estas palabras :

Quod mihi dixisti profuit multum. Cognosco meos devotos : nosce tuos. Chicotus cætera expediet.

Que quería decir :

« He sacado mucho provecho de lo que me dijiste. Conozco á los que me son fieles: conoce á los que lo son para ti. Chicot te explicará lo demás. »

— Y ahora, amigo Chicot, — dame un abrazo, y cuidado con que te manches, porque ¡ Dios me perdone! estoy lleno de sangre como un carnicero. De buen grado te ofrecería una parte de la caza que hemos hecho, si no leyera en tus ojos que te negarías á tomarla; pero hé aquí mi sortija, Chicot; tómalala, pues lo exijo, y vete, supuesto que no te detengo más: vete, vete á Francia, en cuya corte excitarás gran curiosidad refiriendo lo que has visto.

Chicot aceptó la sortija y salió de Cahors, pero tardó tres días en persuadirse que no era un sueño cuanto le había pasado, del cual no despertaría en París al ver las ventanas de su casa, delante de la cual daba el señor de Joyeuse magníficas serenatas.

XVI.

De lo que pasaba en el Louvre casi al mismo tiempo que Chicot entraba en la ciudad de Nerac.

La necesidad en que nos hemos ballado de seguir á nuestro amigo Chicot hasta el fin de su espinosa comisión, nos ha distraído largo tiempo, y por ello pedimos mil perdones á nuestros lectores, separados del palacio del Louvre.

Sin embargo, no sería justo que olvidásemos por más tiempo los detalles de la empresa de Vincennes, y la persona que había sido el objeto de ella.

« He sacado mucho provecho de lo que me dijiste. Conozco á los que me son fieles: conoce á los que lo son para ti. Chicot te explicará lo demás. »

— Y ahora, amigo Chicot, — dame un abrazo, y cuidado con que te manches, porque ¡ Dios me perdone! estoy lleno de sangre como un carnicero. De buen grado te ofrecería una parte de la caza que hemos hecho, si no leyera en tus ojos que te negarías á tomarla; pero hé aquí mi sortija, Chicot; tómalala, pues lo exijo, y vete, supuesto que no te detengo más: vete, vete á Francia, en cuya corte excitarás gran curiosidad refiriendo lo que has visto.

Chicot aceptó la sortija y salió de Cahors, pero tardó tres días en persuadirse que no era un sueño cuanto le había pasado, del cual no despertaría en París al ver las ventanas de su casa, delante de la cual daba el señor de Joyeuse magníficas serenatas.

XVI.

De lo que pasaba en el Louvre casi al mismo tiempo que Chicot entraba en la ciudad de Nerac.

La necesidad en que nos hemos ballado de seguir á nuestro amigo Chicot hasta el fin de su espinosa comisión, nos ha distraído largo tiempo, y por ello pedimos mil perdones á nuestros lectores, separados del palacio del Louvre.

Sin embargo, no sería justo que olvidásemos por más tiempo los detalles de la empresa de Vincennes, y la persona que había sido el objeto de ella.

Después de haber pasado el rey delante del peligro con tanto valor, había experimentado esa emoción retrospectiva que se apodera de los más animosos corazones una vez que ya se ha pasado el peligro. El rey, pues, entró en el Louvre sin decir nada. Rezó sus oraciones con mayor detención que de costumbre, y una vez entregado á Dios, se había olvidado de dar gracias á los oficiales tan vigilantes, y á los guardias tan decididos que le habían ayudado á salir del peligro. En seguida se acostó dejando admirados á sus pajes de la prontitud con que se desnudó. Se diría que tenía necesidad de dormir para tener al día siguiente sus ideas más frescas y lúcidas.

Así, de Epernon, que permaneció el último en el cuarto del rey, esperando siempre una expresión de gratitud, salió de allí con muy mal humor, viendo que aquella expresión no se pronunciaba.

Y Loignac, en pie, detrás de la mampara de terciopelo, viendo que de Epernon pasaba sin decir una sola palabra, se volvió bruscamente hacia los Cuarenta y Cinco, y les dijo :

— Señores, el rey no tiene ya necesidad de vuestros servicios : á descansar.

Á las dos de la mañana todos dormían en el palacio del Louvre.

El secreto de la aventura había sido felizmente guardado, y no se había transpirado por ninguna parte. Los buenos ciudadanos de Paris roncaban, pues, pacíficamente, sin imaginarse siquiera que habían estado á punto de despertarse con la novedad del advenimiento al trono de una nueva dinastía.

El señor de Epernon mandó que le quitasen las botas sin tardanza, y en vez de rondar por la ciudad, según su costumbre, acompañado de treinta ó cuarenta caballeros, siguió el ejemplo que acababa de darle su amo, metiéndose en la cama sin pronunciar una palabra.

Pero Loignac que, semejante al *justum et tenacem* de Horacio, no olvidaba sus deberes aunque se hundiese el mundo entero, visitó los cuerpos que ocupaban los Suizos y los guardias franceses, cuerpos que hacían el servicio con regularidad, pero sin exceso de celo.

Aquella noche se castigaron como faltas graves tres ligeras infracciones de las leyes de disciplina.

Al día siguiente, Enrique, cuya hora de levan-

tarse esperaban tantos con impaciencia, para saber á qué atenerse sobre lo que podían esperar de él, tomó cuatro caldos en su cama, en vez de dos, como lo hacía de ordinario, y mandó avisar á M. d'O y á M. de Villequier que viniesen á trabajar á su cámara en la redacción de un nuevo edicto sobre contribuciones.

La reina supo que debía comer sola; pero habiendo manifestado por conducto de un gentil hombre que la salud de S. M. la tenía con cuidado, se dignó contestar Enrique que recibiría por la noche á las damas y haría colación en su gabinete.

La misma respuesta obtuvo otro gentil hombre de la reina madre, que, aunque retirada hacía dos años en su palacio de Soissons, enviaba todos los días á saber de su hijo.

Los señores secretarios de Estado se miraron con inquietud, porque el rey estaba tan distraído y ensimismado que las enormes exacciones propuestas por sus ministros no le arrancaron una sonrisa.

Ya se sabe que la distracción de un rey es una incertidumbre terrible para sus consejeros.

Pero, por otra parte, el rey se divertía mucho

con master Love, diciéndole, cuando el animal apretaba los afilados dedos de S. M. entre sus blancos dientecillos:

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ Rebelde ! ¿ También tú quieres morderme, bribón ? Perrillo traidor, ¿ también te vuelves contra tu amo ? ¿ Qué es esto ? Parece que todos se conjuran...

Y en seguida, haciendo tantos esfuerzos aparentes como los que empleó en realidad Hércules, hijo de Alemena, para domar al león Nemeo, sujetaba á aquel monstruo tan grande como el puño, añadiendo con indecible satisfacción:

— ¡ Vencido, master Love ! ¡ Vencido, infame secuaz de la Liga ! ¡ Vencido ! ¡ Vencido ! ¡ Vencido !!!

Esto fué lo único que los ministros d'O y Villequier, hábiles diplomáticos, que creían advinar todos los secretos humanos, pudieron conseguir del rey, que permaneció silencioso con todos menos con master Love.

Tuvo que firmar y firmó: tuvo que escuchar y escuchó cerrando los ojos con tanta naturalidad que era imposible conocer si efectivamente escuchaba ó dormía.

Por último, dieron las tres de la tarde y Enrique mandó llamar al duque de Eperón.

Dijéronle que estaba pasando revista á la caballería ligera, y en vista de esto hizo que avisasen á Loignac, pero éste se ocupaba á la sazón en adiestrar caballos limosinos.

Todos esperaban una explosión de cólera al ver que el rey no podía hacer cumplir su voluntad, pero nada sucedió, y Enrique, contra lo que todos temían, se puso á silbar con el mayor desenfado una tocata de caza, distracción á que solo se entregaba cuando estaba muy satisfecho de sí mismo.

Era, pues, evidente que todo el empeño que el rey había manifestado en callar hasta entonces, se cambiaba en una comezón creciente é insoponible de hablar.

Dicha comezón se convirtió de allí á poco en una necesidad irresistible, pero al verse solo tuvo que hablar consigo mismo.

Pidió un refrigerio que le servía de merienda, y mientras lo saboreaba ordenó que le leyesen una obra edificante; pero á poco rato interrumpió al lector para decirle:

— ¿No fué Plutarco el que escribió la vida de Sila?

El lector, que tenía delante un libro sagrado y que se veía precisado á responder á una pregunta profana, miró al rey con asombro, pero Enrique volvió á repetir las mismas palabras.

— Sí, señor, — contestó el lector.

— ¿Os acordáis del pasaje en que cuenta el historiador que el dictador evitó la muerte?

El lector se puso á pensar.

— Á punto fijo no, señor, — dijo al fin, — pues hace mucho tiempo que no leo á Plutarco.

En aquel instante anunciaron á S. Em. el cardenal de Joyeuse.

— ¡Ah! Me alegro, — exclamó el rey; — hé aquí un hombre sabio, un amigo que no tardará en sacarnos de dudas.

— Señor, — dijo el cardenal, — ¿tendré acaso la felicidad de llegar á propósito? Esto es muy raro en el mundo.

— Á fe mía que sí. ¿Habéis oído mi pregunta?

— V. M., según creo, preguntaba ¿de qué modo y en qué circunstancias se libró de la muerte el dictador Sila?

— Eso es. ¿Y podéis contestarme, cardenal?

— Nada es más fácil, señor.

— Veamos, pues.

— Sila, que hizo matar tantos hombres, solo arriesgó su vida en los combates: supongo que V. M. aludía á una batalla...

— Sí, y creo que en una batalla tuvo á la muerte á cuatro pasos. Abrid el Plutarco, cardenal, ahí debe haber uno traducido por ese buen Amyot, y leedme ese pasaje de la vida del romano que se libró por la ligereza de su caballo de los dardos enemigos.

— Señor, para eso no necesitamos abrir el Plutarco: aconteció lo que decís en la batalla que dió á Teleserius el Samnita y á Lamponius el Lucano.

— Debéis saberlo perfectamente, mi querido cardenal, porque sois un pozo de ciencia.

— V. M. me honra más que merezco, — replicó el prelado inclinándose con respeto.

— Explicadme ahora, — prosiguió el rey después de una corta pausa, — por qué el león romano, que era tan cruel, nunca se vió acosado por sus enemigos.

— Señor, contestaré á V. M. con las mismas palabras de Plutarco.

— Contestad, Joyeuse, contestad.

— Carbón, enemigo implacable de Sila, decía á menudo:

« Tengo que combatir á un tiempo contra un
» león y contra un raposo que habitan en el alma
» de Sila; pero el raposo es el que da más cui-
» dado. »

— ¡ Hola ! ¡ hola ! — dijo Enrique pensativo. — ¿ Conque el raposo ?

— Plutarco lo dice, señor.

— Y con mucha razón, cardenal. Pero á propósito de batallas, ¿ habéis tenido noticias de vuestro hermano ?

— ¿ De cuál de ellos, señor ? V. M. no ignora que tengo cuatro.

— Hablo del duque de Arques, de mi amigo.

— Todavía no, señor.

— Con tal que el duque de Anjou, que hasta ahora ha representado bien el papel de raposo, sepa desempeñar medianamente el de león...

El cardenal nada contestó á esta pulla, pues de nada le servía Plutarco en esta ocasión, y te-
m.
15.

mía, como diestro cortesano, responder de modo que desagradase al rey si defendía al duque de Anjou.

Viendo el rey que S. Em. guardaba silencio, volvió á sus juegos con master Love, y haciendo poco después una seña al cardenal para que se quedase, se levantó, vistióse con lujo y se dirigió al gabinete en donde ya le esperaba la corte.

En la corte, sobre todo, es donde se conoce con el mismo instinto que los montañeses la proximidad de la tempestad. Sin que nadie hubiese hablado aun, sin que ninguno hubiese visto al rey, todos estaban dispuestos según las circunstancias.

Las dos reinas estaban visiblemente inquietas.

Catalina, pálida é inquieta, saludaba mucho á todo el mundo, pero de una manera breve y seca.

Luisa de Vaudemont no miraba á nadie ni escuchaba nada.

Había momentos en que la pobre señora parecía que estaba á punto de perder la razón.

El rey entró.

Tenía la vista animada y el color muy subido: se podía leer en su rostro una apariencia de buen humor que produjo sobre todos los semblantes

tristes el efecto que produce el sol resplandeciente sobre los bosquecillos amarillentos á causa de la influencia del otoño.

Todo se doró y tomó el color de púrpura en el instante mismo de su aparición, todo brilló en fin.

Enrique besó la mano de su madre y la de su mujer, con la misma galantería que si fuera aun duque de Anjou. Dirigió á las damas mil cumplimientos lisonjeros, contra su costumbre, y aun les ofreció algunos dulces.

— Estábamos inquietos por tu salud, hijo mio, — dijo Catalina mirando al rey con atención particular, como para asegurarse que aquel color no era postizo, y que su buen humor no era una máscara.

— Mal hecho, señora, jamás me he encontrado mejor. — Y acompañó estas palabras con una sonrisa que se comunicó á todas las bocas.

— ¿Y á qué influencia debemos, hijo mio, — preguntó Catalina, — esta mejora en tu salud?

— Á que me he reído mucho, — respondió el rey.

Todos se miraron con una sorpresa tal, que

parecía que el rey acababa de decir un disparate.

— ¿ Reído mucho ? ¿ Tú puedes reír mucho ? — dijo Catalina con semblante austero, — entonces eres muy dichoso.

— Sin embargo yo soy así, señora, — contestó el rey.

— ¿ Y con qué motivo te has dejado llevar de semejante pasión ?

— Es preciso deciros, madre mía, que fui ayer al bosque de Vincennes.

— Ya lo he sabido.

— ¡ Ah ! ¿ lo habéis sabido ?

— Sí, hijo mío, todo cuanto te concierne me importa, no debe cogerte de nuevo.

— Sin duda que no ; como digo, fui al bosque de Vincennes, cuando mi descubierta de batidores, al tiempo que volvíamos, me hizo notar un ejército enemigo cuyos mosquetes brillaban sobre el camino.

— ¿ Un ejército enemigo en el camino de Vincennes ? — dijo Catalina.

— Sí, señora.

— ¿ Y dónde ?

— Enfrente de la piscina de los Dominicos, cerca de la casa de nuestra buena prima.

— ¿ Cerca de la casa de la señora de Montpensier ! exclamó Luisa de Vaudemont.

— Precisamente, sí, señora, cerca de Bel-Esbat ; me aproximo para comenzar la batalla, y percibo...

— Dios mío, continuad, señor, — dijo la reina verdaderamente inquieta.

— ¡ Oh ! Tranquilizaos, señora.

Catalina esperaba con ansiedad ; pero ni una palabra, ni un gesto demostraban su inquietud.

— Percibí, — continuó el rey, — una comunidad entera de frailes que me presentaban las armas con belicosas aclamaciones.

El cardenal de Joyeuse soltó la carcajada, y toda a corte siguió al momento esta manifestación.

— ¡ Oh ! — dijo el rey, — reíd, reíd, porque se hablará largo tiempo del asunto ; tengo en Francia más de diez mil frailes, de los que haré diez mil mosqueteros si tengo necesidad : entonces crearé una plaza de gran maestro de mosqueteros tonsurados de S. M. cristianísima, y os la daré, cardenal.

— Señor, yo la acepto, — respondió Joyeuse, — todos los servicios son buenos para mí, con tal que agraden á V. M.

Durante este corto coloquio del rey con el cardenal, se levantaron las damas, como lo prevenían las leyes de la etiqueta, y saludando al rey una á una fueron retirándose del gabinete, siguiéndolas la reina con sus damas de honor.

La reina madre permaneció sola, pues en aquella alegría desusada del rey existía un misterio que anhelaba profundizar.

— ¡ Ah, cardenal ! — dijo de pronto Enrique al prelado cuando éste se disponía á salir, pues conocía que la reina madre deseaba hablar á su hijo. — Decídme, ¿ qué se ha hecho vuestro hermano Bouchage ?

— Lo ignoro, señor.

— ¡ Cómo ! ¿ No lo sabéis ?

— No, señor, apenas le veo, ó por mejor decir, no le veo ya, — contestó el cardenal.

Un acento grave y triste resonó en el fondo del gabinete.

— Aquí estoy, señor, dijo la voz.

— ¡ Ah ! ¿ es él ! — exclamó Enrique : — acercaos, conde, acercaos.

El joven obedeció.

— ¡ Vive Dios ! — añadió el rey mirándole con asombro ; — á fe de caballero, ese no es un cuerpo, sino una sombra que se mueve.

— Señor, eso consiste en que trabaja mucho, — murmuró el cardenal, no pudiendo menos de admirarse del cambio que habían sufrido en ocho días las facciones de su hermano.

En efecto, del Bouchage estaba pálido como una estatua de cera, y su cuerpo cubierto de seda y de bordados participaba del perfil y de la desproporción que se nota en las sombras.

Venid aquí, joven, venid, — le dijo el rey. — Cardenal, os doy las gracias por vuestras citas de Plutarco, y me prometo recurrir á vos en ocasiones semejantes.

El cardenal adivinó que el rey quería quedarse solo con Enrique y se retiró al punto.

El rey le dejó salir mirándole de soslayo, y en seguida dirigió la vista hacia su madre, que permanecía inmóvil.

Solo estaban ya en el salón la reina madre, el

señor de Epernon, que la obsequiaba con notable galantería, y del Bouchage.

Al lado de la puerta se veía á Loignac, semi-cortesano, semi-soldado, ocupándose de su servicio más que de otra cosa.

Sentóse el rey é hizo una seña á del Bouchage para que se acercase á él.

— Conde, — le dijo, — ¿por qué ocultaros así detrás de las damas? ¿No sabéis que me agrada mucho el veros?

— Vuestras palabras, señor, me honran infinito, — respondió el joven inclinándose con profundo respeto.

— ¿En qué consiste, pues, que no os vemos por el Louvre?

— ¿No me veis, señor?

— Ciertamente que no, y de eso mismo me quejaba al cardenal vuestro hermano, hombre mucho más sabio de lo que yo pensaba.

— Si V. M. no me ha visto, — dijo Enrique, — es porque no se ha dignado dirigir sus miradas hacia aquel rincón del gabinete. Señor, todos los días estoy en él cuando el rey se presenta, asisto con la misma regularidad á mi obligación cuando

el rey se levanta, y le saludo también con respetuoso homenaje cuando se retira del consejo. Nunca he faltado, nunca faltaré, mientras pueda tenerme de pies, al cumplimiento de estos deberes que son muy sagrados para mí.

— ¿Y sin duda por eso estás tan triste? — preguntó amistosamente el rey.

— ¡Oh! Me persuado de que V. M. no lo cree así.

— No, porque sé que tú y tu hermano me amáis.

— ¡Señor!

— Y yo también os amo. Á propósito, ¿sabes que el pobre Ana me ha escrito desde Dieppe?

— Lo ignoraba, señor.

— Ya, pero bien sabes que no se marchó muy contento.

— En efecto, me confesó el pesar que sentía en alejarse de Paris.

— Sí, pero también me dijo que había un hombre á quien hubiera causado mayor sentimiento el salir de la capital, y que si tú hubieras recibido semejante orden serías muerto.

— Tal vez, señor.

— Mas me dijo, porque tu hermano suele decir muchas cosas cuando se resigna á hablar, lo que no sucede siempre: me dijo que en tal caso me hubieras desobedecido. ¿ Es cierto?

— Señor, V. M. ha hecho bien en hablar de mi muerte antes que de mi desobediencia.

— ¿ Y si hubieras muerto de dolor al recibir la orden?

— Señor, hubiera sido para mí mucho más penoso desobedecer que morir, y con todo, — añadió el joven inclinando hacia el suelo la pálida frente como ocultar su emoción, — hubiera desobedecido.

El rey cruzó los brazos y miró á Joyeuse.

— ¡ Demonio! — exclamó de pronto; — se me figura, mi pobre conde, que estás algo loco.

El joven se sonrió tristemente.

— ¡ Oh, señor! — respondió: — lo estoy del todo, y V. M. no debe tener conmigo la menor consideración.

— Vamos, la cosa es seria, según veo.

Joyeuse ahogó un suspiro.

— Ea; cuéntame eso, sepamos lo que hay.

Del Bouchage hizo un esfuerzo para sonreirse.

— Un gran rey, como vos, señor, no debe rebajarse hasta el punto de oír semejantes confianzas.

— Al contrario, amigo mío; habla, habla, cuéntame todo y me distraerás.

— Señor, — contestó el joven con orgullo, — V. M. se equivoca, pues debo asegurar que nada hay en mi tristeza que pueda divertir á un corazón noble.

El rey le cogió la mano diciendo:

— Vamos, vamos, no te enfades, del Bouchage; ya sabes que también tu rey ha experimentado los tormentos de un amor desgraciado.

— Sí, señor, en otro tiempo... ya lo sé.

— Compadezco por lo mismo tus penas.

— ¡ Oh señor! Esa es demasiada bondad para un rey.

— No por cierto. Escucha; como nada había más alto que yo, excepto el poder de Dios, cuando padecí lo que ahora padeces, nada pudo ayudarme; pero en cuanto á ti, todo lo contrario, porque yo puedo ayudarte

— ¡ Señor!

— Y por consiguiente, — añadió el rey con

afectuosa tristeza, — también puedo esperar ver terminadas las penas.

El joven meneó la cabeza en señal de duda.

— Del Bouchage, — dijo Enrique, te aseguro que serás feliz ó dejaré yo de ser rey de Francia.

— ¡ Yo feliz ! ¡ Ah, señor ! Es imposible, — exclamó el joven con una sonrisa que revelaba la indecible amargura de su corazón.

— ¿ Y por qué no ?

— Porque mi felicidad no es de este mundo.

— Enrique, — replicó el rey, — al partir vuestro hermano os ha recomendado á mí como á un amigo, y quiero, ya que no consultáis en vuestros negocios ni la prudencia de vuestro padre, ni la ciencia de vuestro hermano el cardenal, convertirme para vos en hermano mayor: vamos, confiad en mí, instruidme de todo y os aseguro, del Bouchage, que á todo, menos á la muerte, encontrarán remedio mi poder y mi cariño.

— Señor, — contestó el joven arrojándose á los pies del rey, — no me confundáis con tantas pruebas de bondad, á las cuales me es imposible corresponder ; mi desgracia no

tiene remedio, porque constituye mi único placer.

— Del Bouchage, sois un loco, y os mataréis con esas quimeras ; yo soy quien os lo asegura.

— Demasiado lo sé, — respondió el joven con la mayor tranquilidad.

— Pero ¡ con mil diablos ! — exclamó el rey algo impaciente, — ¿ queréis contraer un matrimonio ? ¿ Deseáis ejercer alguna influencia.

— Señor, deseo inspirar amor, y ya conocéis que nadie en el mundo puede concederme este beneficio : yo solo debo obtenerlo y obtenerlo por mí mismo.

— ¿ Entonces, por qué te desesperas ?

— Porque estoy convencido de que nunca lo lograré.

— Pon los medios, hijo mío, y después me lo dirás. Eres joven, buen mozo y rico. ¿ Qué mujer resiste á esa triple influencia del amor, de la juventud y de la hermosura ? Ninguna, del Bouchage, ninguna.

— ¡ Cuántos en mi lugar bendecirían á V. M. por esa indulgencia excesiva, por esa bondad que me

confunde! Ser amado por un rey como V. M. es casi tanto como ser amado por Dios.

— Es decir que aceptas mis consejos: perfectamente. Nada me cuentes, si te empeñas en ser discreto, pero yo mandaré que se tomen informes y se hagan pesquisas. Ya sabes lo que he hecho por tu hermano, ¿eh? Pues bien, haré otro tanto por ti y no abandonaré mi propósito por cien mil escudos.

— Del Bouchage cogió la mano del rey y la estrechó contra sus labios.

— Pídame V. M. mi sangre, — dijo con exaltación el joven, — y la derramaré hasta la última gota, para probar mi gratitud á una protección que rehusó.

Enrique III volvió las espaldas con disgusto.

— Á la verdad, — murmuró el rey, — estos Joyeuse son más testarudos que los Valois; éste me va á presentar todos los días un rostro lánguido y unas ojeras de difunto: ¡divertido será esto! ¡Cómo se ven ya tantos semblantes alegres en la corte!

— ¡Ah, señor, no os quejaréis por eso! — exclamó el joven. — La fiebre esparcirá sobre

mis mejillas un color sonrosado, y al verme reír, todos creerán que soy el hombre más dichoso del mundo.

— Sí, sí, pero yo creeré todo lo contrario miserable terco, y la seguridad de lo que pasa en ti me entristecerá.

— ¿Permite V. M. que me retire? — preguntó del Bouchage.

— Sí, hijo mío, vete y procura ser hombre.

El joven besó otra vez la mano al rey, saludó á la reina madre, pasó con orgullo por delante de Epernon, y desapareció del gabinete.

No bien hubo traspuesto el umbral de la puerta, cuando gritó el rey:

— Cierra, Nambu.

El ujier á quien iba dirigida esta orden manifestó en la antecámara que el rey no recibía ya.

Entonces se acercó Enrique al duque de Epernon, y tocándole en el hombro le dijo:

— Lavalette, esta noche distribuirás una gratificación á los Cuarenta y Cinco, dándoles licencia por un día y una noche, pues quiero que se diviertan. Por Dios, que me han salvado esos perilla-

nes, ni más ni menos que salvó á Sila su caballo blanco.

— ¡ Os han salvado ! — exclamó Catalina con asombro...

— Sí, madre mía.

— ¿ Salvado de quién ?

— Preguntádselo á de Epernón.

— Os lo pregunto á vos, lo cual me parece más conveniente.

— Pues bien, señora, nuestra muy querida prima, la hermana de vuestro buen amigo el de Guisa... ¡ Oh ! No lo neguéis, es vuestro buen amigo.

Catalina se sonrió como diciendo :

— Nunca acabará de comprenderme.

El rey vió aquella sonrisa, apretó los labios y prosiguió :

— La hermana de vuestro buen amigo, el de Guisa, me preparó ayer una emboscada.

— ¡ Una emboscada !

— Sí, señora, y estuve expuesto á ser cogido y tal vez asesinado.

— ¿ Por el señor de Guisa ? — preguntó Catalina.

— Supongo que no lo creéis.

— Confieso que no.

— De Epernón, amigo mío, por el amor de Dios, refiere completamente la aventura á la reina madre, pues si yo hablase y ella siguiese encogiéndose de hombros como hasta aquí, me enfadaria, y á la verdad no tengo la salud tan de sobra para tantas incomodidades.

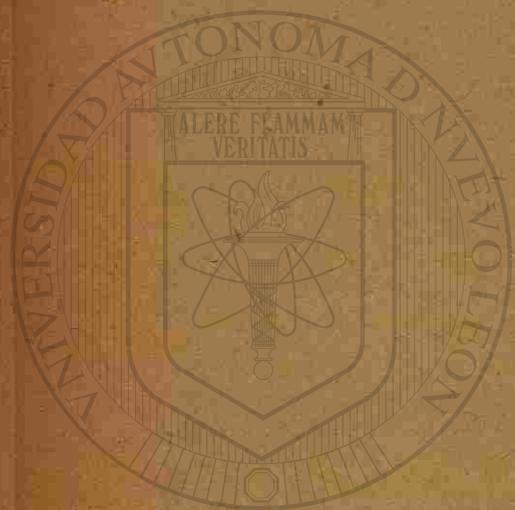
Y volviéndose hacia Catalina, añadió :

— Adiós, señora, adiós ; podéis querer al señor de Guisa cuanto os acomode, pero yo he hecho ya deseuartizar al señor de Salcedo, ¿ os acordáis ?

— Sin duda.

— Pues bien, que hagan los Guisas lo que vos ; que no lo olviden.

Dicho esto, se encogió de hombros el rey con más expresión que lo había hecho su madre, y se retiró á sus habitaciones interiores, seguido de maester Love, que tuvo que echar á correr para alcanzarle.



XVII.

Penacho blanco y Penacho encarnado.

Después de haber vuelto a hablar de los hombres, volvamos a hablar de las cosas.

Eran las ocho de la noche, y la casa de Roberto Briquet solitaria, triste, sin un reflejo, bosquejaba su sombra triangular sobre un cielo cubierto de nubecillas que indicaban más bien la lluvia que la claridad de la luna.

Esta pobre casa, cuya alma estaba ausente, formaba un digno contraste con esa otra tan misteriosa de la cual hemos hablado ya a nuestros lec-

lores, y que estaba enfrente de ella. Los filósofos, que pretenden que nada vive, habla ni siente tanto como las cosas inanimadas, hubieran dicho al mirarlas que bostezaban la una enfrente de la otra.

No lejos de allí se oía un gran ruido de bronce mezclado con voces confusas, murmullos y chillidos, como si los coribantes celebrasen en un antro los misterios de la diosa.

Sin duda que este ruido era lo que atraía la atención de un joven con toquilla de color de violeta, pluma encarnada y capa parda; bello caballero que se detenía minutos enteros delante de aquel estrépito, y que se paseaba en seguida pensativo y cabizbajo delante de la casa de Roberto Briquet.

Aquella sinfonía de cobre era producida por una multitud de cacerolas; aquellos murmullos vagos, los de las marmitas que bullían sobre los hornillos, y de los asadores que daban vueltas movidos por los perros; aquellos gritos, los de maese Fournichón amo de la hostería del *Bizarro Caballero*, ocupado en cuidar sus hornillos, y las réplicas de la señora Fournichón que preparaba los dormitorios de las torreallas.

Después que el joven de la toquilla de color de violeta había contemplado el fuego, respirado el perfume que despedían las aves, y examinado las cortinas de las ventanas, volvía atrás para continuar la misma operación al cabo de algunos segundos.

Había sin embargo, aunque á primera vista parecían independientes sus acciones, un límite que el paseante nunca traspasaba: era la especie de arroyo que dividía la calle delante de la casa de Roberto Briquet y daba fin en el edificio misterioso.

Pero también es preciso decir que cada vez que llegaba el paseante al mencionado límite, encontraba en él, como vigilante continela, á otro joven, poco más ó menos de su misma edad, con toquilla negra, pluma blanca y capilla color de violeta, que, la frente arrugada, la mirada fija y la mano en la empuñadura de la espada, parecía decir como el gigante Adamastor:

— No irás más lejos sin hallar la tempestad.

— El paseante de la pluma encarnada, esto es, el primero á quien hemos presentado en escena, dió veinte veces la vuelta sin reparar en semejante

cosa, pues estaba enteramente entregado á sus pensamientos. Había en efecto visto á un hombre que, como él, paseaba la calle, pero aparecía demasiado bien vestido para que fuese un ladrón, y así de nada se cuidaba, sino de lo que acontecía en el *Bizarro Caballero*.

El otro, por el contrario, á cada aparición de la pluma encarnada obscurecía de negro el color sombrío de su rostro: por último, la dosis de fluido irritado llegó á ser tan abundante en la pluma blanca, que acabó por dar un golpe á la pluma encarnada llamando en alto grado su atención.

Levantó la cabeza al punto y leyó en el rostro del que se hallaba á su frente toda la mala voluntad que al parecer le inspiraba.

Esto le indujo naturalmente á pensar que incomodaba á aquel hombre, y este pensamiento despertó en él el deseo de saber por qué le incomodaba.

En consecuencia se puso á examinar con atención la casa de Roberto Briquet.

En seguida dirigió sus pesquisas á la otra del frente.

Y no viendo ni en la una ni en la otra cosa que le hiciese sospechar de nada, sin turbarse, ó al menos dando á entender que no se turbaba por las miradas que le lanzaba el de la pluma blanca, le volvió las espaldas y se acercó de nuevo á los rutilantes resplandores de las hornillas de maese Fournichón.

La pluma blanca, orgullosa por haber derrotado á su enemiga, porque atribuía á derrota el movimiento retrógado que había visto ejecutar, se puso á andar en sentido contrario, es decir, de Este á Oeste, al paso que la otra avanzaba de Oeste á Este.

Pero cuando cada uno de ellos llegó al punto que interiormente se había señalado como término del paseo, volvió cara desandando lo andado en línea recta, con tanta precisión que á no mediar el arroyo, nuevo Rubicón que era preciso atravesar, se hubieran tropezado sin remedio, pues á tal grado llegó la escrupulosidad con que ambos habían conservado la línea recta.

La pluma blanca se retorció el bigotillo con un movimiento visible de impaciencia.

La pluma encarnada pareció admirarse y dirigió nuevas miradas á la casa misteriosa.

Cualquiera hubiera podido ver entonces á la pluma blanca dar un paso para atravesar el arroyo, pero ya se había alejado la pluma encarnada y volvió por lo mismo á comenzar la marcha en línea inversa.

Por espacio de cinco minutos hubiérase creído que sólo volverían á encontrarse en los antipodas, pero no tardaron en hacerse frente los dos á un tiempo con el mismo instinto y la misma precisión que la vez primera.

Semejantes á dos nubes, que impelidas por vientos diferentes siguen la misma zona del cielo, avanzando una contra otra después de desplegar sus negros copos, á guisa de prudentes avanzadas, los dos paseantes llegaron por fin á encontrarse frente á frente, resueltos á pasar uno sobre otro antes que volver un paso atrás.

Más impaciente sin duda que su competidora, la pluma blanca, en vez de detenerse como hasta entonces lo había hecho en el límite del arroyo, lo cruzó empujando á la otra, que, desprevenida contra aquella agresión, con los brazos cruzados

bajo la capilla, faltó poco para que perdiese el equilibrio.

— ¡Hola! ¡Eh, caballero! — dijo el acomedido. — ¿Estáis loco ó tenéis intención de insultarme?

— Caballero, deseo haceros conocer que me estorbáis muchísimo, aunque me ha parecido que ya lo habiais notado sin necesidad de oírlo de mi boca.

— Nada de eso, caballero, porque tengo por sistema no notar más que aquello que me acomoda.

— Sin embargo, hay ciertas cosas que atraerían vuestras miradas si las viesen brillar vuestros ojos.

Y acompañando con la acción las palabras, el joven de la pluma blanca se desembarazó de la capilla y desenvainó la espada, que brilló al punto herida por un rayo de la luna que en aquel instante se aparecía entre dos nubes.

La pluma encarnada permaneció inmóvil.

— Se diría, caballero, — dijo por fin el de la pluma encarnada encogiéndose de hombros, — que jamás habéis sacado la hoja de la vaina, según

la prisa que os dais á sacarla contra quien no se defiende.

— No, pero que yo espero que se defenderá, — dijo el de la pluma blanca.

La pluma blanca se ronrió con una tranquilidad que redobló la irritación de su contrario.

— ¿Y por qué, señor mío? — dijo con calma, — ¿qué derecho tenéis á impedirme el pasear en la calle?

— ¿Por qué os paseáis en esta calle?

— ¡Vaya una pregunta! porque me da la gana.

— ¡Ah! ¿Os da la gana?

— Sin duda, vos lo hacéis también, ¿tenéis acaso privilegio del rey para pasearos solo en la calle de Bussy?

— Que tenga ó no privilegio, poco importa.

— Os equivocáis, importa mucho, por el contrario; yo soy un vasallo fiel de S. M. y no quisiera desobedecerle.

— ¡Ah! ¿Me parece que os chanceáis?

— Aunque así fuese, vos amenazáis.

— ¡Voto á bríos! caballero, digo que me incomodáis, y que si no os alejáis de buena voluntad, yo sabré haceros alejar por fuerza.

— ¡Oh! ¡oh! caballero, eso es lo que vamos á ver.

— ¡Eh! ¡pardiez! ya os lo digo hace una hora.

— Caballero, yo tengo un asunto particular en este barrio, si deseáis absolutamente ensayar una estocada, lo haré con mucho gusto, pero no me alejaré de aquí.

— Caballero, — dijo la pluma blanca haciendo silbar su espada y juntando sus dos pies como un hombre que se pone en guardia, — yo me llamo el conde Enrique del Bouchage, soy hermano del duque de Joyeuse: por la última vez, ¿queréis cederme el paso y retiraros?

— Caballero, — respondió la pluma encarnada, — yo me llamo el vizconde de Carmainges; no me incomodáis de ningún modo, y no llevo á mal el que permanezcáis.

Del Bouchage reflexionó un instante y envainó la espada.

— Excusadme, señor, — dijo en seguida, — estoy medio loco de enamorado.

— Y yo también estoy enamorado, — respondió Carmainges, — pero no me creo loco por eso.

Enrique se puso pálido, y dijo:

— ¿Estáis enamorado?

— Sí, señor.

— ¿Y lo confesáis?

— ¿Desde cuándo es un crimen el confesarlo?

— ¿Pero enamorado en esta calle?

— Por el momento sí.

— En nombre del cielo, señor, decidme de quién.

— ¡Ah! Señor del Bouchage, no reflexionáis vuestra pregunta; bien sabéis que un caballero no puede revelar un secreto que no posee más que á medias.

— Es verdad, es verdad, perdonadme, señor de Carmainges; pero es que en realidad no hay nadie tan desgraciado como yo.

Había un dolor tan verdadero y una desesperación tan elocuente en estas cuatro palabras pronunciadas por del Bouchage, que Carmainges le compadeció.

— ¡Ah Dios mío, — dijo Carmainges, — yo creo que teméis que seamos rivales.

— Lo temo, — contestó del Bouchage.

— ¡Bah! Y bien, caballero, quiero ser franco.

Del Bouchage se puso pálido, y pasó su mano por la frente.

— Yo, — continuó Carmainges, — tengo una cita.

— ¿Tenéis una cita?

— Sí, y en regla.

— ¿En esta calle?

— En esta calle.

— ¿Por escrito?

— Sí, y aun de una linda letra.

— ¿De mujer?

— No, de hombre.

— ¿De hombre? ¿qué queréis decir?

— Nada más que lo dicho; tengo una cita con una linda muchacha, y con una bonita letra de hombre; no es tan misterioso, pero es más elegante, pues parece que hay un secretario.

— ¡Ah! — murmuró Enrique, — acabad, en nombre del cielo!

— Me lo pedís de tal manera que no puedo rehusároslo. Voy, pues, á deciros el tenor del billete.

— Ya escucho.

— Veréis si es igual á la vuestra.

— Basta, señor, basta; á mi no se me ha dado ni cita ni billete.

Carmainges sacó del bolsillo un papelito.

— Hé aquí el billete. — dijo en seguida; — como sería difícil el leerlo con esta noche tan oscura, pero como es corto y lo sé de memoria... ¿confiáis en que no os engañaré?

— ¡ Oh! Seguramente.

— Hé aquí pues los términos en que está concedido:

« Señor de Carmainges, mi secretario está encargado por mí de deciros que tengo gran deseo de hablaros una hora; vuestro mérito me ha seducido. »

— ¿ Eso dice? — preguntó del Bouchage.

— Á fe mía, sí, señor, y aun la frase está rayada por debajo.

— Paso en silencio otra frase aun demasiado lisonjera.

— ¿ Y os esperan?

— Es decir, que yo soy quien espera como lo veis.

— ¿ Entonces deben abriros la puerta?

— No, deben silbar tres veces por la ventana.

Enrique, todo temblando, puso una de sus manos sobre el brazo de Carmainges, y mostrándole con la otra la casa misteriosa, le dijo:

— ¿ Desde allí?

— De ningún modo, — respondió de Carmainges mostrándole las torrecillas del *Bizarro Caballero*, — desde allí.

Enrique dió un grito de alegría.

— ¿ Pero no venís allí? — dijo aun del Bouchage volviendo á señalar la casa misteriosa.

— No, no; el billete dice positivamente Posada del *Bizarro Caballero*.

— ¡ Oh! ¡ bendito seáis, caballero! — dijo del Bouchage estrechándole la mano. — ¡ Ah! perdonadme mi descortesía, mi desatino. ¡ Ay de mí! ya lo sabéis, para el hombre que ama verdaderamente no existe más que una mujer, y viéndoos venir sin cesar hasta esta casa, he creído que la mujer que vivía en ella os esperaba.

Nada tengo que perdonaros, caballero, — contestó de Carmainges, — pues á la verdad, por mi parte, también he tenido un instante la idea de que estabais en la calle por el mismo motivo que yo.

— ¿Y habéis tenido la paciencia increíble de no decirme nada? ¡Ah! ¡no amáis, no amáis!

— Yo os diré que no tengo todavía grandes derechos; esperaba un incidente cualquiera que aclarara mis dudas antes de enfadarme. ¡Estas grandes señoras son tan extravagantes en sus caprichos, y un chaseo es tan divertido!

— Vamos, vamos, señor de Carmainges, no amáis como yo, y sin embargo...

— ¿Y sin embargo? — repitió de Carmainges.

— Y sin embargo sois más dichoso.

— ¡Ah! ¿En aquella casa hay crueldad?

— Señor de Carmainges, — dijo del Bouchage, — tres meses hace que amo como un loco á la que la habita, y sin embargo todavía no he oído el metal de su voz.

— ¡Diablo! no estáis muy adelantado. Pero escuchad, pues.

— ¿Qué?

— ¿No han silbado?

— En efecto, me parece haberlo oído.

Los dos jóvenes escucharon, y un segundo silbido se oyó del lado del *Bizarro Caballero*.

— Señor conde, perdonadme que no os haga

compañía por más tiempo, pero esta es mi seña.

El tercer silbido resonó.

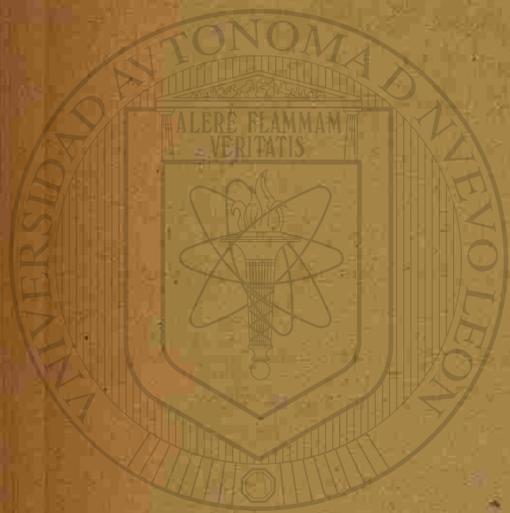
— Idos, señor, idos y buena fortuna.

De Carmainges se alejó como un rayo, y su interlocutor le vió desaparecer en la sombra de la calle para volver á aparecer á la luz que despedían las ventanas del *Bizarro Caballero*, y desaparecer de nuevo.

En cuanto á él, más taciturno que antes, porque esa especie de lucha le había hecho salir de su letargo por un instante, dijo:

— Vamos, hagamos nuestro oficio de costumbre: llamemos á esta maldita puerta que no se abre jamás.

Y al decir esto se adelantó hacia la puerta de la casa misteriosa.



XVIII.

La puerta se abre.

Pero al llegar á la puerta de la misteriosa casa, el pobre Enrique se vió acometido de su perplejidad habitual.

— ¡ Animo, llamemos ! — dijo para sí dando otro paso.

Pero antes de llamar, volvió á mirar hacia atrás y vió sobre el camino el reflejo brillante de la hostería.

Allí, — dijo, — entran atraídas por el amor y la

alegría personas que son llamadas y que siquiera lo han intentado ; ¡ por qué no tengo yo el corazón tranquilo y la sonrisa indiferente ? Tal vez entraría yo también allí, en lugar de tratar en vano de entrar aquí.

Oyóse el reloj de San Germán de los Prados que vibraba melancólicamente en los aires.

— Vamos, son las diez, — murmuró.

Puso el pie en el umbral de la puerta, y levantó el aldabón.

— ¡ Vida espantosa ! — murmuró, — ¡ vida de viejo ! ; Oh ! ; Cuándo podré decir : hermosa muerte, muerte risueña, dulce tumba, salud !

Dió un segundo aldabazo.

— Eso es, — continuó, aplicando el oído. — Oigo el ruido de la puerta interior que rechina, el de la escalera que gime, el de pasos que se acercan ; así, siempre, siempre lo mismo !

Y dió un tercer aldabazo diciendo :

— Otro aldabazo y será el último. ¡ Eso es : los pasos son más acelerados, el criado mira por el enrejado de hierro, ve mi pálida, siniestra é insoportable cara, luego se aleja sin abrir jamás !

La cesación de todo ruido pareció justificar la predicción del desdichado joven.

— ¡ Adiós, casa cruel ! ; Adiós, hasta mañana ! — dijo.

É inclinándose de manera que su frente quedó al nivel del umbral de piedra, estampó en éste un apasionado beso que hizo estremecerse el duro granito, aunque menos duro aun que el corazón de los habitantes de aquella casa.

Luego, se retiró como la vispera, y como contaba retirarse el día siguiente.

Pero, no bien había andado dos pasos, cuando, con gran sorpresa suya, el cerrojo rechinó en su armella, se abrió la puerta, y el criado hizo una profunda reverencia.

Era el mismo cuyo retrato hemos trazado cuando tuvo la entrevista con Roberto Briquet.

— ¡ Felices noches, caballero ! — dijo con una voz ronca, pero cuyo sonido pareció sin embargo al del Bouchage más dulce que los suaves y melodiosos conciertos de los querubines que se oyen en esos sueños de infancia en que se sueña con el cielo.

Temblando, desatinado, Enrique, que había dado

ya diez pasos para alejarse, se aproximó vivamente, y, juntando las manos, vaciló tan visiblemente, que el criado le sostuvo para que no cayese en el umbral de la puerta; si bien lo hizo con una expresión visible de una respetuosa compasión.

— Vamos, caballero, — le dijo; — aquí me tenéis, y así os ruego que me pongáis al corriente de vuestros deseos.

— He amado tanto, — contestó el joven, — que ignoro si amo todavía: ha palpitado tanto mi corazón, que no sé si aun palpita.

— ¿Gustáis, caballero, — repuso el criado con la mayor atención, — sentaros á mi lado para que hablemos?

— ¡Oh! Sí.

El criado le hizo una seña con la mano, y Enrique le obedeció, como hubiera obedecido á un gesto del rey de Francia ó del emperador romano.

— Hablad ahora, caballero, — añadió el criado luego que se hubieron sentado ambos, — y explicadme vuestro deseo.

— Amigo mío, — dijo del Bouchage, — no es esta la primera vez que nos hablamos y que nos hemos visto. Muchas veces, no lo ignoraréis, os he

esperado y sorprendido en la esquina de una calle, os he ofrecido bastante oro para enriqueceros, aun cuando fuéseis el hombre más ambicioso del mundo; he procurado intimidaros... pero nunca habéis querido oirme, y me habéis visto sufrir sin compadecer, al menos ostensiblemente, mis penas. Ahora me decís que os hable, y me rogáis que os explique mi deseo. ¿Qué ha sucedido? ¡Dios mío! ¿Qué nueva desgracia me oculta esa condescendencia de vuestra parte?

El criado suspiró, dando á conocer que bajo su ruda apariencia abrigaba un corazón compasivo.

Aquel suspiro llegó á los oídos de Enrique y le animó.

— Ya sabéis, — dijo, — que amo y cómo amo... me habéis visto seguir á una mujer y descubrir su paradero, á pesar de los esfuerzos que ha hecho para ocultarse y evitar mi presencia; nunca ha salido de mis labios, en medio de mis más agudos dolores, una palabra amarga; nunca he dado cabida en mi mente á esas ideas violentas que nacen de la desesperación, y de los consejos que la fogosa juventud nos da con todo el ardor de la sangre.

— Es verdad, caballero, — observó el criado, — y en eso os hacemos completa justicia, tanto mi señora como yo.

— Así pues, — prosiguió Enrique estrechando entre sus manos las del vigilante Cerbero, — ¿no hubiera podido cualquiera noche, al ver que me negabais la entrada, forzar la puerta, como lo hacen diariamente los estudiantes ebrios ó enamorados? Hubiera visto al menos por un momento á esa mujer inexorable; la hubiera hablado.

— También es cierto.

— En fin, — añadió el conde con una dulzura y melancolía inexplicables; — soy algo en el mundo, supuesto que mi nombre es grande, grandes mi fortuna y mi crédito, y que el mismo rey me protege: poco hace que el monarca me instaba para que le confiase mis penas, ofreciéndome su poder si á él quería recurrir.

— ¡ Ah! — exclamó el criado visiblemente inquieto.

— Pero nada he aceptado, — se apresuró á decir el joven; — no, no. Todo lo he rehusado, para venir á rogar que se abra esta puerta, siempre cerrada para mí.

— Señor conde, sois en efecto un cumplido caballero, digno de ser amado.

— Pues bien, — replicó Enrique con el corazón dolorosamente oprimido: — ¿á qué condenáis á este cumplido caballero, á este hombre que merece ser amado? Todas las mañanas viene aquí mi paje con un billete, y el billete no llega á su destino; todas las noches vengo yo á llamar á esta puerta, y esta puerta no se abre: por último, me dejáis padecer, desesperarme y morir en la calle, sin tener para mí la compasión que no negaríais á un perro. ¡ Ay, amigo mío! Esa dama no abriga un corazón de mujer. No se ama ciertamente á un desgraciado, porque nadie puede disponer á su antojo de los afectos é impresiones de su corazón, pero se le compadece cuando sufre, se le dirige una palabra de consuelo y se le tiende una mano misericordiosa cuando se le ve caer. ¡ Ah! esa mujer se goza en mi suplicio, y, os lo repito, no tiene corazón, pues de lo contrario me hubiera dada la muerte con una negativa de su boca ó con una puñalada. Muerto, á lo menos no padecería.

— Señor conde, contestó el criado después de haber escuchado atentamente todo cuanto acababa

de exponer el joven; — la dama á quien tanto acusáis no abriga en manera alguna un corazón tan insensible, y mucho menos tan cruel como os habéis figurado: padece tal vez más que vos, pues os ha visto algunas veces, ha comprendido vuestros tormentos y experimenta hacia vos viva simpatía.

— ¡ Ah ! ; Compasión ! ; compasión ! — exclamó del Bouchage enjugándose el frío sudor que bañaba su frente. — ¡ Oh ! Quiera el cielo que llegue el día en que ese corazón que tanto encomiais, conozca los martirios del amor ! Si en cambio del suyo le ofrecen entonces compasión, os juro que quedaré vengado.

— Señor conde, señor conde, para no amar no es una razón el no haber amado ; pero tal vez esa dama ha experimentado una pasión más fuerte que la que nunca probaréis vos ; tal vez ha amado como nunca podréis amar.

Enrique levantó las manos diciendo :

— Cuando se ha amado así, se ama siempre.

— ¿ Os he dicho por ventura, señor conde, que ella no ama ya ? — preguntó el criado.

Lanzó Enrique un grito doloroso, quedando como si hubiese recibido un golpe mortal.

— ¡ Ama !... ¡ Ama ! — exclamó. — ¡ Dios mío ! ¡ Dios santo !

— Sí, ama ; pero no tengáis celos del hombre que merece su cariño, señor conde, porque ese hombre no pertenece á este mundo : mi señora es viuda, — añadió el compasivo criado, esperando calmar con estas palabras el dolor del joven.

Ellas, efectivamente, como si fuesen producto de algún encanto mágico, le devolvieron el aliento, la vida y la esperanza.

— Vamos, — dijo, — ¡ no me abandonéis, en nombre del cielo ! Decís que es viuda, de modo que debe serlo de poco tiempo á esta parte, y, por consiguiente, se secará el manantial de sus lágrimas. ¡ Es viuda ! ¡ Ah ! Á nadie ama, supuesto que ama á un cadáver, á una sombra ; la muerte es menos que la ausencia, y decirme que ama á un muerto es decirme que me amará. ¡ Dios mío ! Todos los grandes dolores se calman con el tiempo : cuando la viuda de Mausoleo, que juró sobre la tumba de su esposo condenarse á un dolor eterno, agotó sus lágrimas, abrió su alma al consuelo y á la esperanza ; los tormentos del corazón son una enfermedad cruel, y el que no sucumbe en la crisis, sale

de ella con más vigor, con más fuerza que antes.

El criado meneó la cabeza.

— Esta dama, señor conde, ha jurado al muerto eterna fidelidad, como la viuda de Mausoleo; pero la conozco muy bien, y estoy seguro de que cumplirá su palabra con más exactitud, con más escrupulosidad que esa otra mujer olvidadiza de los tiempos antiguos.

— Esperaré, esperaré diez años si es preciso, — exclamó Enrique; — Dios no ha querido que esa mujer muera de tristeza, ni que abrevie violentamente los días de su existencia. Pues bien; ya que no ha muerto, puede vivir, y supuesto que vive, puedo yo esperar.

— ¡Oh, joven, joven! — dijo el criado con lúgubre acento; — no contéis de ese modo con los sombríos pensamientos de los vivos ni con las exigencias de los muertos. Ha vivido, decís; sí, ha vivido, no un día, no un mes, no un año, sino siete años. Sí; ha vivido siete años...

Joyeuse se estremeció.

— ¿Pero sabéis por qué, con qué objeto, con qué resolución? ¿Esperáis que se consuele? Jamás, señor conde, jamás: yo os lo digo, yo os lo juro,

yo que solo fui humilde criado del que ne existe, yo, que mientras él vivió fui sensible, ardiente y confiado, y que desde que murió soy duro é intratable; y bien, yo mismo, que no soy más que su humilde criado, nunca me consolaré.

— Ese hombre tan llorado, ese difunto tan feliz, ese esposo...

— No era su esposo, sino su amante, señor conde, y una mujer como la que amáis no tiene más que un amante en el mundo.

— ¡Amigo mio! ¡Amigo mio! — exclamó el joven sojuzgado por la fiera dignidad de aquel hombre que revelaba un talento cultivado á través de su traje vulgar; — os ruego, os suplico que intercedáis por mí.

— ¡Yo! — contestó al punto. — ¡Yo! Escuchadme, señor conde: si os hubiese creído capaz de valeros de la fuerza contra mi señora, os hubiera asesinado con mi propia mano.

Y hablando así sacó de debajo del ropón un brazo nervudo y viril, como el de un hombre de 25 años, al paso que sus canosos cabellos y su encorvado cuerpo le hacían parecer un viejo de 60.

— Si, por el contrario, creyese yo que ella

hubiera podido amaros, ya estaría muerta. Señor conde, ya os he dicho lo que debía, y no tratéis de sonsacarme más, porque os juro por mi honor, y mi honor vale algo, aunque no soy noble, que os he manifestado todo cuanto he podido revelar.

Enrique se levantó como herido de muerte.

— Os doy gracias, — dijo, — porque os habéis compadecido de mis gracias; mi suerte está ya echada.

— De modo que en lo sucesivo podréis vivir con más tranquilidad, y os alejaréis de nosotros, abandonándonos á un destino que os aseguro es mil veces peor que el vuestro.

— Sí, sí, sosegaos, me alejaré de vosotros para siempre, — murmuró el joven.

— Os entiendo; queréis morir.

— ¿Y por qué os lo he de ocultar? No puedo vivir sin ella, y me es odiosa la vida, ya que me es imposible poseer el amor de esa dama.

— Señor conde, he hablado mil veces de la muerte con mi señora; creed que es muy mala la que uno recibe de su propia mano.

— No es esa la que yo escogeré; para un joven de mi nombre, de mi edad y de mi fortuna, reserva

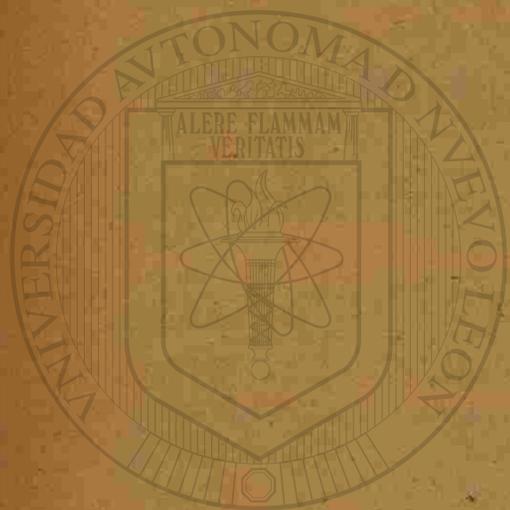
el cielo una muerte que siempre ha sido gloriosa; la que se alcanza combatiendo por su rey y por su país.

— Si padecéis más de lo que pueden soportar vuestras fuerzas, si nada debéis á los que os sobrevivan, si se os presenta la muerte en un campo de batalla, corred á ella, señor conde; tiempo hace que yo hubiera muerto si no estuviese condenado á vivir.

— Adiós, y gracias, — respondió Joyeuse alargando su mano á aquel criado desconocido. — Nos volveremos á encontrar en el otro mundo.

Y se alejó con rapidez, arrojando á los pies del sirviente conmovido por su dolor profundo un pesado bolsillo lleno de oro.

En la iglesia de San Germán de los Prados daban al mismo tiempo las doce de la noche.



XIX.

Cómo amaba una señora en el año de gracia de 1586.

Los tres silbidos que en intervalos iguales habían atravesado el espacio, eran efectivamente los que debían servir de señal al dichoso Ernautón.

Así, cuando se acercó á la hostería, halló á la Fournichón en la puerta aguardando á sus parroquianos con una sonrisa que la asemejaba á una diosa mitológica debida al pincel de un pintor flamenco.

La señora Fournichón estaba aun dando vueltas

entre sus gordas y blancas manos á un escudo de oro que otra mano también blanca, pero más delicada, acababa de depositar en ellas al paso.

Al ver á Ernautón se puso en jarras, y ocupó todo el hueco de la puerta, de modo que obstruía completamente el paso.

Ernautón, por su parte, se detuvo como quien pide paso.

— ¿Qué queréis, caballero? — dijo aquella, — ¿qué buscáis?

— Decidme, buena mujer, ¿no acaban de darse en este momento tres silbidos desde la ventana de aquella torrecilla?

— Sí, por cierto.

— Pues bien, esos tres silbidos me llamaban á mí.

— ¿A vos?

— Sí, á mí.

— Entonces es diferente; si me dais vuestra palabra de honor.

— Os doy mi palabra de caballero, mi querida señora Fournichón.

— En ese caso, os creo; entrad, galante caballero.

Y alegre sobremanera por contar ya con una de sus clientelas, como las llamaba y que tan ardientemente apetecía para acreditar al desgraciado *Rosal de Amor* que yacía destronado por la preponderancia del *Bizarro Caballero*, hizo subir la hostelera á Ernautón por la escalera de caracol que conducía á la mejor alhajada y más discreta de las torrecillas.

Una puerta pequeña, pintada con bastante poco gusto, daba acceso á una especie de antesala, y de esta se pasaba á la torrecilla, propiamente dicha, en la que se veían muebles, tapices y adornos de más lujo que el que podía esperarse en aquel apartado barrio de París: aunque es preciso convenir en que la señora Fournichón se había esmerado en hermosear aquella torrecilla, su favorita, y ya se sabe que en este mundo se consigue todo lo que se emprende con pasión.

La señora Fournichón, por lo tanto, había conseguido todo lo que es capaz de lograr una inteligencia limitada y vulgar como la suya.

Al entrar el joven en la antesala sintió un olor pronunciado de benjuí y de aloe, holocausto rendido sin duda á la delicada persona que, mien-

tras llegaba Ernaútón, trataba de sofocar con perfumes vegetales los vapores culinarios que exhalaban los asadores y cacerolas.

La señora Fournichón seguía al joven paso á paso, y lo empujó desde la escalera á la antesala y desde esta á la torrecilla con ojos que revelaban un arrobamiento anacreónico; en seguida se retiró.

Ernaútón se detuvo con la mano derecha sobre la mampara y la izquierda sobre el picaporte de la puerta, medio inclinado por el impulso de una salutación.

Acababa en efecto de divisar en la voluptuosa media tinta de la torrecilla, alumbrada por una sola bujía de cera encarnada, un elegante corte de mujer semejante á esos que atraen siempre y que, si no inspiran amor, avivan la atención y los deseos.

Reclinada sobre cojines, envuelta en sedas y terciopelos, aquella dama, cuyo pulido pie colgaba de aquel mullido lecho de descanso, se ocupaba en quemar á la luz el resto de una pequeña rama de aloe, cuyo humo acercaba á veces á su rostro con objeto de respirarlo, llenando al mismo tiempo la misma esencia los pliegues de su capuchón y

de sus cabellos, como si tratase de embriagarse por completo con aquel vapor.

Al observar el modo con que arrojó el resto de la rama, con que se cubrió los pies con el vestido, y su rostro enmascarado con su papalina, conoció Ernaútón que la dama le había sentido entrar y que le suponía cerca de ella.

— Señora, — dijo el joven con voz que procuró dulcificar á fuerza de reconocimiento, — habéis mandado llamar á vuestro humilde servidor, y aquí me tenéis.

— ¡ Ah! Muy bien, — contestó la dama, — os ruego que os sentéis, señor de Ernaútón.

— Perdonad, señora; ante todo debo daros las gracias por la singular honra que me dispensáis.

— Eso es muy galante, señor de Carmainges; y sin embargo, presumo que no sabéis aun á quién dais las gracias.

— Señora, — dijo el joven acercándose á ella poco á poco, — ocultáis vuestro rostro bajo una máscara, las manos se esconden bajo guantes, y en el momento de mi entrada habéis robado á mi vista un pie capaz de volverme loco por toda vuestra persona; nada veo que me permita reconocer á

quién hablo: y por consiguiente solo puedo adivinar.

— ¿Y adivináis quién soy?

— La que mi corazón desea ardientemente, la que mi imaginación me representa joven, bella, poderosa y rica, demasiado rica y poderosa, para que pueda creer que lo que me está sucediendo es una realidad y no un sueño.

— ¿Os ha costado mucho trabajo entrar aquí?

— preguntó la dama sin responder directamente al diluvio de palabras que fluían del corazón henchido de Ernautón.

— No, señora; me ha sido más fácil que lo que yo creía.

— Verdad es que para un hombre todo es fácil, pero no sucede lo mismo á una mujer.

— Siento en el alma, señora, la incomodidad que os habéis tomado, y por la que sólo puedo daros las más humildes gracias.

— Pero la dama parecía ya preocupada de otra idea.

— ¿Qué es lo que me decís, caballero? — preguntó negligentemente sacando el guante para enseñar una mano divina.

— Os decía, señora, que sin haber visto vuestras facciones, sé quién sois, y que, sin temor de equivocarme, puedo asegurar que os amo.

— Según eso, creéis positivamente que soy la misma que esperabais hallar aquí.

— Mi corazón suple á la vista.

— ¿Conque me conocéis?

— Sí, os conozco.

— ¡Mucho me admira que, haciendo tan poco tiempo que llegasteis de provincia, conozcáis ya las mujeres de París!

— Entre todas las mujeres de París, solo conozco á una.

— Y esa, ¿soy yo?

— Así lo creo.

— ¿Pero en qué me reconocéis?

— En vuestra voz, en vuestra gracia, en vuestra hermosura.

— Por lo que hace á mi voz, ya se comprende, pues me es imposible ocultarla; si me habláis de mi gracia, debo recibir vuestras palabras como un cumplimiento, pero si se trata de mi hermosura solo puedo admitir esto por hipótesis.

— ¿Y por qué, señora?

— Porque apeláis á mi hermosura para reconocerme, y mi hermosura está oculta.

— Menos lo estaba el día en que, para haceros entrar en París, os tuve tan cerca de mí, que vuestro pecho rozaba mis espaldas y vuestro aliento abrasaba mi cuello.

— ¿ Luego habéis adivinado que era yo por mi billete ?

— ¡ Oh ! No, no, señora, no lo creáis. Ni un momento he abrigado semejante idea. He creído ser juguete de alguna broma, ó víctima de una equivocación, y aun he llegado á figurarme que me amenazaba alguna de esas catástrofes llamadas buenas fortunas, y sólo hace unos cuantos minutos que al veros, al tocaros...

Y Ernaudón trató de apoderarse de una mano, que se retiró delante de la suya.

— Basta, — dijo la dama; — el hecho es que he cometido una insigne locura.

— ¿ En qué, señora ? Decídmelo por Dios.

— ¡ En qué ! ¿ Confesáis que me conocéis y me preguntáis en qué he hecho semejante locura ?

— ¡ Oh ! es verdad, señora, y confieso que soy un pigmeo al lado de V. A.

— Pero, por Dios, dadme el gusto de callaros. ¿ Seréis tan poco prudente ?

— ¿ Pues qué he hecho, señora ? ¡ En nombre del cielo ! — preguntó Ernaudón asustado.

— ¡ Cómo ! ¿ No veis mi rostro cubierto ?...

— ¿ Y qué ?

— Si tengo puesta una máscara, probablemente trataré de que nadie me conozca, ¡ y me dais el tratamiento de alteza ! ¿ Por qué no abris esa ventana y pronunciáis mi nombre á gritos ?

— ¡ Ah ! Perdón, perdón ! — exclamó Carmainges cayendo de rodillas; — confiaba en la discreción de estas paredes.

— Me parece que sois crédulo.

— Señora, estoy enamorado.

— Sin duda estáis convencido de que yo correspondo á ese amor con otro amor semejante.

Ernaudón se levantó picado, y dijo :

— No, señora.

— ¿ Y qué habéis creído ?

— Se me figura que tenéis alguna cosa importante que decirme, que no habéis querido recibirme en el palacio de Guisa ni en vuestra posesión de

Bel-Esbat, que habéis preferido una entrevista secreta en un paraje solitario.

— ¿Habéis creído eso?

— Sí.

— ¿Y qué pensáis que tengo que deciros? Vamos, hablad, pues tengo deseos de conocer hasta dónde llega vuestra perspicacia.

La dama, bajo aquella desdenosa apariencia, dejó entrever una especie de inquietud.

— ¿Cómo queréis que yo lo sepa? — contestó Ernautón. — Algo será que tenga tal vez relación con el señor de Mayenne.

— ¡Y qué! ¿No tengo emisarios que mañana mismo por la noche me digan más que lo que vos pudiérais noticiarme, supuesto que ayer me enterasteis de cuanto sabiais?

— ¿Sin duda queréis preguntarme algo acerca de los sucesos de la última noche?

— ¿Qué sucesos? ¿De qué habláis? — preguntó la dama, cuyo seno palpitaba visiblemente.

— Del terror pánico que experimentó el señor de Epernon, y del arresto de los caballeros de Lorena.

— ¿Cómo! ¿Han sido arrestados?...

— Sí, unos veinte que se hallaban intempestivamente en el camino de Vincennes.

— Que es también el camino de Soissons, ciudad en que ha puesto guarnición el duque de Guisa, si no estoy mal informada. Ah! en realidad, vos, caballero Ernautón, que pertenecéis á la corte, ¿podréis decirme la causa del arresto de esos caballeros?

— ¡Yo de la corte!

— Sin duda.

— ¿Sabéis eso, señora?

— ¡Válgame Dios! Para saber dónde encontraros me he visto obligada á tomar informes; pero acabemos de una vez, si gustáis, pues habéis adquirido la mala costumbre de interrumpir la conversación. ¿Qué ha resultado de lo de anoche?

— Nada absolutamente que yo sepa, señora.

— ¿Y por qué habéis creído que yo os hablaría de una cosa que no ha tenido resultado?

— Confieso, señora, que tenéis razón ahora como siempre: confieso mi torpeza.

— ¿Cómo, caballero! ¿Pues de dónde sois?

— De Agen.

— ¡ Qué ! ¿ Sois gascón ? Porque creo que Agen está en Gascuña.

— Sí, señora.

— ¿ Sois gascón y no tenéis bastante vanidad para suponer sencillamente que, habiéndoos visto por primera vez el día de la ejecución de Salcedo en la puerta de San Antonio, os hallé de galante donaire ?

Ernautón se ruborizó y se quedó turbado, mientras la dama continuó imperturbable :

— ¿ Que luego os encontré en la calle y me parecisteis hermoso ?

Ernautón sintió que la sangre le encendía el rostro.

— ¿ Y que por último, cuando llegasteis á Bel-Esbat con la carta de mi hermano, os hallé muy de mi gusto ?

— ¡ Señora, señora, Dios me libre de suponer todo lo que decís !

— Pues hacéis mal, — replicó la dama volviéndose por primera vez hacia Ernautón y fijando en los ojos de éste unos ojos abrasadores que brillaban al través de la careta, en tanto que desplegaba á las ávidas miradas del joven la seducción

de un talle esbelto, que se perfilaba en líneas voluptuosas marcadas con elegancia por el terciopelo de los cojines.

Ernautón, juntando las manos, exclamó :

— ¡ Señora ! ¡ Señora ! ¿ Os burláis de mí ?

— Nada de eso, — respondió la dama ; — digo que me gustáis, porque es verdad.

— ¡ Dios mío !

— ¿ Por ventura, vos mismo no os habéis atrevido á declararme que me amabais ?

— Sí ; pero cuando os declaré eso no sabía quién erais, señora, y ahora que lo sé os pido perdón humildemente.

— Vamos, ya delira, — murmuró la dama con impaciencia. — Seguid, pues, siendo lo que sois, caballero ; decidme lo que pensáis, si no queréis que me arrepienta de haber venido.

Ernautón cayó de rodillas y dijo :

— Hab'ad, señora, hablad, para que me persuada de que todo esto no es un juego, y acaso entonces me atreveré á responderos.

— Sea : vais á oír mis proyectos respecto de vos, — dijo la dama rechazando á Ernautón al paso que arreglaba simétricamente los pliegues de su

vestido. — Me gustáis, pero no os conozco aun. No acostumbro resistir á mis caprichos, pero no soy tan tonta que cometa errores. Si fuésemos de igual condición, os hubiera recibido en mi palacio y estudiado vuestro carácter detenidamente sin que pudiéscis ni aun sospechar mis intenciones. Esto era imposible respecto de vos, y tuve que recurrir á otro medio y arrostrar esta entrevista. Ahora ya sabéis á qué ateneros en cuanto á mí. Lo único que os recomiendo es que os hagáis digno de mí.

Ernautón se deshizo en protestas.

— ¡Oh! Menos calor, señor de Carmainges, pues la cosa no merece la pena, — dijo la dama con negligencia. — Tal vez sea vuestro nombre el que llamó mi atención la primera vez que nos encontramos, y tal vez sea ese nombre el que me agradó. En resumidas cuentas, creo positivamente que mi afición hacia vos no es más que un capricho pasajero. Sin embargo, no vayáis á creer demasiado lejos de la perfección, y á perder toda esperanza. No puedo soportar los hombres perfectos; pero ¡oh! adoro á los apasionados que se consagran al objeto amado. Conservad bien esto en la memoria, pues os lo permito, gentil caballero.

Ernautón estaba fuera de sí, pues aquel lenguaje altivo, aquellas maneras de voluptuosidad y molición, aquella orgullosa superioridad, aquel abandono, en fin, de una persona tan ilustre, le sumergía á la vez en las delicias y en los terrores más grandes.

Sentóse junto á su bella y orgullosa querida, que no opuso la menor resistencia, y después trató de deslizarse su brazo por detrás de los cojines que la sostenían.

— Caballero, — dijo la dama, — parece que me habéis oído sin comprenderme. Os ruego que no haya la menor familiaridad entre nosotros, y que conservemos nuestros respectivos puestos. Es seguro que algún día os concederé el derecho de llamarme vuestra, pero aun no os lo he concedido.

Ernautón se levantó pálido y despechado.

— Perdonad, señora, — dijo. — Parece que no hago más que disparates; es muy sencillo, pues aun no estoy familiarizado con las costumbres de París. En provincia, á doscientas leguas de aquí, cuando una mujer dice: os amo, ama de veras y no se niega á un amante: no se prevale de sus palabras para humillar á un hombre á sus pies. Esa es vuestra costumbre como parisiense, vuestro

derecho como princesa, y lo acepto con gusto; solo que debéis conocer que me falta el hábito, pero ya lo iré adquiriendo.

La dama escuchó silenciosa; era evidente que seguía observando atentamente á Ernautón para saber si su enfado se convertía en cólera verdadera.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! — exclamó con altivez. — ¡ Conque os enfadáis !

— En efecto, señora, me enfado, pero contra mi mismo porque yo, señora, no tengo por vos un capricho pasajero, sino un amor muy verdadero y muy puro. No trato de obtener vuestra persona, porque ese sería un deseo pasajero; lo que deseo es poseer vuestro corazón: así, jamás me perdonaré el haber faltado con mis impertinencias al respeto que os debo, respeto que no convertiré en amor, sino cuando vos me lo ordenéis. ¿ Me permitiréis, señora, que desde este momento aguarde vuestras órdenes ?

— ¡ Vamos, vamos ! — dijo la dama, — no exageremos tanto las cosas, señor de Carmainges; estáis hecho un hielo, cuando hace un momento erais todo fuego.

— Me parece sin embargo, señora...

— ¡ Bah ! No digáis nunca á una dama que la amaréis á vuestro modo, porque eso es muy torpe; ¡ decidla que la amaréis como ella quiera, y será mejor !

— Eso mismo he dicho, señora.

— Si, pero no lo pensáis.

— Respeto vuestra superioridad, señora.

— Dejémonos de cumplimientos, porque no vengo aquí á hacer el papel de reina. Ahí tenéis mi mano; tomadla, pues es de una mujer, solo que está más caliente y animada que la vuestra.

Ernautón cogió respetuosamente aquella linda mano.

— ¡ Y bien ! — dijo la duquesa.

— ¿ Qué, señora ?

— ¿ No la besáis ? ¿ estáis loco ? ¿ os habéis propuesto enfadarme ?

— Pero hace un momento...

— Hace un momento la retiraba, y ahora...^(R)

— ¿ Ahora ?

— Os la entrego.

Ernautón besó aquella mano tan apasionadamente que la duquesa la retiró al punto.

— Ya lo veis, señora, — dijo el joven, — ¡ me volvéis á dar otra lección !

— ¡ Luego he hecho mal ?

— Muy mal, pues me hacéis pasar de un extremo á otro, y el temor acabará por ahogar la pasión. Proseguiré adorándoos de rodillas, pero se me acabarán mi amor y mi confianza.

— ¡ Oh ! Yo no quiero eso, — repuso la dama con un tono jovial, — porque seriais un triste amante, y os provengo que no me gusta esa clase de amantes. No, mostraos como sois, sed Ernautón de Carmainges y no otra cosa. Yo tengo mis manías, y además, ¿ no me habéis dicho que era bella ? Todas las bellas tienen las suyas ; así, respetad unas, combatid otras, sobre todo no me temáis, y cuando yo diga al fogoso Ernautón : Calmaos, consulte éste mis ojos y no mi voz.

Dichas estas palabras, se levantó, y en verdad que era ya tiempo, pues el joven, vuelto á su delirio, la había cogido entre los brazos, y la máscara de la duquesa rozó un momento los labios de Ernautón ; pero entonces palpó una prueba de la verdad de lo que aquella había dicho ; porque sus ojos lanzaron á través de su máscara un relámpago

frío y blanco como el siniestro precursor de la tempestad.

Aquella mirada impuso tanto á Carmainges que dejó caer los brazos y se apagó todo su fuego.

— Perfectamente, — dijo la duquesa, — nos volveremos á ver, pues os aseguro que me gustáis en extremo, caballero Carmainges.

Ernautón hizo una cortesía.

— ¿ Cuándo estáis libre ? — preguntó la dama con negligencia.

— Pocas veces, señora.

— ¡ Ah ! Sí, ya entiendo ; ese servicio es fatigoso.

— ¿ Qué servicio ?

— El que hacéis cerca de la persona del rey. ¿ No sois uno de los guardias de S. M. ?

— Soy en efecto individuo de un cuerpo distinguido.

— Eso es lo que quiero decir, y aun me parece que se compone de gascones. ¿ Es cierto ?

— Sí, señora.

— ¿ Cuántos son ? Me lo han dicho, pero se me ha olvidado.

— Cuarenta y Cinco.

- Número singular!
- Es lo que puedo deciros.
- Pero ese número... ¿ es un cálculo?
- No lo creo, tal vez sea hijo de la casualidad.
- ¿ Y decís que los Cuarenta y Cinco nunca dejan solo al rey?
- No me acuerdo haber hablado de eso, señora.
- En efecto, perdonad; me figuraba haberlo oído de vuestra boca. Al menos me habéis asegurado que disfrutáis muy poca libertad.
- Muy poca, señora, eso es ciertísimo, pues durante el día estamos de servicio para las salidas de S. M. ó para sus cacerías, y por la noche tenemos que permanecer en el Louvre.
- ¿ Por la noche?
- Sí.
- ¿ Todas las noches?
- Casi todas.
- Hé ahí lo que hubiera sucedido hoy, si la consigna os hubiese privado de venir aquí. Yo que os esperaba, sin saber el motivo de vuestra falta á esta cita, hubiera creído indudablemente que despreciabais mi cariño.

- ¡ Ah! señora, desde hoy arriesgaré todo por veros; podéis creerlo, pues que os lo juro.
- Eso es inútil y hariais un disparate, que de ningún modo apruebo.
- ¿ Y qué he de hacer?
- Continuar vuestro servicio con exactitud, y yo me encargo de lo demás, supuesto que soy libre y pudo disponer de mis acciones.
- ¡ Cuánta bondad, señora!
- Pero todo esto no me explica, — añadió la duquesa con su insinuante sonrisa, — el motivo de hallaros libre esta noche para haber podido venir á verme.
- Ya había pensado, señora, pedir permiso al señor de Loignac, nuestro capitán, á quien debo muchas atenciones, cuando precisamente se ha dado orden á los Cuarenta y Cinco para que puedan disponer á su gusto de toda la noche.
- ¡ Hola! ¿ Conque os han concedido eso?
- Sí.
- ¿ Y por qué motivo tan buena dicha?
- Como recompensa, á mi parecer, de un servicio penoso, á que fuimos ayer destinados en el camino de Vincennes.

— ¡ Ah ! Muy bien.

— A esta circunstancia debo la dicha de veros esta noche sin el menor inconveniente.

— Pues bien, escuchadme, Carmainges, — dijo la duquesa con encantadora familiaridad, que colmo de gozo al joven ; — vais á hacer lo siguiente : siempre que creáis estar libre de servicio, lo avisaréis á la hostelera por escrito, y todos los dias enviaré yo á saberlo á un hombre de mi confianza.

— ¡ Oh, Dios mio ! esa es ya demasiada bondad, señora.

La duquesa apoyó su mano en el brazo de Ernautón.

— ¡ Escuchad ! — dijo de pronto.

— ¡ Qué sucede ? — preguntó el joven.

— ¡ De qué proviene ese ruido ?

En efecto, un ruido de espuelas, de voces, de puertas, de alegres exclamaciones, llenaba toda la casa, semejante al eco de una invasión.

Ernautón asomó la cabeza por la puerta que comunicaba con la antecámara.

— Son mis compañeros. — dijo, — que vienen á celebrar el descanso que les ha concedido el señor de Loignac.

— Pero, ¿ por qué aquí precisamente ? ¿ Por qué en esta hostería donde nos encontramos ?

— Porque el *Bizarro Caballero* fué el punto de reunión designado cuando llegamos á París, y porque desde aquel dia feliz se han aficionado terriblemente mis compañeros al vino y á los manjares de la señora Fournichón, y no pocos á las torrecillas.

— ¡ Oh ! murmuró la duquesa sonriéndose con malicia ; — habláis de estas torrecillas como hombre muy experto.

— Señora, os juro por mi honor que esta es la primera vez que he pisado una de ellas, pero vos... vos que la habéis elegido...

— Sí, la he elegido y vais á saber fácilmente por qué. Necesitaba un sitio solitario, inmediato al río y al murallón ; un sitio en que nadie pueda reconocerme ni averiguar lo que hago. Pero, ¡ Dios mio ! ; Qué bulliciosos son vuestros compañeros !

En efecto, la bulla se convertía ya en espantoso huracán ; gritos sobre la expedición de la noche anterior, fanfarronadas, ruido de esudos de oro, y estrépito de vasos presagiaban una deshecha borrasca.

De pronto se oyeron resonar pasos en la escalera que conducía á la torrecilla, y la señora Fournichón gritó desde abajo :

— ¡ Señor de Sainte-Maline ! ¡ Señor de Sainte-Maline !

— ¡ Qué queréis ? — continuó éste.

— No subáis, no subáis ; os lo suplico.

— ¡ Por qué no he de subir, mi querida Fournichón ? ¡ No es nuestra toda la casa esta noche ?

— Toda la casa, sí, toda la casa ; pero no las torrecillas.

— ¡ Bah ! Las torrecillas pertenecen á la casa, — exclamaron otras cinco ó seis personas, entre cuyas voces reconoció Ernautón las de Perducas, de Pincorney y Eustaquio de Miradoux.

— No por cierto, — aullaba la hostelera ; — las torrecillas son una excepción, son mías, y no quiero que incomodéis á mis huéspedes.

— Señora Fournichón, dijo Sainte-Maline, — yo también soy vuestro huésped, y así no me incomodéis vos.

— ¡ Sainte-Maline ! — murmuró Ernautón con alguna inquietud, pues conocía el mal carácter y la audacia de aquel hombre.

— ¡ Por favor ! ¡ Por el cielo ! — repetía la señora Fournichón.

— Señora hostelera, — dijo por último Sainte-Maline, — es ya media noche ; todos los fuegos deben apagarse á las nueve, y en una de vuestras torrecillas hay luz : sólo los enemigos del rey desobedecen sus edictos, y yo quiero descubrir esos enemigos.

Y diciendo así, continuó subiendo acompañado de otros gascones, cuyos pasos resonaban con fuerza repetidos por el eco de la escalera de caracol.

— ¡ Dios mío ! — exclamó la duquesa. — ¡ Se atreverán á entrar aquí ?

— En todo caso, señora, si se atreven á entrar aquí, también estoy yo : y puedo deciros que no abriguéis temor alguno.

— ¡ Ah ! Ya golpean las puertas, caballero.

En efecto, Sainte-Maline, que se había comprometido ya demasiado para poder retroceder, empujó la puerta con tanta violencia que la hizo pedazos ; era de un pinabete que la señora Fourni-

chón había escogido sin saber si era sólido, á pesar de todas las precauciones que usaba siempre para proteger al amor cuyo culto reverenciaba con ciego fanatismo.



FIN DEL TOMO TERCERO.

TABLA

de los títulos contenidos en el tomo tercero.

	Pág.
I..... Bel-Esbat	3
II.... La Carta del señor de Mayenne	23
III.... Como don Modesto Gorenflot bendijo al Rey á su paso por delante del priorato de los Dominicos	39
IV.... Como Chicot bendijo al Rey Luis XI por haber inventado la Posta, y resolvió aprovecharse de esta invención.	57
V..... Como el Rey de Navarra adivinó que <i>Turen-</i> <i>nus</i> quería decir <i>Turena</i> y <i>Margota</i> <i>Margot</i>	75
VI.... La Alameda de los tres mil pasos.	89
VII... El Gabinete de Margarita	101
VIII.. Composición en lugar de versión.	113
IX... El Embajador de España	131

chón había escogido sin saber si era sólido, á pesar de todas las precauciones que usaba siempre para proteger al amor cuyo culto reverenciaba con ciego fanatismo.



FIN DEL TOMO TERCERO.

TABLA

de los títulos contenidos en el tomo tercero.

	Pág.
I..... Bel-Esbat	3
II.... La Carta del señor de Mayenne	23
III.... Como don Modesto Gorenflot bendijo al Rey á su paso por delante del priorato de los Dominicos	39
IV.... Como Chicot bendijo al Rey Luis XI por haber inventado la Posta, y resolvió aprovecharse de esta invención.	57
V..... Como el Rey de Navarra adivinó que <i>Turen-</i> <i>nus</i> quería decir <i>Turena</i> y <i>Margota</i> <i>Margot</i>	75
VI.... La Alameda de los tres mil pasos.	89
VII... El Gabinete de Margarita	101
VIII.. Composición en lugar de versión.	113
IX... El Embajador de España	131

	Pág.
X..... Los Pobres del Rey de Navarra	143
XI.... La verdadera Querida del Rey de Navarra.	163
XII... De lo que se admiró Chicot viendo que era tan popular en la ciudad de Nerac.	183
XIII.. El Montero mayor del Rey de Navarra	207
XIV.. Cómo se cazaban los lobos de Navarra	224
XV... Cómo se portó el Rey de Navarra la primera vez que se halló en un combate.	239
XVI.. De lo que pasaba en el Louvre casi al mismo tiempo que Chicot entraba en la ciudad de Nerac.	237
XVII.. Penacho blanco y Penacho encarnado.	283
XVIII. La Puerta se abre	299
XIX... Cómo amaba una señora en el año de gracia de 1586	313

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

